AULA ESPAÑOLA. ESCENAS DE LA VIDA PEDAGÓGICA NACIONAL, ESCRITA PARA ESCARMIENTO DE MALOS ESTUDIANTES Y BENEFICIO DE APLICADOS, POR EL LICENCIADO EN LEYES DON LUIS ANTÓN DEL OLMET. LIBRO EDITADO EN MADRID, Y EN LA IMPRENTA CERVANTINA, SITA EN LA CALLE DE SAN MATEO, NÚMERO 28. AÑO DE 1915.

AULA ESPAÑOLA

AULA ESPAÑOLA. ESCENAS DE LA VIDA PEDAGÓGICA NACIONAL, ESCRITA PARA ESCARMIENTO DE MALOS ESTUDIANTES Y BENEFICIO DE APLICADOS, POR EL LICENCIADO EN LEYES DON LUIS ANTÓN DEL OLMET. LIBRO EDITADO EN MADRID, Y EN LA IMPRENTA CERVANTINA, SITA EN LA CALLE DE SAN MATEO, NÚMERO 28. AÑO DE 1915.

PLEITESÍA

A Don Alfonso XIII de España, que tiene alma de pedagogo por sus afanes de mejora, y traza de maestro por lo puro y sin mácula de su vida ejemplar. A Don Alfonso el Patriota, que sólo necesita de ocho varones discretos para continuar la regeneración de su país.



PREFACIO

Entre las muchas cosas que andan mal por estas queridas tierras de mi país, una de las que caminan á trancos, es la enseñanza.

No tengo la inflazón de suponerme un pedagogo. Alguna vez, imbuído en mi afición á las bellas letras, acaso me disponga á intervenir concienzuda y técnicamente en las andanzas que hoy acometo. Por ahora me limito á ofrecer, en esta leve obra, una impresión de cronista acerca del batiburrillo pedagógico español.

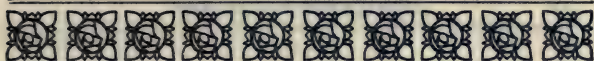
En España existe cuanto es necesario para que la educación sea excelente. Hay escolares, hay afán de saber, hay buenos propósitos. En este libro sentiréis, disperso, todo lo que me anima al optimismo. No somos una raza perdida, muerta, para la cultura. Podemos ser nuevamente lo que fuímos. Tenemos fibra para tornar

á ser profesores del mundo. El cerebro español, consagrado en Salamanca y Alcalá como cerebro culminante, no secó. Lo que falta únicamente es una orientación, un programa, un hombre, acaso un ministro...

Debemos hacernos, á mi modo de sentir, sólo tres preguntas: ¿Qué debo enseñar? ¿Cómo debo enseñar? ¿A quién debo enseñar? Respondidos estos interrogantes, fijado un criterio nacional, todo será ponerse á la obra.

Ahora bien, ¿caben estas preguntas en el cerebro de un ministro español? ¿Podrá un ministro español llevar á la práctica esas contestaciones que parecen fáciles?

No es otro el problema. Como Diógenes, un hombre es lo único que debemos buscar. Si este libro, escrito con sinceridad enorme, con amor patrio, incongruente por sus fechas y sus brincos, pero congruente por su musa, sirviera para fijar la atención del esperado, del ausente, del misterioso, del que haga la educación española, habrá creído su autor que ha cumplido con un deber sacro.



EL LIBRO ESTÁ ABIERTO

(APERTURA DE CURSO)

Son las dos cuando llegamos á la Universidad. Hace calor. El tiempo es veraniego todavía. Cae un sol inicuo sobre la calle de San Bernardo. Sandías y melones brindan su grosero dulzor en tenderetes que rige un hombre obeso y sudoroso, abierto de camisa, con el rojo cogote celado por las moscas ávidas.

Ya nadie me conoce en esta casa que frecuenté durante seis años. En el umbral se me detiene.

—Prensa—digo.

Y como por ensalmo, los bedeles aflojan sus brazos y me dejan entrar.

Es temprano. Aún no ha venido casi nadie. Sólo Don Ismael Calvo y Madroño, aquel nuestro profesor de Derecho Romano, llega puntual. Salimos otra vez. Yantamos sobriamente en el

café de la Universidad, remozado, abaratado, con un escenario flamante donde algunas danzarinas y cantantes descarriarán á los futuros doctores. Salgo y penetro nuevamente. Ya pululan maestros y discípulos. En el claustro se halla Pavón, el viejo bedel.

—Pavón, ¿dónde está el sitio para los periodistas?

Pavón, que conoce mis diez y seis años, mi primera capita, mi primer acto revolucionario estudiantil, se me queda escrutando, me conoce, y me dice, insensible al tiempo y al dolor:

—Métete por ahí...

¡De tú! Aún es uno lo bastante joven para inspirar el antiguo tuteo de un bedel. Pavón, quiera el cielo que cuando pasen otros doce inviernos me sigas tuteando, clemente, piadoso, risueño y sencillo como el Padre Homero.

Me meto «por allí» y llego al Paraninfo. Aún no ha comenzado la ceremonia. El espectáculo es grato y efusivo. Un enorme salón de ornatos ya viejos, donde la luz y la polilla dejaron su huella, pero todavía solemne y hasta bello. La galería presidencial, desierta. Abajo, en ringleras de sillas, están los estudiantes y sus familias, curiosas, atraídas por el premio, ganosas de sentir la ufanía de oir pronunciar el nombre preclaro del coloso venidero. Un poquitín delante, los escolares que ganaron señaladas mercedes, y

que están un tanto nerviosos, esperando el gran momento. Sobre el dosel se hallan escritas estas palabras: «Sapientiœ et doctrinœ...» Luego, circuyendo la nave como augusta corona, resplandecen estos nombres egregios: Isidoro de Sevilla, Alfonso el Sabio, Covarrubias, Melchor Cano, Cisneros, Luis Vives.

Y, sin embargo, yo contemplo estas cosas lleno de indiferencia, y hasta casi dijera que de menosprecio, y de rencor y enconada antipatía. He sido estudiante. He vivido durante muchos años el ambiente de la Universidad. No me ha dejado ni un solo recuerdo florido. Aficionado al estudio, aprendí poco. Inclinado á la sabiduría, me arrojaron las aulas al arroyo. Quise ir á clase, pero el programa era largo; el catedrático, confuso; los colegas, torpes, gárrulos, necios; el ambiente, sin calor, sin atractivos, sin maternidad. Recuerdo que siendo estudiante me suspendió sin razón Don Matías Barrio y Mier y me dió matrícula de honor sin merecimientos Don José Valdés Rubio; me pareció mal que la princesa de Asturias, aquella nobilísima princesa, se casara con Don Carlos de Borbón; miré con ceño al gobernador civil Don José Sánchez Guerra, y me taladró la capa un polizonte en la calle del Avapiés... Eso es todo. ¿Cómo habré de mirar con alegría este Paraninfo?

No. Aquellos eran unos tiempos imbéciles,

vacuos. No soy yo de los que añoran sus días estudiantiles, recordando la modista, el pastel, la partida de billar, la revolución pueril, de mocoso. No. Eso no es amable, ni risueño siquiera. El estudiante de un país civilizado tiene que estudiar sobre todas las cosas de la vida, aunque también busque sus momentos de santo desquite. Y para estudiar necesita que lo seduzcan, que lo interesen, que lo mimen. Y la Universidad repele, atosiga, encocora, destruye.

¿De quién es la culpa? ¿Será del Ministro, del Rector, del maestro, del alumno? Todos somos culpables. El Ministro, porque no quiere deshacer la maraña; el Rector, porque está desalentado; el maestro, porque se ha convertido en un oficinista; y el alumno, porque, vencido por un ambiente de holganza, sólo aspira á emplearse en el Estado.

La culpa es del régimen, de todo. Nada existe en la enseñanza universitaria que no sea un absurdo, un crimen de lesa pedagogía. Criminal es que se cobre una contribución por la enseñanza; criminal es que los profesores dependan del cacicato político; criminal es que se fijen esos programas inmensos, confusos, trágicos; criminal es que subsista la recomendación; criminal es que haya quien apruebe sus asignaturas sin saber una sola lección mal recitada; criminal es que pasen tantas generaciones de vagos por las

aulas; criminal es que haya catedráticos tan deteriorados moralmente, capaces de percibir un sueldo por dar cien mezquinas lecciones durante un curso; criminal es todo. Para remediar la enseñanza universitaria española, preciso es trastornar el sistema. Otra cosa es zurcir sobre el remiendo.

Y sin embargo, ¿es que carece España de potencialidad intelectiva? ¿Es que no tenemos historia cultural? ¿Es que no fué nuestra Patria un plantel de sabios? ¿Es que mientras celebérrimas Universidades son un mito? ¿Es que no cabe remediar este daño por ahora irreparable, que se le viene infiriendo á la mocedad hispana?

Ha sonado una orquesta con ritmos palaciegos. Entra el Sr. Bergamín con su muceta roja. Toma asiento. A su diestra se halla el Sr. Montejo. A su siniestra, el Sr. Carracido. Van penetrando licenciados y doctores. Las mucetas rojas, amarillas, moradas, azules, llegan escasas. Un ambiente algo triste envuelve al Paraninfo. ¿Por qué no acuden todos los doctores á este acto que debiera tener suprema emoción? ¿Es que padecen, como nosotros, la tortura del desengaño y del descreímiento? También los estudiantes son pocos. ¿Les inspira melancolía, repugnancia, este instante que debiera ser todo luz?

Pasan unos minutos. Cuchichean las licenciaditas bellas. Poco después una verdadera gloria

de la cátedra, D. Adolfo Bonilla San Martín, sube al púlpito. Y desde allí, cuando menos podríamos esperarlo, causándonos el placer inmenso del estupor feliz, este hombre alto, grueso, fuerte, culto, dilecto de Menéndez Pelayo, recio de cuerpo y de alma, nos ha dado la receta.

Yo quisiera que todos los españoles leyeran su discurso. Es una de las piezas intelectuales más hondas que se han producido modernamente. La vieja Universidad española, soberana, gloriosa por ser libre, que tenía su responsabilidad, su prurito, su estímulo, sus raíces, su entusiasmo, que vivía para sí, y por ende para la cultura, ha sido una de las víctimas del centralismo, del covachuelismo. Ya el profesor no es un maestro: es un funcionario público, lleno de todas las tristes lacras del funcionario que sirve á una entidad ambigua. Ya el rector no es un caudillo á quien eligen sus compañeros, un buen caudillo amado: es un representante del despotismo oficinesco. Ya el estudiante no es ciudadano distinto, con su personalidad, que viste á su guisa, que ama sus costumbres, que tiene fe: es un aspirante á concejal en la batahola desorientada. Ya la Universidad no es la gran casa de todos, el nido, el templo: es un negociado donde se dan patentes que sirven para hacer oposiciones.

¿El remedio? Ya lo ha dicho con fondo supre-

mo y forma impecable D. Alfonso Bonilla. Tornar á los buenos tiempos: descentralizar, descovachuelizar, hacer libre á nuestra cultura, manumitirla del servilismo asesino en que yace por obra de los burócratas, de los políticos, del fisco, de la máquina administrativa que inventaron los liberales afrancesados de ayer, y que hoy, chirriante, lo entorpece, lo aniquila todo.

D. Adolfo Bonilla, recio, talentudo, optimista, acabó con un salmo. Lo que fuimos, seremos. Somos hijos de una Patria muy hermosa; mas había de ser una roca pelada, y por ser nuestra Patria, debemos amarla y engrandecerla.

Fueron subiendo los alumnos premiados á recoger sus diplomas. Algunos, muchos, no acudieron. ¿Les avergüenza este acto tan noble y tan ilustre? ¿Son también esos alumnos unos pobres enfermos del entusiasmo?

Pero ya está el Ministro de pie. Nosotros lo miramos con esperanza. El Sr. Bergamín no es un representante de la tiranía oficial. Es un profesor, es un liberal, es un espíritu selecto, es un hombre que puede haber visto el problema, y que puede tener el valor de afrontarlo. Y es así. Ha dicho el Ministro breves, razonadas y bellas palabras. Yo quisiera saludarlas desde aquí, como se saluda la revelación de algo admirable.

—En breve, si la augusta firma del Rey autoriza el decreto, llevaré á la «Gaceta» la iniciación

de la soberanía universitaria. Los derechos de examen serán para la Universidad. Esta recaudación dará una cifra. Esta cifra será empleada en comprar una lámina de la deuda nacional. A los pocos años, la Universidad tendrá sus recursos, y al tenerlos tendrá también sus iniciativas, su personalidad independiente, su vida peculiar.

El Ministro ha añadido algo precioso:

—Con el niño, el Estado tiene la obligación de vigilar su enseñanza. En el adolescente, poco debe influir la obra del Gobierno. Con el hombre que cursa una carrera, es tiranía ejercer la tutoría del espíritu. La enseñanza primaria es del Estado; la segunda, es casi libre; la tercera, libre, soberana, expuesta á todas las teorías, dueña en todos los procedimientos, sin dogmas de covachuela, mayor de edad, aspirando siempre al más allá, á los grandes horizontes.

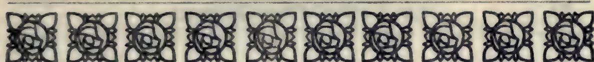
Ha sido ovacionado el Sr. Bergamín. Una era nueva parecía haberse marcado. El ambiente me pareció más puro. En los semblantes cundía el bermellón del regocijo intelectual.

Señor, haz que las aulas sean aulas y no tristes negociados; que los profesores no sean paniaguados de ministros, sino que les deban á sus colegas y á sus escolares el cargo y el prestigio; que los estudiantes, enamorados de su cátedra, de su hospedería, de su ropilla, de su distinto, mozo, simpático, estado civil, no aspiren á

ir aprobando para ganar por influencia el triste pan de unas oposiciones.

Señor, haz que la raza de Salamanca y de Alcalá torne á ser culta, á saber Latín, Filosofía, Medicina, Farmacia, Leyes.

Señor, haz que perezcan las concejalías, las corridas de toros, la carta de recomendación, todo lo que hoy constituye el triste, el necio, el miserable ambiente de las aulas.



PADRE NUESTRO...

(LA ESCUELA)

Un jefe del Gobierno ha querido suprimir en las escuelas la enseñanza del catecismo. Yo voy á un aula pueril, ganoso de saber cómo se da esa doctrina. Llego.

—No se puede...

—¿Quién ha ordenado que no se pueda entrar en las escuelas públicas? ¿Quién le ha dado á ese templo de la sabiduría popular un aire tan hermético y tan absolutista? ¿Quién ha confundido su franca y abierta misión de tal jaez?

—La gente de arriba—nos responde un padre que viene en busca de su hijo, y á quien tampoco le dejan penetrar—. El delegado.

¡Bah! ¡El delegado! ¿Fuera extraño que hiciese alguna vez algo á derechas la autoridad superior? Y, tristemente, vasallescamente, sometidos á la tiranía democrática, para saber cómo se en-

seña á nuestros hijos, á nuestros hermanitos diminutos, á nuestros compatriotas chiquitines, nos vemos forzados á solicitar permiso... ¿De Júpiter...? No; del Sr. Méndez Bejarano.

Mas nosotros, dando un rodeo, pero yendo más alto, lo conseguimos del Sr. López Muñoz, de aqueste muy culto y muy respetable ministro de la Corona.

Estamos en la calle del Príncipe de Vergara. Hay una densa humedad en el ambiente invernizo y áspero. Madrid crece á ojos vistas. Vías enteramente nuevas se han formado durante años febriles. Dos, cuatro, diez casas en construcción, denotan el ímpetu. Hay un edificio pequeño, blanco, acribillado por claros ventanales. En el dintel, un letrero: «Escuela de Victoria Eugenia». Nos abre un portero municipal. Cruzamos el zagüanillo desnudo, y subimos una escalera, desnuda también. A veces, interrumpiendo la monotonia del caliche, admiramos un rótulo: « Niños, no privéis de la libertad á los pájaros; no los martiricéis ni les destruyáis sus nidos. Dios premia á los niños que protegen á los pájaros; y la ley prohibe que se les cace y que se les quiten sus crías. » Nosotros, al reverenciar este noble consejo, hemos sentido una alegría profunda y un enternecimiento súbito. ¡Los pájaros! Esos hermanitos joviales, inocentes y buenos... «¡Proteged, niños, á los pájaros!» ¿Te-

néis, lectores, noticias de algo tan sencillamente hermoso?

Cuando llegamos al piso entresuelo, el conserje nos pasa al saloncito de profesores, y se aleja para avisarle al director. Llega.

—¿El Sr. Cuartero?

—¿El Sr. Antón del Olmet?

—Redactor de *A B C*, sí... Tengo el encargo de visitar la escuela para hacer un artículo. Nos interesa especialmente presenciar la clase de... Ya se lo supondrá, Sr. Cuartero... Doctrina cristiana... Es el tema de actualidad.

—¿Tiene usted permiso?

—Cuento para esta información con la anuencia del ministro de Instrucción Pública.

—Bien, pues tendré mucho gusto en complacerle. Venga, venga conmigo.

Y abre la puerta de un aula, y nos hace llegar hasta el nido caliente, sagrado, inefable de la escuela infantil.

Hay nnos treinta niños de nueve á doce años. Están sentados en sus pupitres. Uno, cierto demoñuelo enredador, que se halla de rodillas, es perdonado fácilmente á mis instancias. Luego, ante la expectación del hato candoroso, el señor Cuartero, muy fino, con esa voz persuasiva, grata, cariñosa, de los nacidos para la enseñanza, esa voz entre materna y divina, voz de amor, voz de autoridad, exclama:

—Aunque no toca hoy lección de doctrina, vamos á darla para que nos oiga este señor. ¡Ea, vamos á ver cómo quedamos! ¿En qué ibamos, Sarmiento?

Y Antonio Sarmiento, un chicuelo de ojos inteligentes y desenvuelto ademán, se yergue para decir:

—Ibamos en el Padre Nuestro.

—Bien, ¿quiere usted decir la oración?

Y oimos su fragancia, este noble resumen de talento, de amor, de humildad, ingenuanmente sabio.

—Bueno; lo sabes muy bien. Pero dime, ¿podrías razonarlo?

—Creo que sí.

— Veamos, pues. Se inicia la invocación... «Padre nuestro.» ¿Qué dices al pronunciar esa frase? A ver, tú, Alfonso.

Y Alfonso, otro chicuelo muy listo, de una compresión fácil, pronta, españolísima, comprensión de raza, dice algo que se acerca á la verdad.

¡Oh, pero no ha dicho toda la grande, la sublime, la eterna verdad! Y entonces, el maestro, dulcemente, razonadamente, sencillamente, la explica:

—Queremos decir, llamándole padre, que somos hijos suyos, que somos, pues, todos hermanos. La cosa es muy clara, ¿no? Si tú, Alfon-

so, y tú, Benito, tenéis el mismo padre, seréis hermanos el uno del otro. Luego si todos somos hijos de Dios, todos seremos hermanos, hermanos del alma y del cuerpo.

Los niños, en sus entendimientos desperezantes, incipientes, comprenden estas cosas tan santas y tan hermosas, y las sienten dentro de su corazón como aura benéfica.

—Luego si somos hermanos, ¿qué deberes tendremos los unos para con los otros?

—El de querernos—diceun arrapiezo.

—El de protegernos—exclama otro futuro ciudadano español.

—El de ayudarnos con el amor y con los bienes materlales — replica un tercero, agudizando ya.

—Si tú, Julio, perdieras á tus padres y te quedaras con algunos hermanitos pequeños, ¿qué harías?

—¡Trabajaría para ellos!—afirma, noble, viril, orgulloso, el grande hombre.

—Entonces, considerando como hermanitos á todos los demás niños que conoces y aun á los que no conoces, ¿los protegerías si fueran huérfanos y si estuvieran desvalidos?

—¡Yo lo creo! ¡No los había de proteger!

¡Y había en su acento, al decir estas cosas, una raigambre tan íntima de afirmación y de seguridad, que la emoción, una formidable, colosal

emoción, sacudió nuestra sensibilidad varonil, mientras vibraron los nervios entre la carne de buenos españoles!

Esto, Sr. Presidente del Consejo de Ministros, se les enseña á los niños de la escuela cuando estudian la doctrina cristiana. ¡Esto, Sr. Presidente del Consejo de Ministros! ¡Esto, esto, esto!

Hay dos ventanales enormes. Entra una luz tamizada en la clase. Dentro, apenas una distracción. Las caritas parecen estar jubilosas. En los ojuelos cándidos, infantiles, retoza una gran alegría de personitas buenas, de hombrecitos aprovechados y juiciosos.

—¿Estáis contentos?—les decimos nosotros sin saber qué decir...

Y entonces uno exclama entre risas:

—¡Mucho! Ya ve usted, Jimeno, un chico de la escuela que vivía en la Prosperidad y que se mudó al Puente de Vallecas, viene todos los días desde allí para no dejarnos. ¡Ya ve usted!

¡Qué diferente la educación que recibimos nosotros los que ya esperamos canas, á la que reciben estos mozos de hoy! Había unos cartelones fríos que nos aburrían, y un recitado monótono, desabrido y ramplón, de las tablas aritméticas. Aprendíamos las cosas de carrerilla, y no razonábamos nada. Nuestra educación subsiguiente ¡nos ha sido tan penosa! ¡Teníamos una iniciación en la cultura tan rutinaria y tan banal!

Hoy, D. Domingo Cuartero, este maestro que enseña doctrina cristiana, adiestró á los pequeños escolares en todos los matices del saber. Conocen la bibliografía. Se han asomado por el microscopio, al universo de los átomos. Dominan la electricidad, y con unas dinamos chiquitas, preciosos juguetes educadores, aprenden á producir fuerza y á familiarizarse con la industria. Julio Guerra, un Marconi espigadito, arma unos aparatos de radiotelegrafía, y envía un saludo á nuestro periódico. La enciclopedia, menudita, buscando todos los temperamentos, escarbando en todas las predisposiciones, desflora las virginidades anímicas y lanza las iniciativas infantiles por el camino del esfuerzo. ¡Qué diferencia con nuestra infancia gárrula y hueca, decorando latines que no comprendíamos!

Luego hemos visitado la escuela. Es amplia, clara, oliente á higiene y á salud. Hay un cuarto de baño que aterraría á maese Cabra. Hay un silencio unánime que pregona el recogimiento intelectual. Un gran ambiente moderno, noblemente moderno, envuélvenos por doquier.

—Ahora—dice el profesor—bajaremos al refectorio, donde comen los niños de la cantina escolar.

Y descendemos. Y, lector, te juramos que nunca vimos cosa tan bella.

Es un comedorcito... Allí, unas mesitas para los arrapiezos. Cien niñas y cien parvulitos menudos, yantan el regalo de la caridad. Son niños pobres. ¡Si vierais cómo agradecen sus cuerpecitos ávidos la nutrición abundante!... Hermanitos buenos, hermanitos inocentes, ¿cómo no sentirse jubiloso, emocionado, viéndoos comer? Hoy tienen arroz con bacalao, ¡tan pringoso, tan suculento; pobrecitos ángeles! Arroz con bacalao; y mañana tendrán su buen cocido español; y pasado, otra cosa muy requetebuena; y así todos los días.

El espectácnlo es maravilloso. La inspectora va repartiendo sus raciones; y sobre las cabecitas que se alzan con apetito infantil, parece una azafata de leyenda, que acudiese con el mandil lleno de pan, de pan fraterno para las aves, para las avecitas buenas y alegres.

¡Si vierais cómo yantan los niñitos pobres! Nosotros miramos hacia una parejita, y nos dan ganas de besar aquellos mofletes colorados y aquellos ojos tan limpios y tan inocentes. Asida la enorme cuchara, sacan el arroz, lo miran con glotonería, comen, comen los pobrecitos... Y ved cómo hunden sus deditos gordezuelos en la miga, y ved cómo se la llevan á la boquita roja, y ved cómo se atracan ávidos cual si fueran polluelos, mientras la inspectora, que los ama, al fin mujer, les dice:

—¿Qué quieres, rico? ¿Deseas algo más, vida?...

¡La comida golosuela de los niños! ¿Hay algo tan preclaro? Sí, cuando esta comida les pertenece á los niños sin fortuna, á los que no conocen el juguete, con los que acaso los Reyes Magos se muestran esquivos, entonces la comida infantil es sagrada. ¡Sagrada! Viendo comer á estos nenes de seis años, que ya están gordos, que ya están encarnados y plenos de vida, que derrochan salud, se comprende lo bárbaros, lo inicuos, lo infames que somos cuando nos sentamos á la mesa todos los días, sin pensar que puede haber un niño, sólo un niño, que sufra de hambre.

¡La cantina escolar! ¡El desayuno escolar! Gracias á ellos, á esta caridad suprema, exquisita, están gordotes y fuertes como pequeños gigantes, cien niños y cien niñas. Ellos no saben quién les da su pitanza. Como los ángeles, comen inspirados en su apetito y en su mocedad. Hacen bien. Tienen un supremo derecho, un derecho amplio, definitivo, terminante, á que todos los días esta buena inspectora les dé un plato de comida substanciosa y les diga: «vida», «rico», «cielo». Tienen, sí, tienen un derecho formidable al pan y á la caricia. Son niños, son pobres, son hijos de Dios.

Esto es lo que se hace, lectores, en la escuela cristiana y en nombre de una doctrina sin duda

reaccionaria, muy poco en armonía con los tiempos de libertad que nos arrullan. Esto, señor presidente: decirle á los niños, mientras aprenden radiografía, mecánica, electricidad, que son hermanos, que se deben amar y proteger. Esto, y cuando han dado las once y media, y sienten hambre los buchecitos santos, darles, en nombre de Dios, del Padre, la ofrenda milagrosa del pan.

Nos ha emocionado el espectáculo de la escuela. Flota, hasta en sus detalles menudos, un ambiente de abnegación, de sapiencia, de lógica, de modernidad. Da sensación de fragua, y de crisol, y de taller, y de nido, y de tálamo. Parece tener unas manos largas y suaves, que nos retuvieran. Inspira el prurito de ser niño y de sentirse amado. Huele á vejez áurea y á nación joven.

—Muy hermoso y muy grande, Sr. Cuartero. Palpita en esta casa un sentido generoso de renovación. Mil gracias, mil gracias.

Y el Sr. Cuartero, sin presunción, sin gesto de vanidad, ese gesto de vanidad que tantas veces sorprendemos en gentes ignaras y estériles, pensando en el más allá, en el futuro, en la eterna marcha hacia adelante, dice:

—Sí. Algo se hace. Pero es necesario ir más de prisa. Yo suelo llevar á mis alumnos á la Escuela de Artes é Industrias, donde los dejo encarrilados. Algunos tienen ya sus cartillas en el Instituto de Previsión. Lo que hacía falta es que,

ó el Estado ó las Asociaciones, vinieran á este plantel en busca de sus trabajadores, ofreciéndoles, á los mejores, á los selectos, un seguro pedazo de pan...

Lector, el resurgimiento de nuestra Patria no está sólo en todo cuanto vemos, con ser esplendoroso. Está en estas escuelas calladas y humildes, en las que una generación formidable se prepara en el esfuerzo, en la inteligencia, en el amor. El paso ha sido enorme, desde los tiempos en que nosotros, los adultos de hoy, acudiámos á la escuela. Hoy se aprende con la razón y no con la rutina. Hoy, los niños pobres tienen un sitio en una mesa. Y hoy, como siempre, la doctrina cristiana, tan noble y tan pura, sigue, al compás de la radiografía y la mecánica, hablándole á los corazones infantiles de cosas muy bellas, de cosas muy santas.

Cuando salimos á la calle había surgido el sol, y las praderas ostentaban un tono esmeralda, y el calor había tornado á la vida... Dos, cuatro, diez edificios se construían, febriles. Madrid corría hacia el campo, invadiendo su inercia. El resplandor supremo de algo inminente, nos iluminaba. Desde la escuela, unas ingenuas vocecitas, vocecitas que saben explicar el telégrafo sin hilos, la máquina eléctrica, el microscopio, decían, infantiles, angélicas:

—Padre nuestro...



LOS EXPLORADORES DE ESPAÑA

(EL CAMPO)

Un domingo lleno de sol, y vahos de primavera en el ambiente. Tenemos ansias de vivir, goce inefable de vivir. Es un día para el entusiasmo y para el júbilo. Camino de El Pardo, el automóvil se cruza con otros automóviles, con gentes que han salido para sentirse dichosas en esta divina tarde madrileña. La Moncloa, la Florida, Goya, los organillos chulapos se quedan atrás. El sol dora. en el confín, la nieve de los alcores castellanos. De improviso, pasada la Puerta de Hierro y el puente de San Fernando, á la izquierda, en un coto real que ha cedido generoso, el Monarca, dos exploradores nos detienen.

—¡Alto!

—¿Es la consigna?

—Sí.

Y al saludar con nuestra risa alborozada, risa de salud y amistad, este gentil simulacro soldadesco, recibimos la primera impresión grata de las muchas que nos ofreció nuestra visita, y que deseáramos transmitir á quien leyera, con toda su ingenuidad y todo su prestigio.

Mas ya un capitancito de trece años, que lleva un banderín en su diestra, ha gritado con autoridad:

—¡La escolta!

Dos menudos ciclistas nos acompañan, delanteros. Poco más allá se detiene el vehículo. Instantes después, el capitán Iradier, alma de los exploradores españoles, llégase para saludarnos.

Nosotros no quisiéramos zaherir la modestia del Sr. Iradier con un elogio. Pero al hacerlo, parécenos realizar algo español, patriótico y útil. El Sr. Iradier es un ejemplo que imitar. Hurtarlo al conocimiento público fuera complicarse vanamente con la hipocresía, y, sobre todo. con el afán, tan lamentablemente ibero, de regatear el aplauso cuando es merecido.

La palpitación íntima de una raza no se debe inquirir en la política ni en los centros más ó menos oficiales. Allí—disculpe la excepción—ocurre la selección al revés. A las naciones no se las debe juzgar en sus políticos, ni en sus académicos, ni en lo que anda flotando, quizá por tener menos peso específico. Hay que juzgarlas

en sus hombres callados, recónditos, que laboran sin estruendo, tenaz, férreamente. Hay que juzgarla en el sigiloso Cajal, y en el Galdós anterior á sus afanes demagógicos, y más tenuemente, en este capitán Iradier, que se ha propuesto conseguir para España varias generaciones de hombres fuertes, y que lleva traza de lograrlo. Es un optimista, es un luchador, es un generoso. No quiere ni el banquete gárrulo ni la prebenda vana. Quiere hacer hombres fuertes. Bendiga Dios su humildad, su talento, su corazón y su perseverancia.

Está erguida en la explanada donde se hallan acampados los exploradores, la bandera española. Bajo su majestad bicolor, juegan los niños. Nosotros los miramos con íntima complacencia. Dejaron el mimo de la madre, que los encanija—ese divino calor maternal, tan grato, pero que si es demasiado asiduo conduce al blandor;—no fueron á un cinematógrafo donde respiran los pulmones tiernos, aires épicos, trágicos, antinaturales; hicieron una caminata viril; yantaron con esa voracidad inconcebible que da la niñez y que acucian el viento serrano, el sol y los tomillares bien olientes; juegan ahora, incansables, con sus pértigas y sus cordeles; realizan prodigios de ingeniería y de mecánica; se hacen fuertes, denodados, jubilosos, castos y sencillos.

Nosotros afirmaríamos, sin jactancia, que la institución de los exploradores españoles ha sido lo más hermoso, lo más eficaz que se ha realizado educativamente en España desde hace siglos, ¡siglos!

El instructor, Sr. Villar Ceballos, da una orden. Al oirla, un niño, Rafael Fernández Martínez, se arroja en el suelo.

—¡A ver!—exclama el capitán.—Este niño se ha roto una pierna. ¡Curadlo!

Precipitadamente, Miguel del Campo, Antonio Díaz Cabañete, Ricardo Burgón, Roberto Mut, se lanzan en su auxilio. Unos lo descalzan, lo vendan, magistrales. Otros, con unos bordones y unas chaquetas, construyen la camilla. Después, el médico de los exploradores, Sr. González Pons, finge recetar. El herido está presto. La caridad ha batido sus alas en nuestro redor. Los exploradores han aprendido á curar, y á ser caritativos y buenos.

Seguimos recorriendo el coto. Un teléfono. Los exploradores han amañado un teléfono admirable, que recorre cerca de un kilómetro, y desde el cual, Lasheras, un mozuelo avispado, habla con invisibles compañeros. Más adelante, otros exploradores, dirigidos por el capitán Villalva, este capitán Villalva que mandaba la sección de tropas iberas que mató al Mizzian, aprenden el manejo de un telégrafo luminoso. José

Díaz, un explorador cortés, afabilísimo, hace instantáneas con su maquinita, y va instruyendo en el arte fotográfico al muy simpático Angel León, risueño y alegre, explorador hasta la médula; á Pablo y Pedro Lores, á Pedro Oltra, todo un gentil hombre de catorce años, á José María Santos, á Fernando Huelves, á Angel Blázquez, á Antonio Martínez... El teléfono, el telégrafo, la fotografía, el ciclismo, todo lo de hoy, todo lo sutil, la ciencia, la mecánica. El explorador es un hombre moderno y científico. Los exploradores aprenden á ser civilizados y á sentir el amor al invento...

Nosotros experimentamos una alegría profunda al ver estas cosas. Pero vamos de sorpresa en sorpresa. A cada paso, un descubrimiento nos regocija y nos conforta. Hay un papel en el suelo. El Sr. Iradier llama. Se acerca un explorador.

—He dicho que no es cortés dejar manchado el suelo que atraviesan los exploradores.

Y el niño, alegremente, recibida esta lección de cortesanía, de cultura, recoge su papel y le prende fuego. El explorador está urbanizado, conoce los deberes sociales, es limpio, discreto y afanoso.

Otro niño, Desiderio Fajardo, que tira el lazo como un gaucho de las Pampas, se adiestra en este sutil ejercicio. Pero el niño cazado, el que actúa de víctima en la añagaza, parece tener

miedo. Entonces, el capitán Iradier busca un voluntario.

—No quiero miedosos en esta Asociación. A ver, un valiente á quien no le importe caerse.

Y surge el voluntario, y se cae, y cuando se levanta, sonríe. El explorador es intrépido. Al explorador no le duelen tropezones. El explorador no llora jamás.

Más adelante, con unos bordones y unas cuerdas, el instructor Sr. Perinat, sobrino de aquel heroe fenecido en Melilla, ha construído una pasadera que cruza un pequeño barranco. Y es tan sólido el artificio, que nosotros mismos lo hemor atravesado sin cuita. El explorador es ingenioso, apto, no se deja vencer por la dificultad, domina el obstáculo, no retrocede nunca.

Y vemos cómo Laforest ha construído unas cabañas preciosas, y cómo el comandante León y el instructor Sr. Huertas, dos ilustres entusiastas, han adiestrado á los exploradores en la carrera, en el salto, en la emboscada, en la guerrilla. Y oímos cantar á los mozos, y les oímos sus vivas á la Patria, y sentimos una emoción suprema, formidable; emoción de generaciones fuertes, de generaciones llamadas á engrandecer la nación, de generaciones tremendas. A nuestro lado, el capitán Iradier nos dice:

—Esto prende como la pólvora. Hay algún zoilo. ¿Qué obra humana no tendrá enemigos?

Pero marchamos, tenemos entusiasmo y fe. Cada semana sube en cien exploradores el número de los asociados.

Y hay en sus ojos azules, de una serenidad viril, la visión de una enorme grandeza futura.

Ahora lector, dos emociones formidables. El pobre..., y el flautista...

¿Tú no conoces al gran Antonio Hernando? Sea reverenciado, por humilde y por bueno, su nombre.

Antonio Hernando andaba descarriado por Madrid. Iba roto, casi descalzo, empobrecido... Un día vió á los exploradores y echó tras ellos.

—¿Quién eres?—le preguntaron.

—Nadie. Mi padre es albañil y no tiene trabajo desde hace mucho tiempo.

—¿Quieres venir con nosotros?

—Sí. ¡Voy!

Y como no tenía comida, se la dieron los demás. Y como habló del hambre en su casa, se le entregó algún dinero, conseguido á escote entre los exploradores generosos.

—Preciso es — dijo el Sr. Iradier al domingo siguiente — que no se le dé estropeada la comida. Las sobras ofenden á quien las recibe y á quien las da.

Y cayeron tortillas enteras y panes enteros en el triste regazo, Y pocos días después Antonio Hernando halló un paquete de dinero en cierto

solar. Y buscó al dueño de la pérdida. Y como no apareciera, compróse un bordón. Y hoy, bajo los auspicios de un muchachuelo inteligente, de Alberto Hidalgo, aprende á leer y á escribir... El explorador es demócrata, sabe amar á los humildes, los protege, los hace buenos, cultos y honrados.

Pero ya tenemos aquí al flautista. Es un mozuelo de aspecto pobre. Los niños, sin embargo, lo aman. A su vera callan para escuchar el tañer de su instrumento. Su instrumento es una caña burda, con unos agujeros terribles. Pero ¡si viérais qué bien suena esta flauta primitiva, llena de un arte ingenuo y virgiliano entre los tomillares, bajo el divino sol paternal!

Cuando el artista acaba, dice el Sr. Perinat lleno de emoción:

—Hoy es el primer día que viene con nosotros, y ya toca el himno de los exploradores. ¿Cómo te llamas?

—Manuel Herráiz.

—¿Qué oficio tienes?

—Soy ebanista.

—¿Qué ganas?

—Dos pesetas.

—Bien. Eres un gran muchacho, y los exploradores están orgullosos de ser compañeros tuyos.

¿Tienes noticias, lector, de algo más franco,

más noblemente hermoso? El explorador es artista. Ama la música. Siente respeto por el arte, y por quien, bajo su ala inmensa y divina, hace brotar gemidos á una burda caña.

Decae ya la tarde. Ordena formación el señor Iradier. Lentos, disciplinados y rítmicos, los exploradores llegan bajo la bandera sagrada. Allí, el capitán los arenga con nobles palabras, en las que se nos cita de un modo harto afectuoso. Dáse luego un viva, un viva tumultuoso á la Patria. ¡Si viérais qué bonito el momento en que mil voces infantiles lanzan su vítor, y en que mil gorras se alzan con entusiasmo frenético!

Y por fin, egregio, triunfal. el himno á la bandera, minutos antes de ser arriada. Los versos tienen una sencillez y un ritmo infantiles y levantados, y están llenos de optimismo y de fuerza.

. . . .

«Primero, aurora; después, lumbrera
nuestra bandera
tiene que ser.
Gloriosa madre, Patria querida,
más que á mi vida,
he de guardarte.
Tú santo nombre será mi sueño,
y aunque pequeño,
habré de honrarte.»

. . . .

Y la música y el verso cantan arrulladoramente, formidablemente, en aquellas bocas infantiles. Y hay algo gigante en el himno explorador. Y sentimos correr por la columna vertebral algo insólito...

No, no sonriáis los incrédulos, los vanos, los tristes. Poseen más armonía estas rimas ingenuas y estas notas cándidas que todas las poesías y todas las sonatas más intensas. El arte, si no vive más que para sí, es banal. Este pequeño arte útil es más grande, más amplio, más efectivo y más luminoso. No es la excitación morbosa de unos nervios enfermizos. Es la ruda canción sentimental de una generación lozana, que jura engrandecer su bandera. Nosotros hemos sentido al escuchar el himno de los exploradores el estremecimiento vertebral de lo tremendamente sublime.

Cae la bandera, suben las gorras entusiásticas, y el sol, el viejo sol de Castilla, al hundirse tras de los montes nevados, dijérase un abuelo que muriera gozoso entre los nietecillos alegres y triunfales, llamados al esfuerzo, á la gloria...

Es hermosa, magnífica, ésta vuestra institución, exploradores. Pero aún lo será más en días venideros. Creceréis. Cada uno de vosotros, llevado por el instinto, os iréis desparramando en la vida. Uno será militar; otro, abogado, médico, industrial ó político. Ya no acudiréis, bajo

las gratas órdenes del capitán, con vuestros bastones de explorador, con vuestras alegrías de niño. Pero en el fondo de vuestras almas, la semilla que hoy albergasteis en ellas, fructificará. Militares, seréis valerosos; abogados, seréis justos; médicos, conoceréis el sacrificio; industriales, seréis atrevidos y honrados; políticos, seréis dignos de gobernar á un pueblo muy grande y muy fuerte.

Exploradores españoles. que sois el futuro de la nación, cuando lleguéis á hombres, acordaos siempre de que fuistes exploradores, y de las enseñanzas aquí aprendidas. Y aunque no os acordéis de este cronista ignorado que ha visto en vosotros la aurora de una Patria renacida y espléndida, acordaos de que una tarde, entre las viejas encinas de El Pardo, frente á las cumbres de Castilla, alguien se os acercó para decir con vosotros, en una promesa formidable y suprema:

—¡Viva España!

[illegible]



EL MINISTRO CATEDRÁTICO

¡Calle de los Reyes! ¡Instituto del Cardenal Cisneros! ¡Una pastelería! ¡Un billar! ¡Algarabía de muchachuelos en la puerta! ¡Nuestra infancia que rejuvenece!

Cuando llegamos al Instituto estos muchachuelos, que hacen acaso «rabona», se cuelan en la pastelería dando brincos y armando alboroto. Nosotros, que también aprendimos latín junto á los «pitisus», las «severinas» y los «bizcochos borrachos», los miramos desaparecer con cierta nostalgia. Luego, maduros, viejos, disminuídos, sin ocurrírsenos hacer la «rabona», penetramos en el Instituto para escuchar al Sr. López Muñoz.

Los estudiantes se acogen en las aulas. Madrugamos con exceso. La enorme escalera, los luengos rellanos se aquietan en grave sigilo. Arri-

ba, donde nos indica el bedel, hay tres ó cuatro grandullones que juegan á la pelota y que fuman sus febles «pajillas», urdidas con escoria de faltriquera, rebañando los olvidos del papá.

Hay un claustro por cuyas doce ventanas entran doce rayos de sol. Atomos de polvo, microbios tal vez, gusanillos volátiles enróscanse visibles en las grandes manchas de luz. Un bedel, pacienzudo, lee tras de sus antiparras quebradas, el periódico. De vez en vez se detiene para escupir fuerte, convulso y repentino:

—¿Dará clase el Sr. López Muñoz? — le preguntamos ofreciéndole un cigarrillo.

—Me parece que no. Desde que le nombraron ministro viene poco.

—¿En qué aula explica su asignatura?

El bedel nos señala una puerta con el cigarrillo.

—Ahí. Pero falta bastante aún. Lo menos un cuarto de hora.

Y nosotros volvemos á divagar por el claustro vacío, creyéndonos mozuelos del bachillerato, cuando nos despedía nuestra madre con un beso y unos cuartos, diciéndonos:

—Que seas aplicadito. Que te compres un bollo.

¡Y nosotros nos íbamos al Retiro, y en vez del bollo, comprábamos pitillos de cacao!

Las enjalbegadas paredes del Instituto híllan-

se, como ayer, cubiertas de gráficos. Los hay revolucionarios, eróticos; pero más especialmente académicos. «¡Muera Fulano!» Este gráfico, repetido junto á puertas y ventanas, á una altura á la que apenas llegara, y de puntillas, un niño de trece años, ¿no implica un estado moral? ¿No es un síntoma? La mocedad habla mal del catedrático. ¿Por qué? ¿Han escrito esto los desaplicados? ¿Fué un bilioso, un rebelde? ¿No pudiera ser la expresión desesperada, tremenda y colosal de todo un plan de estudios arbitrario y horrendo?

Mas de pronto las aulas se abren. Y es como si la vida rompiese, brotase con ímpetu. Surgen niños y más niños, con sus calzones cortos, con sus calzones largos, con sus marineritas, con sus bufandas, el rico lleno de ringorrangos, el pobre con una chaqueta corcusida en que se ve la huella sagrada, augusta, de unas pobres manos afanosas y lívidas. Surgen, y el vocerío ensordece, aturde. Ningún rapaz dice nada. Es un alarido, un aturuxo de salud y alegría, una explosión de júbilo que gozamos de oir como si nos arrullase, que habla de venas jóvenes, de cabecillas locas, de anhelo y de risa.

¡Reid, reid! No es el estudio cosa grave ni macerada. El estudio es alegre. En el aula, bajo la tutela del catedrático, debe callar el aprendiz, sumirse en el cálculo y en la deducción, aparando

su alma para recibir un polen generoso de sabiduría. Fuera del aula está bien el grito y el retozo; esta bien que salgan á relucir trompos y pelotas; está bien que haya peleas y hasta una cachetina viril.

¡Jugad, jugad, hombrecitos de catorce años!

Y ellos, tal como si nos oyeran, encabrítanse unos contra otros cual si fueran cervatillos alegres, y se topan y se arañan y ríen. Alguna vez, intimidando á la grey, pasa, vestido con esa indumentaria en abandono de los sabios, el cuello de astrakán subido, las manos en los bolsillos hondos, un profesor ignoto y sutil como Bercheret... De pronto, un grito:

—¡López Muñoz! ¡Viene López Muñoz!

Miramos, y, en efecto, alto, elegante, con su correcta levita y su chistera señoril, sube D. Antonio.

—¡Etica! ¡Etica! — se oye gritar á dos aterrados.

Luego, la horda risueña, entre jubilosa y estupefacta, corre claustro adentro, mientras sisea el bedel como un viejo pastor que todo lo comprende y lo disculpa.

Entramos en el aula. Ya está sentado en su augusto sitial, este sitial de la cátedra, más noble que todos los sitiales vanidosos, D. Antonio López Muñoz. Los escolares, gentecilla espigada, mozos de quince años, están repartidos en

sus bancos. Junto al profesor hay una niña. Nosotros saludamos al ministro, nos cede un asiento en la tarima, y vemos comenzar la clase.

Ante todo, queremos consignar dos notas simpáticas. Lo primero, la niña, ¡la niña estudiante!

Cuando nosotros éramos jovenzuelos apenas se veían unas enagüitas en el claustro académico. Era un suceso exótico, inopinado y terrible ver aparecer á una escolar. Nuestras contemporáneas educábanse poco. Y nosotros, ó éramos unos caníbales de la ironía, ó unos cafres del enamoriscamiento.

Hechos á vivir solos, apenas veíamos surgir unas falditas, los hostiles, los ásperos, con ese erizamiento que inspira lo anómalo, dábanse á la zumba, mientras los apasionados se veían en la obligación de asediar á la pobrecita oveja descarriada entre lobatos. Y así, las niñas, al hacerse mujeres, continuaron siendo niñas.

Hoy, no. Hemos visto estas niñas en el claustro, con sus manteletas, con sus garrotines, bajo el brazo los libros de texto, juntas, pensativas, de fijo aplicaditas y juiciosas. Los niños cruzan junto á ellas indiferentes, sin asombro, sin latigazo vertebral, hechos al trato prudente, honesto, vivificante, de lo femenino. Aquí, en la clase del Sr. López Muñoz, alzada esta niña á la altura del catedrático, á nadie asombra, á nadie con-

mueve, y es como una pequeña musa del estudio, y será una mujercita de provecho, y se ganará la vida sin deshonor, y cuando llame á su corazón el amor varonil, podrá escoger y discernir, y no entregarse como esclava.

La otra nota de simpatía es el propio ministro. ¿No es grato ver á un ministro de la Corona entre los pequeñuelos, dándoles clase, entregándose á ellos, formando sus inteligencias, corrigiendo sus faltas, premiando sus virtudes?

—Señor Callejas, haga el favor de salir y explicar la lección.

Y el Sr. Callejas, un mozo de aire inteligente, sale un poco ruborizado, se sienta, se aturde, balbucea...

Y entonces el Sr. López Muñoz tiene una frase preciosa:

—No. No vea usted al ministro. Soy el de siempre, el catedrático. A ver, hablemos de la naturaleza, del amor que le debemos.

Su voz es grata y persuasiva. El Sr. Callejas, serenado yá, habla, pero todavía con algún sobresalto.

—No, no se aturda usted. Usted sabe todo esto muy bien. Usted es un buen alumno. Este concepto se le ha borrado un poco, pero no lo ignora.

¡Y es tan amable, tan íntima, tan respetuosa para la mocedad la voz del catedrático! No tiene

ceño adusto, ni se incomoda, ni se cansa. Es afable y dúctil.

—La naturaleza es todo el mundo exterior sensible. Veamos ahora, ¿tenemos deberes para con la naturaleza?

El alumno vacila un momento.

—Sí.

—Sí. Claro que sí—añade el profesor con su voz grata y seductora.—Dicen algunos tratadistas que no. Y lo dicen porque no siendo la naturaleza susceptible de tener deberes, tampoco lo será para tener derechos. Error lamentable. El deber y el derecho no nacen el uno del otro. No son derivados. Nacen del bien. Y así, el bien aconseja que tratemos á la naturaleza con amor, lo mismo que al niño. El niño no tiene deberes. Pero tiene derecho á que lo respetemos y queramos.

Estas cosas tan buenas y tan sutiles las va explicando el Sr. López Muñoz ante el auditorio que pende gozoso, de su acento. Y sigue hablando el profesor, y sigue explicando temas fragantes, llenos de verdad, de eterna y sencilla verdad: el concepto de la moral, que es el bien por el bien; el de la economía, que es el bien por el bien material; el del derecho, que es el bien por el bien social; el de la religión, que es el bien por Dios... Y habla de la Patria, y del honor, y recuerda á Régulo, el horoico; y sin retórica, íntimo, va sem-

brando la ciencia del bien en aquellos corazones sencillos.

No hay una tos, ni un distraimiento. Las paredes, encaladas y desnudas, recogen y amplían la voz del maestro. Un relojillo pasa, pasa. A las doce menos diez minutos, y cuando no se ha cansado nadie, cuando la lección es placer todavía, el profesor dice:

—Bueno, señores, terminaremos ya... El otro día vine á clase de Psicología para saludar á mis alumnos. Hoy he querido hacer lo mismo con ustedes. Sepan que no por haber sido nombrado ministro, he dejado de ser maestro. Sepan que los miro con viva atención, y que los quiero mucho.

Cogió su chistera. Entre la grey hubo un estremecimiento cordial. Alguien, un mocetón, se alzó imperativs, estallante, y blandiendo su gorra, vociferó entusiasta:

—¡Viva D. Antonio!

Salieron. Nosotros nos acercamos al Sr. López Muñoz para estrechar su mano.

—¡Muy bien, D. Antonio!

Se apagó la última pisada.

—Sí, me preocupan estos muchachos. Son el futuro de la Patria. Un día me llamó D. Antonio Maura y me dijo: «Usted, que regirá la enseñanza, debe hacer...» Y sí, quiero hacer algo por esta adolescencia. Quiero que se les enseñe poco y bien. Quiero que salgan de aquí sabiendo con

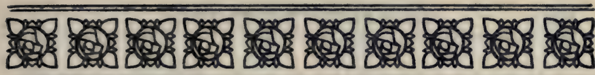
exactitud algunas cosas, las de su vocación. Quiero que sea el Instituto plantel de vocaciones y no aturdidero en el que se embrollen las inteligencias niñas con mil conceptos no aprendidos bien, olvidados pronto.

¡Y había en el Ministro de Instrucción Pública tanto amor hacia la niñez y tan buen deseo!

Salió. Aún fué vitoreado en la puerta. Y nosotros, que inauguramos esta modesta investigación académica, este pequeño ajetreo para ver cómo se enseña en nuestra Patra, no podemos resistirnos á ser optimistas. Fué D. Antonio López Muñoz, este ministro docto, llegándose á los mozuelos para decirles que se debe conocer á la naturaleza, que se debe respetar al niño, que se debe tener, arraigado, el concepto del deber y el amor á la Patria; quien nos ha dado una impresión de fragancia y de redención, muy bella y muy noble.

En la calle, nuestra pastelería, nuestro billar, los de ayer, los de la juventud.

Ya somos algo viejos, lector. No entremos...



LOS RECLUTAS DE SU ALTEZA

(EL TENIENTE EJEMPLAR)

—Un, dos, tres, cuatro...

Se oyen las marciales pisadas. Vallecas, próspero y lleno de luz primaveral, húndese allá, en el fondo. Se divisa Getafe. El cerro sagrado, mostrando en alto su ermita ingenua, en medio de la llanura castellana, parece un barroco San Cristobalón, que llevase por el desierto al Dios Niño.

—Un, dos, tres, cuatro...

En el cuartel de María Cristina hemos preguntado por el teniente D. Alfonso de Orleáns. El capitán Castillo, todo gentileza, nos ha indicado el sitio donde instruye á sus reclutas el infante, y nos ha cedido su asistente para que le sirva de cicerón á nuestro indocto auriga. Al fin, en el Campillo, cerca de Moratalá, hemos visto Infantería de línea. Poco después, nos hallamos

en plena instrucción y ante D. Alfonso de Orleáns en persona.

La explanada es pequeña. Gente curiosa, gente zafia, sigue los movimientos del infante con una especie de maligno estupor. Nosotros lo miramos también un momento, y su traza nos llena de simpatía, de júbilo.

Recuerda un tanto al Rey. No tiene acaso la majestad, el empaque, la distinción suprema del Monarca, aunque también el infante D. Alfonso trasciende á príncipe. Es alto, enjuto, vigoroso y ágil. Apenas un bozo rubio dora su labio. En sus ojos, azules, hay esa quietud íntima, esa tremenda serenidad que tienen los ojos de las dinatías, ojos hechos á mirar siempre desde las nobles cumbres.

Infatigable, atentísimo, celoso del menor detalle, S. A. va y viene de pelotón en pelotón, reprendiendo con llaneza, corrigiendo con ademán juvenil y amistoso:

—No ha tomado usted la vuelta completa, Jenaro de la Fuente...

Y Jenaro de la Fuente, un recluta de aire distinguido, que procura acompasar sus movimientos con el de sus colegas en instrucción militar, lo hace ya mejor, lo hace ya bien.

—Un, dos, tres, cuatro...

En una de las evoluciones, el infante nos mira. Lo saludamos respetuosos, y nos contesta

un poco absorto en su labor, sin reparar en la máquina fotográfica del uno, ni en el lápiz del otro.

—¿Le hablamos?—interroga el cronista.

—Sí—contesta el fotógrofo.

Y avanzamos entonces hacia el teniente Orleáns, y con el sombrero quitado palaciegamente, insinuamos:

—Perdone vuestra alteza... Somos periodistas y deseamos hacer una información para *A B C*, nuestro diario...

Luego, como nadie nos presenta, suplimos esta quisicosa del protocolo mayestático.

—Goñi—dice el cronista.

—Antón del Olmet—exclama Goñi.

Pero el infante no parece muy contento de habérselas con periodistas. Es un príncipe soldádo, madrugador y juvenil, á quien no aplace el ditirambo. Pregunta, indaga. ¿Qué pretendemos nosotros? ¿Para qué venimos á interrumpir su labor instructora?

—Si no hacen ustedes una información técnica, ¿de qué servirá?

—Servirá, alteza — decimos respetuosamente,—para llevar al público, al gran público, la impresión de un infante que lucha al aire libre, bajo el sol, por la educación militar; la impresión de unos reclutas que aprenden á ser buenos soldados, y que van á jurar la bandera. Esto, al-

teza, luminosamente, románticamente, popularmente, es acaso tan importante como una sobria enumeración reglamentaria.

Y entonces el teniente Orleáns, tal vez persuadido, pincha el suelo dos veces con el regatón del sable, asiendo la empuñadura con ambas manos, en un ademán muy borbónico..., y cede, cede...

Nosotros, ya roto el hielo, y envalentonados por la simpatía y la deferencia del insigne teniente, le hacemos innumerables preguntas.

—¿Qué consecuencias ha tenido, alteza, el servicio militar obligatorio?

—Muy buenas. La disciplina, lejos de perjudicarse, ha ganado. En otras naciones acaso haya sido funesta su implantación. En España, país de hidalgos y de patriotas, ha surtido efectos excelentes. Los reclutas de cuota, parecen hasta exagerar el cumplimiento del deber. En el trato no hay desigualdades. Para mí es idéntico el hijo de un grande que el de un ciudadano humilde...

—¿Están á las órdenes de vuestra alteza muchos reclutas distinguidos?

Y aquí tiene el infante una respuesta hermosísima, digna de un príncipe juicioso, inteligente y magnánimo.

—¿Distinguidos? Por su conducta muchos. No conozco más distinciones.

Se ha disipado la incertidumbre, y ya parlamos efusivamente con el infante, atraídos por su creciente simpatía. Lleva el toisón bajo la guerrera, y en el pecho su cruz de calatravo. En sus gestos, en sus modales, recuerda un poco la inaudita elegancia del Rey.

—¿Está contento vuestra alteza de sus reclutas?

—Contentísimo. Unos y otros, llenos de entusiasmo y de ideal, se afanan por instruirse. ¡Lástima sólo que las tropas estén en filas tan poco tiempo! Serían, si no lo son ya, las primeras, las mejores... ¿Indisciplina? En eso cada vez se gana, se progresa... La implantación del servicio militar obligatorio no ha traído una sola peripecia. Ni en un paseo ni en un teatro... ¡Hay en el espíritu español tanta hidalguía, tanta lealtad y tanta inteligencia!...

El infante se vuelve frecuentemente para ver sus pelotones, para coger á un recluta y colocarle bien una mano, para dar una orden.

—¿Dicen ustedes que si el trato...? Engordan todos ó casi todos á los pocos meses de servicio. Y están contentos, y hay, sí, una gran alegría en todos los corazones por servir á la Patria.

Oímos con júbilo al teniente Orleáns. Pudo vivir en una holganza dorada y principesca, y estudió en Toledo, y estuvo en Melilla, y se ba-

tió, cerca, muy cerca, por el honor de su ilustre uniforme. Puede ahora descansar, y viene aquí á enronquecer adiestrando á los reclutas.

—¿Qué horas de instrucción tiene vuestra alteza?

—Desde las ocho de la mañana á las siete de la tarde.

—Jornada de once horas, alteza. ¿No han pensado todavía los príncipes en limitar las horas de trabajo?

Aún parolamos durante algunos minutos con el infante. Luego, inclinando su aristocrática y varonil cabeza de soldado, se aleja para volver á sus quintos. Nosotros nos entretenemos después en contemplarlos. Están revueltos, por estaturas, los reclutas de cuota y de cupo. Un teniente muy afable, D. Enrique Hércules de Solas, nos dice algunas cosas muy gratas.

—Aquél es sobrino de Jacinto Benavente. Aquel otro ha regalado mapas, carteras, libros, para la clase de analfabetos. Aquel otro es seminarista. Miren ustedes con qué gallardía aprende á dar la airosa media vuelta.

El espectáculo es viril y es ejemplar. Cunde entre los quintos el afán de saber, de saber pronto, de llegar á buenos soldados. Han desaparecido las clases, los prejuicios, las diferencias de posición, de cultura, ante esta santidad augusta y enorme de la Patria. En los descansos,

los reclutas, libre, espontáneamente, ensayan sus movimientos y sus evoluciones. Hay alegría de mocedad. El sol tiene un resplandor ígneo hacia Madrid, y parece como si estuviera contento por alumbrarnos, prodigándonos su abrazo colosal, ubérrimo y generoso. Nada tan sano, tan varonil, tan hermoso ni tan redentor como este supremo espectáculo. Se desparramarán estos muchachos. Benavente, acaso, escribirá, al ejemplo de su insigne deudo, gentiles comedias. El mercader se afanará en sus tráficos. El seminarista, dejado el fusil, cogerá entre sus dedos místicos la exquisita fragancia de la hostia. Pero todos, como si hubieran sido moldeados en el mismo seno, como si hubieran nacido en el mismo tálamo, hechos masa, coherencia, fortaleza de unción bajo las banderas españolas, irán, por distintas direcciones, pero al son del mismo ritmo, hacia la grandeza de aquello á quien todos amaron. Y serán españoles siempre. Y harán con la pluma, con la mercadería, con los dedos ungidos, labor nacional. Y creerán que por ser más hermanos y estar más unidos, serán más grandes y más fuertes.

Habíamos recibido ya la gran lección del aula al aire libre, y habíamos sentido ya la impresión escalofriante de la Patria.

—¿Nos vamos, Goñi?

—Sí.

—Esto no lo comprenderán los entecos, los falsos, los morbosos, los débiles.

—Tal vez.

—Pero es hermoso.

—Sí, muy hermoso, muy noble, admirable...

Volvimos el rostro hacia Madrid. La urbe, extensa, dorada por el sol, abríase á nuestro júbilo como una gran cara que riese. Allá, en el Hipódromo, estos muchachos, aurora de una raza en auge, resplandor juvenil de algo que se agiganta magnífico, jurarán la bandera ante el entusiasta corazón del pueblo reunido. Miramos otra vez hacia la explanada. Aún se oía la voz del teniente Orleans y el eco de las pisadas marciales, rítmicas, en pelotón indestructible.

—Un, dos, tres... Un, dos, tres.,.



NIDO SACRO DE INFANTES

En la estación hallamos á varios militares. El general D. José Marina descuella entre su grey.

—¿Dónde van ustedes? — le preguntamos á cierto ilustre capitán amigo nuestro, á D. Federico Medialdea.

—Vamos á Toledo — nos responde —. ¿Y ustedes?

—También á la egregia ciudad — contestamos—. Queremos hacer un artículo acerca de la Academia, prosiguiendo nuestra labor informativa sobre la educación en España.

Jadeó la máquina, subimos al vagón, y dimos rumbo á Toledo.

Sí, vamos allá para ver el nido preclaro de los infantes. Nos mueve un gran estímulo de Patria y de ciudadanía. Una carta del comandante Méndez Turner nos había decidido.

¡Si viérais qué amables, qué reparadoras, qué llenas de confortación, son estas cartas que á veces recibimos de hombres ignotos, inteligentes y efusivos, alentándonos, trayéndonos la sensación formidable de que no estamos solos en la pelea! ¡Si viérais qué alegría dan, qué júbilo, qué ansias encienden, ansias de continuar la noble y humilde senda trazada por el desinterés y el trabajo! En la triste aridez cotidiana, viendo gentes mudas, oídos eternamente sordos, apiñamiento de mediocres, ¡cómo pagan espléndidamente las cartas del amigo ignorado nuestra lucha incesante!

«Leo con viva satisfacción el hidalgo *A B C.*» Y había luego como una llamada. Y le hablamos al Sr. Luque de Tena. Y el Sr. Luque de Tena encontró muy oportuna esta excursión á Toledo. Y á ella vamos felices y esperanzosos, romeros de la Patria, cruzados humildes, mezquinos, de su causa inmortal.

Oro que se derrite en los ámbitos de la fuerte Castilla; praderas verdes, jubilosamente verdes; agros que ya no son yermos; estaciones que van despertando á la industria y á la estética—fábricas y acacias en flor—; el Tajo; y allá, la sensación gigantesca, la siempre nueva, suprema y augusta sensación de Toledo.

En la estación se nos acerca un capitán:

—¿El Sr. Antón del Olmet? Soy Ricardo Ma-

lagón, oficial de la Academia. El comandante Méndez Turner está en clase, y me ha rogado que venga para recibirle.

¡Hay una franqueza, una cordialidad tan grandes en la viril apostura del militar hispano!

Trepamos en un coche, contemplando la vega, el castillo de San Servando, el insigne Alcázar, la panda cinta del río allá entre olmos puntiagudos, el puente de Alcántara, hasta ese Zocodover que tiene siempre los brazos abiertos y que os aguarda siempre con una carcajada todo sol, entre sus viejos porches clásicos. Van y vienen extranjeros atónitos, madrileños en asueto, que hablan á gritos y gente bulliciosa y toledana. Se adivina lo heráldico, lo noblemente quintañón por doquier. El aliento de seis civilizaciones os deja conmovidos. ¡Oh soberana y vieja madre Toledo!

El repecho es deleite para nuestra premura. Una explanada que domina la ciudad y el inmenso valle. Allí, elegante, piedras castellanas de un buen gusto supremo, culmina el nido sacro de la Infantería española. Quien, al contemplarte, nido, enorme nido tutelar que amparas bajo tu antiguo dosel á estos hijitos amados y fuertes que hormiguean entre las grietas de tus puertas insignes, y que se llaman los infantes iberos; quien, al contemplarte, no advierta cómo se turba su ánimo en una sensación de grandeza

y en un ímpetu de viril esperanza, es que no tiene soplo de arte ni vaho de Patria en sus pobres entrañas frías, yertas, estériles...

El patio de la Academia es vasto y de una elegancia provecta y ciclópea. Carlos V ha dejado allí su esencia misma. Los claustros sobrecogen, resplandecientes, en una arquitectura divina. En el pedestal que sostiene la estatua del Emperador, hay una frase del gran Carlos: «Si en la pelea veis caer mi caballo y mi estandarte, levantad primero éste que á mí.» Los escolares de la guerra, contentos y reidores, con su libro de aula y de sabiduría, uniformados y conscientes bajo la discipiina ejemplar, dan la impresión más fuerte de juventud llamada al esfuerzo y á la grandeza que soñara el optimismo.

Allí, en aquel patio que tiene esbeltez de lanzas y riqueza de empuñaduras artísticas, hemos conocido al coronel Sr. Martínez Anido, joven, elegante, prestigioso; al teniente coronel D. Hilario González, alma del incipiente y glorioso Museo, donde mil trofeos de la victoria ó de la abnegación se guardan para recreo de los ojos y orgullo del espíritu; al comandante, á nuestro comandante Méndez Turner.

El Sr. Méndez Turner es la síntesis del soldado español. Alto, enjuto, cetrino, con una faz amiga del sol, faz que supo curtir el viento de Africa en batallas honrosas y que hoy ennegrece

la candente zarpa del sol toledano en jornadas ilustres de instrucción militar; inteligente, estudioso, decidor, esquivo al medro, celoso de la disciplina, entusiasta del firme deber; si hay una mujer bonita, meridional, requebrador, enamorado en Flandes y en Italia; si hay un caballero ante su prestancia, gentil y cortesano en Breda; si hay un enemigo, intrépido y tenaz, como siempre lo fueron estos soldados enjutos y sobrios, que tienen acero en los músculos, y en el corazón llamas.

Luego hemos ido á las clases.

La impresión es enorme. Te juramos, lector, que un cohibimiento, que una timidez invencibles se adueñaron de nosotros al penetrar en estos austeros recintos, donde se instruyen los caudillos de mañana.

Estamos en una cátedra militar. Titúlase la asignatura «Táctica de las tres armas». El profesor es comandante, y se llama Gámir de apellido. Jamás, jamás hemos contemplado nada tan interesante.

Cunde un íntimo silencio que interrumpe nuestra llegada. Cuando penetra con nosotros el traje de paisano, vulgar, cien uniformes corteses álzanse. Los alumnos, ya casi oficiales, del curso postrero, firmes, nos miran sin asombro, sin ironía, sin esa infantil expectación que todo infunde á las aulas civiles. El profesor, arrastrando su

sable, y mientras crujen sus espuelas, deja la mesa donde preside, se acerca hacia nosotros y nos ofrece su propia butaca de maestro. Ni un comentario, ni un cuchicheo, ni un soplo tenue que alborote vagamente la marcialidad grave de todo esto. Cuando nos sentamos, el Sr. Gámir se dirige hacia un alumno que explica su lección, y le dice:

—Continúe usted.

El alumno, un muchacho fornido, encarnado, que tiene una brillante mirada inteligente, se halla plantado ante su profesor. Está firme, como un recluta. Su cabeza en alto, sus ojos hacia el maestro, sus brazos caídos, pero dispuestos á erguirse, su pecho levantado y arrogante, como estaría ante las balas.

Y ahora, ¿queréis saber qué dice la noble lección del alumno?

Es algo supremo, de una grandeza compleja y heroica. Villamartín, aquel genio de la raza, aquella cumbre de la humana intelectualidad, que ha sido copiado por los más arrogantes Ejércitos del mundo, habla. Oid con unción, militares, civiles, lerdos, inteligentes, españoles.

—¿Es posible que la guerra no tenga otro fin que la muerte? Si fuese así, nada existiría tan abominable. Vase á la guerra para oponer un arma á las armas destructoras del adversario,

para no ser vencido en las eternas luchas de los hombres. La guerra es noble. La guerra es civilizadora y progresiva. Chocan y se mezclan los pueblos. El más civilizado desparrama sus libros entre el más inculto. Sucédense los cambios de ideas, y el comercio espiritual y material surge. La guerra es un estímulo de adelanto porque necesita de todos los humanos conocimientos. El militar quiere que su nación sea rica y próspera, que se faciliten las comunicaciones, que florezcan los campos, que las industrias nazcan, que las bellas artes se cultiven. El Ejército es vehículo de progreso y escudo que ampara de la vileza, de la cobardía, de la esclavitud...

¿Habéis oído algo tan alto, ni tan exquisito, ni tan sagaz, ni tan inteligente, ni tan exacto, ni tan noble?

Nosotros estábamos cautivos de aquella voz. El alumno repetía las frases de Villamartín; pero dominándolas, sintiéndolas. Una elocuencia innata iba subrayando el sentido. Cuando acabó su discurso el escolar, hubimos de preguntarle, admirados, al profesor:

—¿Cómo se llama este alumno?

—Don Rafael Martí. Es galonista, como usted ve.

—Y un modelo de hombres aplicados — añadimos.

Luego, cordialmente, y cediendo á un impulso

de sinceridad, estrechamos la mano de aquel estudiante.

—Enhorabuena...

Y nada respondió. Modesto, apenas tuvo una sonrisa de asombro. ¡Era su deber estudiar! ¡Su deber!

Oímos después al Sr. Ortiz de Zárate explicar las fases de un batallón en combate y hacer á D. Manuel Sarazá la descripción ante el mapa, de un desplegamiento. Estuvimos luego en la clase del capitán Lloret y asistimos á una explicación de cómo se fabrica pólvora, hecha por el alumno Martínez Zaldívar. Por fin estuvimos en el aula del Sr. Méndez Turner.

Nosotros le guardaremos á este valiente militar una gratitud jamás perdida. Así que nos hubo columbrado, y así que nos hubo dado asiento, dirigiéndose hacia sus discípulos hizo una presentación harto lisonjera:

—Este hombre—les dijo—viene á visitaros representando el periódico de nuestros amores, el honorable periódico *A B C*. Lo que aquí vea será entregado á la expectación pública. La cordialidad siempre viva entre el Ejército y el pueblo, tendrá una exaltación en la pluma de este hombre y en las páginas de tan caballeresco periódico.

La voz del Sr. Turner vacilaba en una emoción sentimental. Si nosotros hubiéramos tenido

que decir algo, no hubiera exhalado nuestra garganta más que un alarido.

«Arte militar» se titulan estos finos estudios que dirige D. José Méndez y que ahora explica el alumno Sr. López Cortijo.

—¿Qué idea se le debe inculcar al soldado en el instante de entregarle su fusil?—pregunta de improviso el maestro.

—Hay que decirle al soldado—afirma el escolar—que no se le ha entregado su fusil para matar, sino que la nación se lo ha ofrecido para que la defienda.

¿Habrá gaznápiro que niegue sutileza, una intelectual y fragante sutileza á la filosofía tan humana y tan noble de esta frase?

Y...: nosotros estaríamos horas y horas, días y dias escribiendo. Tenemos el espíritu impresionado para trazar un libro. Jamás hemos sentido tanta avidez por las cuartillas ni tanto encono contra la estrechura del papel impreso.

Habremos de contener, por tanto, el corazón y la pluma.

Hemos visto la Academia. Es amplia, clara, ordenada y limpia. Hay una sala de baños y duchas que os habla de higiene y de modernidad. Hay un gimnasio que dirige el entusiasmo mismo; es decir, el Sr. Gómez de Salazar, y en el que cien atléticos alumnos, con su tórax al aire, membrudos, jóvenes de una raza fuerte, han he-

cho admirables ejercicios de gimnasia sueca. Hay una sala de física, donde vimos los pobres huesos de la mano que traza esta crónica, huesos que no fueran sino mezquindad inmunda si no los moviera el ideal. Hay una sala de telegrafía y telefonía, donde os acechan todos los adelantos del orbe y en la que estos hombres todo bondad, sabios y prudentes, que se llaman el comandante Araujo, los Sres. Martínez Leal, García Selva, Cortes, Muñoz, Navas, han desenvuelto ante nuestros ojos asombrados la ciencia prodigiosa de un Ejército culto que rima con un culto siglo. Hay una biblioteca selecta y profusa que dirige D. Enrique Vinader, y en la que aprovechando las horas de albedrío, estudian estos muchachos ejemplares. Hemos visto los dormitorios, tan aseados; el comedor, tan risueño; el salón de estudio, en cuyas paredes se hallan grabados los nombres de aquellos infantes que perecieron en la campaña del Rif. En la pared un sucinto letrero, obra de Méndez Turner, dice: «Supimos morir en el Rif para que nuestra España pudiera entrar en Africa vencedora.» Y así, los mozos estudian cara á la muerte, frente al heroísmo, y así aprenden á despreciarla, á desearlo. Hemos visto la Academia entera, y en todas partes hemos observado la misma disciplina, el mismo espíritu inteligente, el mismo calor de sagrada incubadora.

—¿Quiere usted que vayamos á los ejercicios? —nos preguntan el teniente Sr. Arce y el capitán Sr. Español, amables y excelentes amigos nuestros.

—Encantados.

—Los hará la Academia ante el general Marina, y acaso le interesen á usted.

Y fuimos al polígono. Y allí hemos pasado nuestro segundo, tercero, cuarto, infinito gran momento.

El general está en su caballo. Todo inspira entusiasmo y acometividad. El sol inunda los campos magníficos. Tierras fecundas y rojas nos rodean. Hay humo de agro, de naturaleza en la costra jubilosamente retostada. No hablamos sino con seres plenos, joviales, á quienes brillan los ojos, que no tienen languidez de anemia intelectual, impotente y vano escepticismo de pobres degenerados, que son todo corazón y cerebro. Cae la tremenda lluvia solar, y estamos contentos y nos retoza el júbilo. Los alumnos dejan sus bicicletas, escalan un altozano, disparan sus tercerolas, se despliegan en guerrillas con una precisión y una energía que nos deja cautivados, preparan sus ametralladoras, y hacen un fuego repetido y formidable. Con señales de pito ó de sables, hacen evoluciones de una precisión colosal. Es lo ideal, lo perfecto, lo sin mancilla. El general está grave, severo, en su caballo.

¿Os habéis fijado alguna vez en la cara del general Marina?

Es juez y es padre. Mira con arrogancia y con amor. Se hace querer y respetar. Da la impresión de poderse acercar uno á su presencia seguro de hallar una fibra honda, suprema, de sentimiento. Dan la impresión de lo inviolable sus barbas de nieve, sus ojos que nunca reflejaron la falsía, su ademán hecho al honor y hecho al mando. Es un abuelo que os juzgara. Bajo su autoridad no se concibe más que ser grande, que ser fuerte, que vencer, que vencer.

Ahora, mientras que el general está en su caballo, desfila ya la preclara y noble Academia. Son filas grises de muchachos inteligentes y aptos, que van en arrolladora masa, libres dentro de lo disciplinado, verdadera, humana, cerebralmente libres. Cadetes que, apenas rizan bozo, guían las secciones con diligencia y autoridad marciales. Ríe la charanga. Es algo deslumbrador lo que sucede. Aquellos mozos á quienes vimos preparándose, tan hondos, tan exquisitos, en las aulas, desfilan ahora con la rudeza briosa del soldado, con ese ímpetu salvaje y dominador que tienen los grandes Ejércitos. Estos muchachos, que saben historia, filosofía, humanidades, ciencias, idiomas, pisan como atlantes, pisan como invasores, pisan con firmeza, y al mirar al general Marina parece

como si un espejo reflejara su marcial continente.

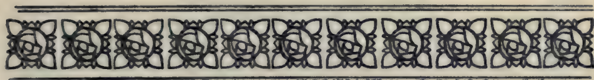
¿Quién eres? ¿Dónde estás?, le decimos al futuro caudillo. Entre vosotros está el que han elegido los dioses para la victoria, el que ha de continuar la historia nacional, el que ha de reverdecer nuestros laureles, aquel que hará relinchar á los potros de guerra, y á cuyo paso irá la nación creciendo, agigantándose, tornada de nuevo á sí misma, recobrada, rediviva y triunfal.

¿Quién eres? ¿Dónde te hallas?, le decimos al caudillo futuro. ¿Es aquel mozancón, de ojos centellantes, que mueve sus brazos con garbo y gentileza? ¿Es aquel muchachito pálido? ¿Es aquel otro formidable y atlético? La masa gris continuaba marchando. Y el general, sobre la cabalgadura, austero y venerable, la miraba con sus nobles ojos, esos ojos ya viejos que sólo miran hacia el honor y hacia la victoria.

Cuando hubo desaparecido la Academia, subimos los ojos para contemplar el Alcázar. Está sobre los montes, como un nido. Tiende hacia el aire sus torrecillas gráciles de un tipo cenceño y español. Toledo se agazapa, abrupto, á sus pies. Luego, dilatada, la Península sacra de nuestros vivos amores, de nuestros ideales supremos, corre seca, enjuta, hidalga primero, fragante y ubérrima después, hacia el mar. Y nosotros la vemos con el pensamiento exaltado... ¡Pobre!

Dió cerebros y brazos al mundo, regaló su idioma a un continente, derrochó su ciencia, su arte, su denuedo, su facundia, esta facundia en la que sólo Grecia y Roma pudieran ufanarse por hacerle compañía entre los grandes pueblos del mundo. Ha sido elegida para la abnegación, para la maternidad, para el sufrimiento. Los dolores mas hondos surcaron de arrugas su faz. Hay una página de melancolía en su cansada frente. Vieja hembra preclara, reposa en el amor de sus cachorros. En medio de sus entrañas, palpitante como un corazón, está el Alcázar toledano, este Alcázar que sube hasta el cielo, alto y estridente como un alarido.

—Sí, madre, sí—parecen decirle sus hijos, estos hijos que viven en el nido sacro, sobre un picacho abrupto.—Sí, sí, madre, reposa, descansa. ¿Cómo no has de ser grande, fuerte otra vez? ¿Por qué no, viejecita sagrada, madre que tantos dolores padeciste, ojos que diste luz á tantos ojos, manecitas blancas que acariciaste á tantos hijos, alma, vida, gloria...?



LOS ARTILLEROS DE MAÑANA

(EN SEGOVIA)

Impresión.

Reanudo ahora mis visitas al aula nacional, y juro á Dios que tales aventuras no me han podido brindar emociones más gratas. Los artilleros de Segovia, cuya Real Academia he visto, refuerzan esta impresión de seriedad y de trabajo que se acusa, vigorosa, en España, desde los arrapiezos que aprenden palotes y catecismo, hasta los adolescentes viriles, cultos, infatigables, que aprenden á mover sus baterías.

Estoy en Segovia.

Así como Toledo parece una ciudad creada para la Infantería, Segovia parece constituída para los artilleros. Toledo es luminosa, diáfana, riente. El uniforme de los infantes con su colorado pantalón y el brillo de los machetes y el tremolar de la bandera española, tienen sol toledano. Segovia es gótica, opaca, íntima. El uni-

forme de los artilleros, con su azul monótono, la sonoridad aplastante de sus cañones, el estandarte glorioso, pero algo esfumado, tienen el empaque serio, grave y transcendental de la luz segoviana. El puente de Alcántara, lleno de sol, con su piedra roja, sus trajinantes vocingleros, y el Tajo, risueño, que pasa dando gritos, es un gallardo cabo de gastadores, marcial, simpático, y altanero, que parece avanzar hacia tierras de júbilo y de inspiración. El acueducto de Segovia, largo, gris, inmóvil, parece el esqueleto de la ciencia que señalase el camino de la bruma, de lo misterioso.

Ambas ciudades, Toledo y Segovia, como ambas armas, la Infantería y la Artillería, son fuertes, llenas de carácter y de grandeza enorme. Pero Toledo es un ataque á la bayoneta, y Segovia un reposado y matemático disparar, sin arengas, pero devastador y solemne. ¡Benditas estas nobles ciudades castellanas, tan originales y tan características, que van formando para la guerra, y en un concepto austero, hidalgo y español, á nuestras juventudes combativas!

BOMBAS Y CAÑONES

Yo estuve creyendo durante algunos años que la Academia de Artillería tenía su nido en el Alcázar. ¿Verdad que allí debiera aposentarse? No

conozco en España nada tan feudal, tan militar, tan altivo como el Alcázar segoviano. Su arquitectura, puntiaguda y esbelta, parece de lejos un tercio de lanceros clásicos. Domina el Eresma sobre un picacho épico. Tiene aún su puente levadizo, y se ve á los altos y graves bombarderos, cabe el dintel, haciendo su guardia. ¿No podría trasladarse el archivo militar á cualquier otro lado, y no podrían abrirse las puertas del Alcázar á los artilleros jóvenes? Tendrían un marco gigantesco, más adecuado á su carrera altisonante, infanzona, llena de aristocracia y de altivez, que ese pequeño edificio, tan poco militar por fuera, que ha sido convento, y en que hoy florecen los cañones y las bombas sin raíces en el muro.

Ya dentro—claro está—la decoración se hace militarísima, y nos sentimos en plenas aulas del Ejército. Un patio clásico, callado, reposado, cuyas columnas están firmes y como en centinelas. Silencio en los claustros, y al lejos, un son de corneta que vibra súbito y enardecedor. Se oye el ras ras de muchos pies que marchan acompasadamente. Cruza un oficial con el capote sobre los hombros, el cuello alzado, el sable que choca sobre sus espuelas. La sensación de lo militar, esta sensación que tanto nos agrada á los españoles, porque todos somos algo soldados, se nos impone vigorosa y gallarda en la Real Academia.

Cruzamos el patio, subimos una amplia escalera, recorremos un pasillo anchuroso, en cuyas paredes hay escritos carteles y letreros ejemplares, que recuerdan hechos gloriosos de la española Artillería, y que graban aquellas nobles sentencias militares contenidas en las maravillosas ordenanzas de Carlos III. «El oficial que tuviera orden absoluta de conservar su puesto á toda costa, lo hará.» «El oficial cuyo propio honor y espíritu no le estimulen á obrar siempre bien, vale muy poco para mi servicio.»

Después nos hallamos ante el coronel Ortega, director de las aulas ilustres.

Cortés, afectuoso, buen artillero, el coronel facilita nuestra labor.

—No le aguardaba tan pronto. En fin, tendré mucho gusto en que vea cuanto juzgue necesario. Yo no le puedo acompañar, pero le guiará un comandante.

A poco llega el Sr. Torrado, hermano de un capitán amigo nuestro, efusivo y guapetón artillero, que se honra en La Coruña siendo ayudante del gallardo Ampudia.

—Torrado, ¿quiere usted acompañar á este señor? Desea visitar la Academia para hacer un artículo.

El comandante acata la orden de su coronel. Y en su grata compañía, y bajo su inteligente dirección, recorremos este modelo de aulas mi-

litares, gloria del Ejército y del Pueblo españoles, donde los artilleros aprenden á defender la nación con el sereno ímpetu de sus baterías.

LA ACADEMIA

La carrera de artillero es ardua, compleja. Cinco años de múltiples y profundos estudios les dan á estos muchachos un aire que, siendo militar, es también científico, grave. Alternan la gimnasia, la equitación y la esgrima con el dibujo industrial, el tecnicismo artillero, la química. Son jinetes é inventores. Se baten á espada, y saben construir una caldera.

—¿Cuántos alumnos hay en la actualidad?—le preguntamos al comandante.

—Unos quinientos.

—¿Aplicados, estudiosos?

—Mucho. Acuden á la carrera llenos de vocación y el reglamento y la costumbre, severo y ejemplar, los anima. Por lo demás, esta Academia, como todas las militares, selecciona mucho. Ahora, por fortuna, parece que las generaciones vienen cada vez más buenas, más aptas, más idóneas... Pero han sido muchos los que tuvieron que renunciar á llamarse artilleros por carecer de inclinación ó por incurrir en graves faltas.

—¿Hay algunos internos en Segovia?

—No. Todos son externos; pero en realidad,

es cual si estuvieran en internado. Se les vigila mucho y como Segovia es chiquita, conocemos sus pasos hasta el más íntimo. De todas maneras, gente joven, pero gente caballerosa y aplicada, pueden vivir con cierta holgura. Pasan aquí la mañana entera, desde muy temprano. Por la tarde, ó tienen ejercicios ó estudian. Los domingos forman, y frecuentemente, como soldados, distribuídos en sus baterías de montaña, de plaza y de sitio, salen al campo y aprenden á batirse.

Seguimos recorriendo la Academia. Al penetrar en un aula, el profesor y sus alumnos se alzan con una corrección exquisita y nos saludan militarmente. Y este silencio, y esta disciplina, y esta constante atención al estudio, y el ambiente de recogimiento y de ciencia que por todas partes cunde, llevan nuestra memoria hacia esa garrulería de las Universidades civiles, hacia ese alborotar incesante, hacia ese declararse en huelga, ¡en huelga del trabajo!, y acaso, á pesar de nuestro ciudadanismo romántico, y de nuestro paisanismo intelectual, pensamos que tal vez la adolescencia, para merecer el nombre de estudiosa, necesite en colectividad uniforme y reglas que tanto estimulen al pundonor como se hagan temer por el castigo. ¡Exploradores españoles, cuando seáis mayores y concurráis á las aulas universitarias no viváis para la incongruencia y

para el desatino! Pensad que toda nación merecedora de serlo necesita la disciplina como el primero de sus alimentos morales, y que su severidad, lejos de ofender al educando, antes le ennoblece que le ultraja.

La impresión no puede ser más optimista. Recorremos las clases, con sus laboratorios, tan á la moderna, vemos una sección que dibuja con atención infinita, sección compuesta por muchachos que llevan ya una estrella sobre su bocamanga y que tienen á orgullo continuar siendo escolares; recorremos el salón de esgrima; las cuadras donde rebrincan, nerviosos, esos mulos que semejan cebras y que portan sobre robustos lomos el cañón formidable; la batería de ensayo, en cuyo manejo se adiestran los alumnos; todo este conjunto de ciencia y de ejercicio, que sabe lanzar á los regimientos unas generaciones bien templadas para combatir, doctas y fuertes, llenas de savia patriótica, de cultura militar y de salud juvenil.

LA SOBERANÍA DEL CAÑÓN

Nos venía cosquilleando en el espíritu una pregunta.

—¿Somos feudatarios del extranjero en cuestiones artilleras? Es decir, ¿se fabrican todos sus pertrechos en España?

La respuesta fué sencilla y elocuente:

—Sí.

Aun inquirimos:

—Sí—volvió á respondernos el comandante. —En Trubia se fabrican ya incluso los Schenneider. Estas piezas que ha contemplado usted, están hechas en Trubia. En Sevilla también se construye mucho. Las pólvoras de Granada son inmejorables.

—Luego, entonces, suponiéndonos envueltos en una guerra internacional, nadie podría dejarnos indefensos...

—Nadie. Somos potencia creadora y productora.

Lo había dicho el Sr. Torrado sencillamente, con ese aplomo natural, sin fanfarria, que da la evidencia de uno mismo. Nosotros sentimos que una gran alegría, reventándonos en el corazón, subía hasta los ojos. Luego, el comandante, aun tuvo unas manifestaciones más gratas, más íntimas.

—¿Ha visto usted las obras que se hacen en el patio?

—Sí.

—Pues son las de un taller para construir cañones, modelos de cañones en miniatura, pero íntegros. En breve se podrá realizar por los alumnos, aquí mismo, sin salir de Segovia, ni de la Academia, algo sumamente interesante.

—¿Qué?— interrogamos con interés creciente.

—Podrán idear los alumnos un cañón, hacer sus planos, bajar, vestidos de obreros, al taller para construirlo, salir al monte y dispararlo en pruebas definitivas. Dígame usted, ¿hay algo más completo? ¿Cabe adelanto mayor?

Cuando salimos de la Real Academia llevábamos gozo en el corazón y en los ojos entusiasmo vívido.

EL ESPÍRITU MILITAR

Por la tarde, el teniente Francés, antiguo y bondadoso amigo nuestro, á quien, como al oficial-alumno Sr. Argudín, habíamos tenido el gusto de saludar, nos invitó á presenciar los ejercicios de equitación.

Por no hacer interminable esta crónica, prescindimos de loar como es merecido el ímpetu, la seguridad y el empaque de estos jinetes, y nos limitaremos á consignar un hecho que sintetiza el espíritu militar de la gente joven.

Habían llegado los alumnos hasta la plaza de toros, esa placita goyesca de Segovia, que parece de un tapiz ó de un lienzo emborronado por el sordo genial. Los ejercicios fueron inauditos. Bajar una rampa de cuarenta y cinco grados, galopar sobre cerros y valles, hacer diabluras.

No podíamos reprimir nuestro entusiasmo. El comandante, á pie y cerca de nosotros, para sernos deferente, dirigía el ensayo.

Súbitamente, y al realizar un salto, cierto alumno cayó al suelo. Fué aparatosa la caída. Los caballos zagueros, imposibles de contener, pasaron sobre el alumno. Y, sin embargo, nadie se alborotó.

—¿Qué ocurre?—gritó el comandante.

—Nada—le respondieron.

Y el alumno, roto el uniforme, cubierta de polvo su faz, tornó á montar su corcel y tornó á picar espuelas.

—No conviene — dijo el comandante — darle importancia á las caídas. Hay que endurecerlos.

Era la frase de un centauro dicha sobre la hidalga tierra castellana.

Minutos más tarde, y al descender un cerro eminentísimo al galope, vimos desmontarse otra figura. La caída fué aun más terrible. Pasó toda una tromba de jinetes. Cuando recogieron al al alumno y lo llevaron en volandas hasta un coche y lo condujeron hacia la Academia, el teniente Francés se acercó al comandante:

—Ha sido, mi comandante, el mismo alumno. Estaba un poco mareado, y se empeñó en montar. Cuando llegamos á la cumbre del cerro le aconsejé que no avanzara. Pero sintió celos de

su colega, y se arrojó. Ha caído y se ha hecho daño en un brazo y en la cabeza.

—¿Grave?

—No.

—Bien; que sigan los demás.

Y continuaron en plena Castilla, duros, viriles, aquellos futuros héroes de la raza. La Mujer Muerta, nevada y misteriosa, dormía sobre la sierra imponente. Ancheaban los horizontes amplios, verdeaban las praderas de trigo. Una locomotora silbó, y puso una tenue nubecita de humo, romántica, nítida, sobre el cielo segoviano.

—¿Quién es el alumno maltratado?—le preguntamos al comandante.

Y mientras golpeaba con su fusta la bota de montar exclamó:

—Es uno de tantos. Todos son así. ¿Su nombre? Goicoechea.



EL CEREBRO DE LA VICTORIA

(EL POLÍGONO)

Es necesario ir á estos lugares apartados, en los que se hace patria, y es necesario desentrañar allí la palpitación vigorosa de nuestra España luchadora y fuerte.

Ha sido misión de periodistas demodados ya, hacer la eterna diatriba de lo nuestro. Fué quintaesencia del buen gusto y supremo rasgo de gentileza y elegancia afear á la nación, lanzando sobre su faz los epítetos menos gratos. Decir que nuestra España es un aduar, que vivimos en un país nauseabundo, que no tenemos vergüenza, fué achaque genial, exquisito, de muchos pobres hombres, autodicientes refinados. Sea condición nuestra la de ensalzar cuanto de bueno hallemos en la vida española, y que ya por fortuna, exceptuando á la política, es mucho y es óptimo.

En nuestra anterior ida á Toledo fué acordada esta visita.

—No tendrán ustedes una completa sensación de la enseñanza militar sin conocer la Escuela de Tiro...

—Sí, con mucho gusto...

Y ayer, á las nueve de la mañana, en la Cuesta de la Vega teníamos enjaezada una cabalgadura que nos había de transportar, acompañando al capitán Medialdea, hasta Carabanchel.

Fuimos, jinetes con toda nuestra posible sedentaria gallardía, y más al paso que al trote, y hasta con alguna pinturera galopada, en que nos arriesgamos por no dejar en feo entredicho á los hombres que gastan pluma y no suelen montar sino á *Pegaso*, cuando no á *Clavileño*, recorriendo la empolvada carretera, que si bien es coqueta por este afeite del polvo, no lo es por su tersura ni por su fragancia.

Conversadores de afición y jinetes de aventura, preferimos el palique al galope. Y así, nuestras preguntas eran continuas, no sólo por amor de curiosear, sino también para que la dulzura del paso guardase á nuestra figura debido aliño en el arzón.

—¿Qué significa la Escuela de Tiro? — interrogamos pensando en los ingenuos lectores que tienen pocas noticias de todo esto.

—La Escuela de Tiro es el complemento de

la instrucción militar. Lo técnico, lo elevado, aquello que no se puede aprender en las Academias ni en los Cuerpos mismos, apréndese aquí. Sábese por qué dispara un fusil; qué menudos insignificantes obstáculos pueden llegar á entorpecerlo; cómo se debe tirar contra el adversario; cuándo, á qué distancia, con qué avidez, con qué lento diapasón; si deben hacerse descargas cerradas, si deben ser individuales; todo cuanto, en suma, refiérese á la alta, á la concienzuda y refexiva práctica al tiro.

La carretera blanca, es nítida, refulgente bajo el sol ya canicular. A veces, un árbol anémico dános tenue sombra. Pasa un regimiento que viene de hacer ejercicios. Se oyen las cigarras, ébrias de luz y de calor, enloquecidas en su canto estulto.

—¿Quiénes se instruyen en la Escuela de Tiro?—volvemos á interrogar, arredrados tal vez ante una cuesta en descenso, por la que nos alarmara el galope.

—Hay varios cursos para tenientes, para capitanes, para jefes. También acuden secciones de Cuerpos distintos, completando así la instrucción.

D. Federico Medialdea charla con profundo entusiasmo y con ese convencimiento formidable que tienen los hombres de voluntad.

Medialdea es el soldado intelectual. Vive para

sus ametralladoras, para sus fusiles, leyendo, practicando, inventando. Medialdea, que tiene un hogar feliz, cuando en 1909 llegó la hora de salir á guerrear, lo dejó todo y se fué con sus ametralladoras á Melilla. Su puesto estaba en las avanzadas siempre. Allí, sin un gesto, sin un grito, substraído al clamor, disparaba, corregía, hacía ensayos y tomaba notas. La muerte era un guarismo de su cálculo. No pidió nada, no deseó nada. Cuando acabó la guerra volvió á su hogar feliz, á su Escuela de Tiro, á sus ametralladoras. Hoy vive con una obsesión.

—España es casi autónoma en cuanto á las armas de guerra. Lo produce todo, no reconoce vasallaje. Muy en breve, esas piececitas minúsculas del cañón, de la bomba manuable, en las que se refugia el privilegio extranjero, serán de nuestro dominio.

Lector, ¿no te sugiere un aplauso D. Federico Medialdea?

Ha dado nuestro *Babieca* un tropezón, y miramos el suelo como si fuese regazo. ¡Nada! Cien trancos más, y en la Escuela de Tiro.

Allí hemos saludado al ilustre coronel don Luis Riera; al docto, al infatigable teniente coronel D. Federico Gómez de Salazar; al capitán que dirige en estos instantes el certero fuego de su compañía; á nuestro entrañable amigo el teniente Guillermo García Ruiz, que derramó san-

gre juvenil en el barranco del Lobo. Después, tenemos el honor de saludar al comandante Ruiz Fornells.

Ruiz Fornells ha hecho, desde su puesto, mucho por España. Hasta Ruiz Fornells estaba la técnica del tiro bastante abandonada en nuestra nación. El viejo militar revolucionario y pronuncionista, extinto ya para ventura de la Patria y orgullo del Ejército, no pensaba mucho en la filosofía del disparo. Ruiz Fornells estudió ímprobo, con una tenacidad épica. Cuando ya creó y enseñó, estuvo en Suiza, en Chalons, en Parma. Al retornar, y en pocos meses, era la Escuela de Tiro española una escuela tan apta y tan útil y tan progresiva como cualquiera del mundo. Ruiz Fornells habla poco, no es demasiado efusivo, está imbuído en su ciencia, es un prestigio serio y grave, que torcerá el gesto cuando lea estos elogios.

Y luego hemos presenciado los ejercicios. La tropa, echada en tierra, dispara contra unas siluetas en guerrilla. Lo que se trata de probar es interesante. El oficial no debe permanecer en pie mientras los soldados se baten. Ofrece blanco excesivo. Su muerte priva del mando á los hombres que luchan y que necesitan enseñanza, ejemplo. Además, actuando de silueta, no sólo atrae las balas hacia sí: las atrae hacia su redor, hacia la guerrilla.

—Y, sin embargo—decimos nosotros—, rara vez se han echado en tierra nuestros oficiales.

—¡Nunca! ¡Jamás!—nos responde alguien.

—Pero está mal hecho.

—Muy mal—nos replican.

Y hay un encogimiento de hombros en nuestro interlocutor que tiene brío de arenga, gesto de raza, ímpetu de corazón y de hidalguía.

Hemos visto las ametralladoras, los fusiles. Nosotros mismos hemos disparado, y tienen una eficacia tan segura, que nuestras manos de inexpertos han barrido los blancos. Después, el capitán Medialdea nos llevó á su laboratorio. La impresión ha sido cautivadora.

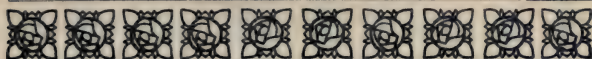
Todos los fusiles del mundo, toda la cartuchería del mundo, tienen allí un ejemplo. ¡Cómo hablan estos fusiles mudos que se adosan á la pared y que están rígidos y solemnes, cual embajadores de la fuerza! El fusil japonés habla de tenacidad; el ruso habla de rudeza, el alemán, de férrea disciplina; el inglés, de lujo; el suizo, de arduas experiencias, de aficiones colectivas, de grandes entusiasmos.

—¿Dónde esta el español?— interrogamos con avara impaciencia.

Y se nos tiende uno. Hemos disparado con él muchas veces, pero se nos antoja nuevo entre sus rivales, nuevo, más bonito, sí, sí, más bonito.

Tal vez sea el más feo. El más imperfecto, no, Ninguno le aventaja, y á muchos supera. Mas, en punto á bonito, acaso lo sea más el italiano. quizá el austriaco, el sueco. Sí, sí, es posible. Pero... ¡si viérais qué bonito aparece cuando lo tienen manos de español! ¡Si viérais qué voz tan deliciosa la voz de su áspero cerrojo! ¡Si viérais cómo acaricia el rebote de su culata! Sí, fusil nacional, arma querida y sagrada, que adora el soldado y al que debemos todos amor; arma de prestigio, de fortaleza y eficacia; razón, eterna razón ante las rapacidades humanas; argumento supremo ante las contiendas internacionales; hermano del arado y del yunque, hijos del mismo hierro español; hermano fuerte que defiendes el campo y el taller, hermano que guardas el honor y la muerte bajo el secreto de tus aceradas articulaciones, seas bendito, búsquente las manos del mozo, sutilícite la pericia del técnico, calla si no es preciso guerrear, cruza las tierras altivo y formidable si te impulsan odios sacros ó venganzas nobles...

En coche, ¡bah!, para no hacer tanto el jarifo, y no darnos una talegada que impida escribir esta crónica, tornamos á Madrid.



LOS PÁJAROS DE LA NACIÓN

(CUATRO VIENTOS)

Vibra el teléfono, y acudimos ávidos:

—Hay vuelos en Cuatro Vientos. Pueden ustedes venir cuando gusten.

Y nos volvemos hacia la redacción, y con aire un tanto presumido, exclamamos:

—Vedrines, á tus órdenes.

—A las tuyas, Garros—responde nuestro colega.

Testamos, y en el automóvil de *Blanco y Negro*, Corrochano, Goñi, Campo Moreno y el cronista, emprenden la marcha hacia Cuatro Vientos para descubrir este aspecto de la enseñanza española, y para volar, si nos dejan las ordenanzas militares y S. M. Eolo.

Llevamos alguna emoción. La emoción de lo inusitado y la emoción de un peligro, aunque vago, posible. Nosotros, modestísimas criaturas

sujetas á las flaquezas humanas, no tenemos el menor estoicismo literario. Nos parecería bastante molesto, y más en una tarde primaveral tan hermosa como ésta, caer de los aires como gorriones heridos. Una majita goyesca, vista en Rosales, aunque maldito el caso que nos ha hecho, cáusanos maravilla y nos aferra más al dulzor de conservar la existencia. Y eso que ni nos ha sonreído, ni nos ha mirado, ni sabe que andamos por el mundo, ni sospecha que vamos a volar.

Cuesta de San Vicente, el Viaducto, contemplado á distancia; un alegre trozo, muy pintoresco, de Madrid, la carretera de Extremadura, y, al fin, Cuatro Vientos.

—Ahí está la corrida—exclama un colega.

Miramos. Y, en efecto, seis aeroplanos, seis justos, abiertas sus alas hacia la clásica llanura manchega, están posados como enormes pájaros que se nos antojan toros, dada la fantasía y descontado el miedo.

—Y que tienen un tanto que matar...

Pero ya hemos descendido, y ya estamos en el taller, esperando al coronel Vives, jefe de la náutica militar española, y maestro al que pensamos encomendarnos para instruir y documentar esta crónica.

Mientras llega el coronel, pues la impaciencia nos hizo madrugar en demasía, contemplamos

el taller y el aeródromo. El aeródromo es amplio y terso. Crecen apenas unas matitas resecas en este suelo castellano, tan rudo, tan estéril. Infinita, se adivina la Mancha, la iniciación de la Mancha. ¿Qué pensara Don Quijote si viera estos gigantes alados, y si después los viera subir hasta la nubes? Clavileños sin burlas de lacayos y azafatas, habían de sorprender al caballero, y habían de conducirle tal vez á una de sus hazañas más estrepitosas.

Más hétenos aquí al coronel Vives. Es fuerte, membrudo, y se nos aparece con ese aire de serenidad y de seguridad que tienen los hombres avezados al peligro. Nuestras vacilaciones de aeronautas se apaciguan al verle. Lo saludamos. Después, una frase aterradora:

—Es imposible que vuelen ustedes. Sólo pueden volar los militares, y para eso, de uniforme.

—Y ¿no hay una posibilidad, una manera, un pretexto...?

El coronel se nos queda mirando con ese aspecto rotundo que tienen los soldados viejos, y responde:

—No.

Luego, dulcificando un poco su acento cortés, bríndase á darnos cuantos detalles juzguemos oportunos.

Y así, nosotros nos vamos enterando de todo esto y poniendo nuestras ideas en orden.

sujetas á las flaquezas humanas, no tenemos el menor estoicismo literario. Nos parecería bastante molesto, y más en una tarde primaveral tan hermosa como ésta, caer de los aires como gorriones heridos. Una majita goyesca, vista en Rosales, aunque maldito el caso que nos ha hecho, cáusanos maravilla y nos aferra más al dulzor de conservar la existencia. Y eso que ni nos ha sonreído, ni nos ha mirado, ni sabe que andamos por el mundo, ni sospecha que vamos a volar.

Cuesta de San Vicente, el Viaducto, contemplado á distancia; un alegre trozo, muy pintoresco, de Madrid, la carretera de Extremadura, y, al fin, Cuatro Vientos.

—Ahí está la corrida—exclama un colega.

Miramos. Y, en efecto, seis aeroplanos, seis justos, abiertas sus alas hacia la clásica llanura manchega, están posados como enormes pájaros que se nos antojan toros, dada la fantasía y descontado el miedo.

—Y que tienen un tanto que matar...

Pero ya hemos descendido, y ya estamos en el taller, esperando al coronel Vives, jefe de la náutica militar española, y maestro al que pensamos encomendarnos para instruir y documentar esta crónica.

Mientras llega el coronel, pues la impaciencia nos hizo madrugar en demasía, contemplamos

el taller y el aeródromo. El aeródromo es amplio y terso. Crecen apenas unas matitas resecas en este suelo castellano, tan rudo, tan estéril. Infinita, se adivina la Mancha, la iniciación de la Mancha. ¿Qué pensara Don Quijote si viera estos gigantes alados, y si después los viera subir hasta la nubes? Clavileños sin burlas de lacayos y azafatas, habían de sorprender al caballero, y habían de conducirle tal vez á una de sus hazañas más estrepitosas.

Más hétenos aquí al coronel Vives. Es fuerte, membrudo, y se nos aparece con ese aire de serenidad y de seguridad que tienen los hombres avezados al peligro. Nuestras vacilaciones de aeronautas se apaciguan al verle. Lo saludamos. Después, una frase aterradora:

—Es imposible que vuelen ustedes. Sólo pueden volar los militares, y para eso, de uniforme.

—Y ¿no hay una posibilidad, una manera, un pretexto...?

El coronel se nos queda mirando con ese aspecto rotundo que tienen los soldados viejos, y responde:

—No.

Luego, dulcificando un poco su acento cortés, bríndase á darnos cuantos detalles juzguemos oportunos.

Y así, nosotros nos vamos enterando de todo esto y poniendo nuestras ideas en orden.

A nosotros este recuerdo nos llena de vivo entusiasmo. Es como una oleada patriótica, como una ráfaga de sacrificio que sacude nuestras fibras nerviosas en una exaltación vívida. Luego, con la voz un tanto velada, seguimos, seguimos...

—Decíamos, mi coronel... ¿La tercera generación de pilotos?

—Sí—continúa el viejo y fuerte militar con la voz también un poco velada—, Olivié, Sousa, Viniegra, Espin... Y para tomar el certificado Monasterio, Moreno, ayudande del infante don Alfonso; Chereguini...

—El infante, ¿es un gran aviador?

—Excelente. Y muy entusiasta.

—¿Vendrá hoy?

—No. Instruye quintos.

Mientras hablamos, monoplanos y biplanos suben y bajan, evolucionan, y todo con una destreza, con una seguridad que causan envidia. El espectáculo tiene una grandeza enorme. Nosotros vemos en estos pájaros de la nación, gerifaltes de hogaño, un destello de nuestro poderoso resurgir. ¡Si vierais el entusiasmo, la abnegación de estos maestros y de estos aprendices que trabajan casi desde el amanecer, que realizan una labor tan eficaz y tan intensa, expuestos á la muerte, con un silencio, con una austeridad tan militares! ¡Si vierais qué mesura,

qué discreción, qué denuedo tan íntimo y tan sin garrulería ponen estos hombres en su empresa! ¡Si vierais qué impresión tan bonita causan estos pajarracos, guardianes en el viento del honor patrio, cerniéndose en la tarde serena sobre Madrid, alzándose para mirar los confines, como si venteasen...!

Nuestra emoción es mayor y más optimista cada vez.

—Y diga usted—le preguntamos al señor Vives—, ¿se hacen aeroplanos en España?

Nosotros esperamos la respuesta con inmensa emoción. Va la autonomía científica y militar, algo de esta autonomía, en la respuesta.

—Sí—nos contesta el coronel.

Y respiramos con unción, con enorme alegría.

—¿Ve usted ese aeroplano; tipo Farman? Está hecho por nosotros. Y hay otro más. Y ahí, en el taller, hay un biplano construído por los señores Barcala, Cierva y Díaz, y en el que ha subido Mauvais.

Se hace de noche. Aún siguen los biplanos, los aeroplanos, hendiendo el aire, dominando á Madrid, oteando los horizontes, realizando esta obra de valor, de sacrificio y de patria.

Salimos. En un ventorro del camino, juveniles y fuertes reclutas, alegre mocedad, urden intensa y jovial zarabanda. Cuando llegamos al pe-

riódico y alguien nos pregunta si hemos volado, respondemos llenos de júbilo:

—No pudimos volar. Nuestro sitio, en la armonía de la nación, es otro, modesto y humilde. Escribir... Pero hemos visto volar á esas valientes aves de la patria, águilas de abolengo español que tienen hoy sus plumas de lona y sus corazones de hierro. Dejadlas, dejadlas volar. Llevan acaso en sus alas tendidas, el reflejo de un sol antiguo...



EL AVE CIUDADANA

(JULIO ADARO)

En Getafe.

—¿Quiere usted venir á la Escuela de aviación?—nos dijo D. Camillo Cayatte, nuestro colega.

—¿Ocurre algo?

—Podemos ver á D. Julio Adaro, primer aviador español que toma parte en un concurso internacional.

—La empresa es simpática. ¡Vamos!

Y sentimos al automóvil del Sr. Cayatte, y á los quince minutos nos deteníamos en Getafe.

Saltamos del coche y entramos en la Escuela civil de aviación española. ¡Ya era hora, señores, de que tuviésemos un colegio de pájaros, de ilustres pájaros nacionales! Constituímos una excepción entre los grandes países adelantados. Pueblo culto, nos era preciso este Instituto civil, que Escuela militar ya la teníamos, y muy buena,

y de historia meritísima. Por eso, al penetrar en el aeródromo, lo saludamos con alegría y con respeto.

JULIO ADARO

—El Sr. Adaro—nos dijo alguien.

Y estrechamos la manaza sucia por grasas y betunes del aviador ibero.

Es un hombre alto y fornido que acusa resolución en su continente y que ha nacido para las grandes cosas, para los vuelos altos, para jugarse la vida heroicamente, donde sea, peleando como un león contra la vida.

—¿Dónde se hizo usted aviador, Adaro?

—En Estampes.

—¿Cuándo?

—En Octubre de 1911.

—¿Ha volado usted mucho?

—Infinitas veces. Quinientos vuelos habré realizado ya.

—¿Sin percances?

—Muy pocos.

—¿Tiene usted seguridad en la aviación?

—Mucha. Es un problema de motor. Pero ya está casi dominado. Yo voy en un aeroplano con seguridad absoluta.

Su voz es firme y su gesto hombruno.

—¿Es usted vasco?—le decimos.

—No, soy madrileño.

Y al contestar puso un noble orgullo en la respuesta.

—Bien, ¿y estamos dispuestos—le decimos— á contender en el aire con los grandes aviadores, poniendo en buen lugar el nombre de España?

—Sí. Tal es mi propósito.

—Diga usted, ¿en qué consiste el concurso?

Y el Sr. Adaro nos explicó la proeza.

Salir de Madrid para Vitoria. Luego hasta Marsella, donde aguarda un hidroplano. Después á Tolón, y, por fin, á Mónaco.

—¿Hay únicamente este recorrido?

—No. Se puede salir también de París, de Bruselas, de Viena, de Londres, de Milán, de Gotha. Pero todos, con más ó menos ciszaes, tienen que llegar á Mónaco.

—¿Y el premio?

—Al que menos tarde.

—¿Qué premios hay?

—El primero, de 25.000 francos, otro de 10.000 para biplanos, y algunos de 5.000.

—¿Tiene usted esperanzas de ganar?

Y entonces, el Sr. Adaro tuvo una respuesta admirable, que debemos consignar para que sirva de ejemplo.

SOY ESPAÑOL

—No —díjonos el piloto, sin tristeza, con estoicismo sencillamente hermoso.

—¿Y eso?

—Mi aparato, el de la Escuela, no puede competir con los que llevan los demás. Acuden al certamen los mejores aviadores del mundo.

Callamos un momento. Luego tuvimos una interrogación algo pueril.

Y entonces, ¿por qué concurre usted?

El Sr. Adaro, sonrió:

—Me da pena ver cómo estamos excluídos los españoles de estas cosas. Franceses, ingleses, alemanes, belgas, italianos... Españoles, jamás. Y yo, que siento un gran amor por mi tierra, quiero correr la aventura para que sepan que sabemos volar. No ganaré el premio... ¡No! Pero, en fin, estará el nombre de España en las listas.

—¿Y si te rompes la cabeza?—dijo un irónico.

—Me la romperé por España.

LA ESCUELA DE AVIACIÓN

Ya era hora—repetimos—, de que tuviera España una Escuela civil de aviación.

—¿Cuándo se ha creado la Escuela?—le preguntamos al piloto.

—El año último. Su primer director fué el marqués de Morella. Ahora lo es, interno, Don Manuel Menéndez.

—¿Qué profesores hay?

—Además del Sr. Menéndez, D. Mariano de la Peña, D. Antonio Grancha y yo.

—¿Tienen ustedes muchos aparatos?

—Hay cinco de ochenta caballos; dos de treinta y cinco; y uno de veinticinco.

—En el primero será en el que emprenderá su patriótica aventura...

—Sí. Lo hemos pergeñado como pudimos. Además, le suprimí el asiento de pasajero, sustituyéndolo por un depósito de gasolina.

—Y alumnos, ¿hay muchos?

—Pocos. La cosa es arriesgada.

Son ocho ó diez. Pero gente buena.

—¿Nombres?

—Pérez, los hermanos Loring, Díaz, Ventura de la Vega.

—¿Hijo del gran sainetero?

—Y hermano del donoso poeta.

—¿Es ya aviador?

—Casi. Se muestra valiente, y hará vuelos admirables.

Hacemos una leve pausa, y seguimos diciendo:

—Los precios de matrícula, son caros, ¿verdad?

Pero el Sr. Adaro, patriota entusiasta, interrumpe:

—¡Ca! Nuestra escuela tiene los precios más baratos del mundo. Quinientas pesetas de entrada, y mil en depósito para averías. En todas partes cuesta doble ó triple.

—¿Qué presupuesto le ha sido asignado á la escuela?

—Muy pequeño, casi ridículo: 118.000 pesetas. Ahora solicitamos que se nos asignen 300.000 en nuevo presupuesto.

—Es razonable. Y, oiga usted, los pilotos que obtienen aquí su diploma, ¿son tales aviadores mundiales?

—¡Ya lo creo!—nos replica nuestro afable interlocutor.

Y puso en la respuesta una gran emoción de orgullo.

—¿Viene mucha gente á visitarles?

—Sí. Y con ganas de volar.

—¿Qué personas conocidas se han remontado?

—Gasset...

Y lo dijo como dando á entender que para la aviación no es D. Rafael tan denodado como para la hidráulica.

—¿Quiénes más?

—Castell, el director de Agricultura. También el diputado Rodés, que se negó á volar; pero en

cuanto se sintió en el viento, se creyó águila. Lo tuve durante media hora á 500 metros de altura, aún pedía llegar al sol.

—Rodés ha sido siempre un espíritu ambicioso, justamente ambicioso.

Hablamos todavía un rato más con el señor Adaro, y pudimos dirigirle algunas preguntas:

—¿Qué lecciones son las bastantes para hacerse aviador?

—Unas treinta. Con ellas se aprende el oficio. Ahora bien; luego vienen los grandes ensayos, el entrenamiento.

—Y oiga usted, ¿qué hay del aeroplano español, inventado por españoles?

—¡Ah, sí! ¿Alude usted al de los Sres. Barcala, Cierva y Díaz? Ahí lo tenemos.

—¿Es interesante?

—Sí. Está bien equilibrado, y aunque tiene pocas alas, volará bien.

UN OBRERO ILUSTRE

Y ahora queremos hacer el elogio de Amalio Díaz, obrero de nuestra Escuela civil de aviación, que ha realizado el prodigio de fabricar con herramientas vulgares, sin aparatos complejos, debido á su ingenio, á su habilidad y á su perseverancia, una hélice admirable.

—Estas hélices (lo más difícil en aeroplano)

se construyen sólo en una fábrica. Suponen un trabajo enorme. Si Amalio se marchase al extranjero, ganaría un dineral en cualquier parte—dícenos Adaro.

—¿Y por qué no se va usted?—le preguntamos al obrero.

—¿Yo? ¡Quiero vivir en España! ¡Yo no la dejo por todo el oro del mundo!

Y luego añade:

—Ahora voy á patentizar un modelo de hélices ideado por mí. Mejora grandemente á las que hay. En fin, estoy dispuesto á trabajar, ¡qué demonio!

Estrechamos su mano callosa. Luego dijimos:

—¿Será posible que á estos hombres honrados y laboriosos, los españoles auténticos, se les abandone?

El PÁJARO ESPAÑOL

Ya salió para Mónaco D. Julio Adaro, valiente, entusiasta, en un aeroplano deficiente; con un corazón generoso se ha elevado en el aire desde plena Castilla, y ha hendido los vientos camino de la gloria.

¿Se ha caído? ¿Ha llegado? Es igual... De cualquier manera, por primera vez un aeroplano que lleva pintada en su timón la bandera española ha concurrido al gran certamen de las aves europeas.

Adaro, pájaro español, que llegues á Mónaco, y cuando pliegues tus alas y te poses en tierras distantes, entona un canto de ilusión. Di...:

—Vengo de Castilla. También hay en España jerifaltes. ¿Sabéis? En los pinares castellanos, las águilas forman sus nidos.

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]



EL BENÉVOLO MARQUÉS

(DERECHO NATURAL)

Don Francisco Javier de Castejón y Elío está en el abanico de una duquesa. Vedlo. Lleva una chupa rameada, sobria para el ostentoso conjunto del cuadro. Está descubierto hacia una dama, hacia una dama honesta que le sonríe, y á quien ofrece una toma de rapé. Su tacón es rojo. Leyó á Voltaire y no lo ha comprendido; es decir, lo ha desdeñado. La balumba de los enciclopedistas franceses le anonada. Es liberal-conservador en política, mas es conservador-ultramontano en espíritu. Reza, y se ha dejado pintar en la Florida por Goya, el majo.

Ni un solo detalle intelectual fáltale al marqués para estar, elegante, sutil y benévolo, en el abanico de una duquesa empolvada y risueña, duquesa española que no llegó á las paganías del Trianón, mas que dejó, con el guardainfan-

te, las pavuras del misticismo castellano. Es católico y liberal, sospecha á Rousseau, mas no pudo llegar á Kropotkine ; hay en su casa bargueños y cornucopias, lienzos de Rivera, y un cofre de sándalo. Sabe que la vida es liviana, frágil, incoherente y un poco absurda. No intenta corregirla. Se conforma con ser bueno, tolerante. Dice palabras donairosas. En sus deliquios espirituales le acompaña siempre la sombra de un fraile, que impone una nota de severidad á su musa, un tanto levantisca. En un rincón del abanico, el culto marqués no lisonjea. Advierte...

Ahora, D. Francisco Javier de Castejón y Elío explica una cátedra de la Universidad complutense, hoy madrileña. No viste chupa, ni toca sombrero apuntado, ni calza sobre tacones rojos. Pero lo guarda todo. Guarda su aguileña y aristocrática nariz, sus ojos, inquietos y sagaces, su cristiano excepticismo, su bondad, su tolerancia y su fraile. Nosotros vemos en el marqués del Vadillo un eco lejano, aunqne no demasiado pretérito, de la vieja España culta. Reclinado sobre la mesa de profesor, en esta aula desnuda y polvorienta, es como una visión elegante del preceptismo anterior al himno de Riego. Nada tan simpático, nada tan interesante ni tan evocador.

Arribamos desaforadamente á la Universidad,

pues nos habíamos dormido. El carricoche halla mil obstáculos. Un camión, una alcantarilla con el inmundo buche al aire, dos tranvías, un altercado callejero. Por fin, llegamos á la Universidad. Arriba, Pavón, Su Excelencia Pavón, el bedel, nos dice:

—Sí, llegó Vadillo. Clase núm. 15. ¿Quieres entrar?

Pavón nos tutea de nuevo. Pavón nos ha visto acudir á la cátedra hace ya diez años, cuando los estudiantes incendiaban tranvías. Pavón le llama Vadillo al marqués. Pavón es posterior al himno de Riego.

—¿Podremos entrar, Pavón?

—Sí. Con Vadillo, sí. Es muy bueno.

Y entramos. Y tras de nosotros, unos rezagados, se cuelan también, interrumpiendo la clase, esta clase democrática, explicada por un magnate católico.

El catedrático está en su tribuna, con el gabán puesto, pues hace frío en el aula, este aula desapacible, donde fueron á parar las elegancias y los refinamientos del marqués. Gira un molinillo en uno de los rotos cristales, y al girar, produce un ruido agrio. A veces, deteniendo el profesor la explicación docta, dirige sus ojos hacia el molinillo, y todos los alumnos ríen, que hasta en la mirada silenciosa del marqués hay un fulgor de ironía.

La clase está ganosa de reir, pero de reir finamente, respetuosamente. Cualquier movimiento del catedrático se sigue con un afán de júbilo. A veces, D. Francisco Javier de Castejón, exclama:

—Aquel señor, al gabán azul, ¿piensa usted en las musarañas?

Pero es tan fina y tan suave la voz, que no se ofende el alumno de las musarañas, sino que ríe, mientras ríen los demás, garzones al fin. Este profesor es jovial, epigramático. Ha vestido chupa, y ha dicho, al través de su lente, precursor del monóculo, y mirando el escote de una condesita, frases todo gentileza y donaire.

—A ver, á ver el Sr. Domenchina...

Y ya se ríe clase adentro, con una risa expectante que apetece más...

—A ver, á ver qué nos dice el Sr. Domenchina... ¿Quiere usted, Sr. Domenchina, ilustrar el tema con sus luces superiores?

Y cunde la hilaridad, pero una hilaridad gozosa, en la que hasta el Sr. Domenchina toma parte.

— Tratamos de la libertad de conciencia. ¿Quiere usted definir esta libertad?

El Sr. Domenchina recuerda media definición.

—Libre asentimiento á la verdad...

—¡La verdad! ¡La verdad! — exclama alarma-

do el marqués —. ¡ Cualquiera sabe dónde está la verdad!

Se detiene ante esta ráfaga de suave escepticismo, pero su fraile, entonces, le aconseja, mientras el marqués afirma:

—La verdad es la realidad esencial de las cosas. Fíjense ustedes: realidad esencial. ¿Es la verdad el realismo? ¿ Es la verdad el juicio que la verdad nos merece?

El catedrático dirige estas preguntas como al vacío, sin esperanza de obtener contestación. Por su faz aristocrática cruza una sombra de incertidumbre desolada.

—¡Ea, Sr. Domenchina, como calderón, basta ya! Cante, cante...

Pero como el Sr. Domenchina no acaba, el profesor continúa explicando.

—Hay, señores, una realidad esencial. No es la que ven nuestros ojos, aunque á veces pueden verla. Así, la verdad no es la que vemos, aunque podamos verla también. La verdad es natural y sobrenatural. La verdad y la realidad hay que buscarlas en su esencia. Hay realidades engañosas, y hay verdades que sólo son verdades aparentemente. Pero se distraen ustedes, señores... ¿ Les costaría mucho trabajo pensar un momento ? Veamos qué sabe aquel señor que se ríe.

Y el señor que se ríe nada sabe. Y entonces,

el marqués, dulcemente, benévolamente, continúa su explicación:

—¡Libertad de conciencia! ¿Saben ustedes en qué consiste esta libertad? Señor Domenchina, usted sabía algo de esto. Pero, en fin, la definiré yo para ahorrarles trabajo.

Y añade, sin la ilusión de ser comprendido:

—Es la facultad natural que el hombre tiene de asentir libremente á la verdad que legítimamente conoce. ¿Estamos? Que legítimamente conoce... Luego, ¿hay verdades ilegítimas?

Cien cabezas dicen que sí. Entonces, el profesor, vagamente fruído, exclama:

—Se luchó por la libertad de conciencia en tiempos de los Césares, cuando apareció el cristianismo. Desde la reforma luterana, esta libertad de conciencia, falseada completamente, viene en mengua.

Y ya, olvidado de todo, abstraído, inspirado por la fe, el catedrático ensalza las nobles libertades católicas, y hace prudentes sondeos psicológicos. Mas, de improviso, ante la distracción ambiente, juvenil, estudiantil, se detiene, afligido y desolado. Luego, en vez de gritar, en vez de clamar algún epíteto molesto, dice blandamente:

—No crean ustedes que esto es una cosa tan inútil. Empleen ustedes un minuto siquiera en estudiarlo. ¡Es tan poco tiempo!

Y al cabo, comprendiendo que los nervios moceriles ya están exaltados, y tras de acabar cansinamente, benévolamente, su explicación, saluda con toda la elegancia de un marqués absolutista, y dice:

—Bueno, señores ; váyanse ustedes, váyanse ustedes.

Huye entonces la mocedad riendo, gozosa, contenta de la vida. Y el catedrático, este buen catedrático escéptico, fino y tolerante, se pone el sombrero y se va, contestando con exagerada finura á un saludo cordial de Pavón.

Cuando nosotros acudimos á examen de Derecho Natural, el alumno que nos precedía encarándose con el profesor, le dijo:

—Yo no estudié por su texto. Mis ideas son otras. Yo soy librepensador.

Sonrió el marqués, este marqués incrédulo de los librepensadores. Habló el examinando. Y como el libre alumno tenía libertad de pensamiento y de estudio, no había pensado ni estudiado nada.

—¿Ve usted? — le dijo D. Francisco Javier de Castejón—. No sabe usted mucho, y lo que sabe no es cierto. Pero, en fin, acusa usted una rebeldía simpática. Siga, siga...

Cuando acudimos todos, ávidos, por la nota, vimos con emoción que al librepensador le había dado sobresaliente.

Don Francisco Javier de Castejón y Elío, marqués del Vadillo, no asistió jamás á los autos de fe. Es católico, pero no le gusta ni achicharrar carnes herejes ni suspender exámenes librepensadores. Al contrario, fino, sagaz, con su fraile á la derecha y su ráfaga de gavotas y de filosofías á la izquierda, gusta de contender en finas disquisiciones intelectuales, y gusta de convencer, si puede, y de perdonar en todo caso.

Tal es la noble silueta académica de aqueste suave profesor, que ha vestido chupa, que ha lisonjeado á las duquesas, y que hoy, un tanto cansado, explica Derecho Natural en las aulas de la Villa y Corte.



RESPLANDOR DE LUMINARIAS

(SILUETA DE UN MUERTO)

La Facultad de Letras es calladita, recogida y sabia. Da verdadera sensación de afán y de cultura. Usa gafas y lleva un libro voluminoso y erudito bajo la manga del viejo gabán. Ayer fuimos á la cátedra del Sr. Sons, y pasamos una hora feliz.

En la portería de la Universidad, y cuando sonaban las cinco en el reloj, le preguntamos á un bedel:

—¿Ha llegado el señor Sons?

—Arriba está—nos responde Alejandro.

Y subimos.

No hay bullir de jóvenes en la escalera ni en los claustros dormidos. Borrego, capitán general de los bedeles nacionales, con sus entorchados y su noble aire de prosopopeya, avizora al orbe, encaramado en sus botas de largo tacón. Pasa

un catedrático. Transitan, afanosos, repasando lecciones complicadas, raros alumnos de Filosofía. Tiene á esta hora la Universidad un aire más recóndito y materno y un más intenso calor de regazo.

La Facultad de Letras, que tan poco bulle, que vive como lejana, esquiva á regocijos y á revoluciones, íntima y sagrada, es acaso la Facultad más interesante.

Es una Facultad de selección. Para abogado, para médico estudian muchos jóvenes sin fe, á quienes una zafia rutina paternal empuja por el camino de «tener carrera». Algunos laboran por amor y con la esperanza de ser un Díaz Cobeña ó un Cajal. Otros, la mayoría, laboran apáticamente, sin avidez, sin instinto. Muchos, esa pródiga juventud española que ya va entrando por las sendas ubérrimas del progreso—el comercio, la industria—, llevados á las carreras oficiales sin vocación, huelgan y pierden el fuerte caudal moceril.

En Letras, no. ¿Quién apetecería por mero adorno y para lucirlo en saraos y para ser mejor bailarín un título de licenciado en Historia?

A esta erudita Facultad acuden todos los años diez, veinte selectos. Los estudios son difíciles, intrincados y abstrusos. Mucho latín, mucho griego, unas metafísicas torturantes, paleografía, investigación de pápiros y alquimia de literatu-

ras, historias de tiempos remotos, en los que apenas logró meter su nariz, sostén de gafas, un apolillado archivero. ¿Quién es capaz de tener novia, de jugar al billar, de urdir alharacas, de aspirar á la política y de cometer toda esta suerte de frivolidades cuando se está imbuído en las reconditeces del sánscrito y cuando se ha leído en su idioma á Platón?

Hombres nacidos para lo abnegado son los que aquí llegan. A los quince años tienen ya un aire serio, de bibliófilo. No suelen andar muy pintureros. Desconocen la futilidad. El espíritu mediterráneo, esta perdición de la raza, huyó de sus caletres. Son aptos, pacienzudos, inteligentes y tenaces. Van para catedráticos. Saludemos en ellos el plantel de una lozana sabiduría, vagido preclaro de archivos, de museos, de academias. Son los seminaristas del palimpsesto, los novicios del incunable.

—¿Ha entrado en clase D. Enrique Sons?—le preguntamos á un bedel que dormita.

—Si. En el aula doce.

—¿Quiere usted abrirnos?

Es una puertecilla que jamás atravesó nuestra ya vieja alegría de juristas en ciernes, una puertecilla de sabiduría por la que vimos penetrar antaño á unos mozos que usaban quevedos, que no veían y que no intervinieron jamás en los negocios públicos.

Pero ya está roto el arcano. Pero ya estamos dentro del aula.

¡Qué bella, qué intelectual, una clase de aquesta Facultad erudita!

Es reducida y acogedora. Tras de un balcón abierto nos llega la fragandia de un jardín primaveral. Gorjean unos pajaritos, esos pajaritos que buscan la paz y el reposo y que son amigos de los frailes y de los archiveros. Hay ocho alumnos en la clase, y los ocho tienen abierto el libro, y los ocho estudian con voracidad. El ruido que produjo nuestra llegada no hace volver á nadie la cabeza. El profesor, que no está sentado con hieratismo huero, sino que pasea junto á sus discípulos, más amigo, más cercano, nos mira un punto y sigue decorando su latín. No hay una distración, ni una ojeada furtiva, ni un arrastrar de pies. Aquella noble llamita cultural, encendida en Grecia, despabilada en Roma, guardada como tesoro en los conventos medioevales, fulgurante otra vez bajo el Renacimiento, se acoge hoy, en nuestro siglo de fragor estulto, entre las silenciosas paredes de esta vieja cátedra.

La asignatura, cuya lección hemos venido á sorprender, se titula de una manera pomposa: «Latín vulgar y de los tiempos medios.» El texto del que traducen ahora los escolares titúlase «Iuli Caesaris, Belligallici, libri VII.»

—Continúe usted, señor Lenzano—farfalla el profesor nerviosamente.

Y el Sr. Lenzano, un hombre rubio, suave, aplicado, que será un día catedrático de latinidad, lee sueltamente:

—*Qui ex novissimus convenit in respectu multitudinis omnibus cruciatibus affectus necatur...*

Estamos leyendo á Julio César. El soldado ilustre cuenta sus aventuras en las Galias. La bravura, el estoicismo de aquellas hordas primitivas encuentra un férvido ensalzador en el romano invicto.

—El último que llega á la convocatoria militar contra Roma—dice Julio César—es ajusticiado en presencia de los otros galos. Son tan valientes, que llegan desnudos á nuestra presencia y nos arrojan dardos y nos dirigen frases vergonzosas...

La sensación de unos tiempos áureos llega, tácita y férvida, hasta nuestro corazón. El prurito de la cultura nos halaga. El ansia de saber espolea nuestro ánimo de glosadores. Don Enrique Sons, que sigue yendo y viniendo, atentísimo y diligente por la estancia, dice cada cinco minutos:

—Siga usted, señor Chamorro... Usted, señor Millares... Usted, señor Sala...

Y todos estos futuros sabios, hombres ya ma-

duros, hombres inteligentes, de una consciencia total, entre los cuales hay un sacerdote y un filósofo casi viejo, aprenden con intensa devoción bajo los auspicios del profesor ilustre.

Todo esto es el símbolo de la perseverancia. Estúdiase por un texto del Sr. Alemany. Ya este profesor merece los ditirambos de una loa. Riñó en oposiciones con Angel Ganivet, y salió victorioso. Cuando Ganivet quedó vencido, parece ser que tuvo una frase: «¡Cualquiera lucha con un hombre que sabe *La Iliada* de memoria!» Ganivet era genial, pero era incongruente y deforme. No sabía *La Iliada.* Ha dejado un *Idearium* estupendo. Años después se suicidó en Rusia. Su rastro fué incierto y de huella, aunque honda, parva. En cambio, este Sr. Alemany, más lento y despacioso, ha venido educando con menos luminosidad, pero con más cachaza y eficacia más profunda, á muchas generaciones de probos helenistas. El afán es superior al genio, y la veleidad sutil, inferior á la perseverancia.

También D. Enrique Sons, este recio catalán, es un ejemplo claro. Fué corrector de pruebas tipográficas; pero se propuso dominar el griego. Durante años y años, D. Enrique Sons estudió férreamente. Su juventud es una página de griegos caracteres. Aún joven, ante la admiración del Tribunal, ganó su cátedra. Hoy persevera estudiando, le ha dado ricas orientaciones al estu-

dio de los idiomas fenecidos; inquiere no sólo la etimología latina del castellano, sino de sus otros hermanos iberos, del galaico-portugués y del lemosín; explica dos cátedras sin ligereza, concienzudamente; acuñando, troquelando gentes doctas, permanece tres horas de pie, entre los alumnos, corrigiendo sus faltas, colaborando en su labor aprendiz... Cuando llega el bedel anunciando que ha terminado la clase, D. Enrique Sons hace como si no lo hubiese visto, y continúa explicando largamente, con esa fe y ese divino entusiasmo de los maestros. Y así, estos escolares no ignoran á Julio César, han traducido las Partidas, incluso del catalán y del portugués. El Fuero Juzgo, las *Etimologías*, de San Isidoro, y el Cartulario de Eslouza.

Largo tiempo había transcurrido desde que asomó el bedel su jeta, poco educativa, cantando la hora, cuando el Sr. Sons, que aún había de explicar griego, pronunció un somero discurso:

—En breve comenzarán los exámenes. Yo les deseo venturas; pero les incito al estudio más perseverante. Las pruebas durarán cerca de una hora. Tengo el propósito de que todos sepan bien el latín. Se pueden ustedes retirar.

Cuando salieron aquellos ocho futuros doctores no censuraron la sequedad, un poco inhóspita, del profesor. Es gente que no desea el aprobado. Es gente que ansía el sobresaliente. No

vienen aquí para salir del paso y ostentar un titulillo estéril, sino para seguir, lentos y seguros, el camino de la erudición.

—¡Oh, es un gran catedrático!—nos dicen—. Sabe mucho y exige más, pero explica muy bien. Está cerca de nosotros, á nuestro alcance, corrigiéndonos, educándonos. Hace la carrera entre nuestros mismos afanes. A veces llena los encerados de signos. Nos hace escribir unas memorias, en las que nos calificamos los unos á los otros. ¡Ca: no se pierde el tiempo con D. Enrique Sons!

Eran las seis. La Universidad estaba silenciosa. Cundía un sigilo profundo, y no retozaba el un poco gárrulo vocerío estudiantil. Algo serio, grave y cultural pesaba noblemente en el ámbito. Nuestra impresión era de un gran optimismo y de un intenso júbilo.

—Adiós, adiós, señores.

Y salimos de nuevo hacia el mundo; pero salimos saturados en ideal.

Estos hombres irán haciendo lentamente sus arduas carreras. Luego esparciránse por museos, archivos, cátedras, academias ilustres. Se desparramarán por la nación. Ya los vemos en Simancas, en Alcalá, en Sevilla ó en Santiago, sordos para el mundanal ruido. Un hilo de luz entrará seguramente por la ojiva del viejo torreón donde tendrán su cobijo de investigadores, y llega-

rá, como la espada ígnea de un arcángel, á herir sus ojos en éxtasis. Amarán el silencio y la rebusca. Verán corretear á un ratón. Serán originales en el vestir. Habrá polvo de siglos en sus indumentarias, y en sus espíritus pátina de antigüedad y de rancia cultura. Poblarán el mundo callado y formidable de los pedagogos, de los filósofos, de los historiadores y de los eruditos. Allá, entre legajos, estos cerebros sutiles conservarán, como vestales ilustres, aquella vieja llamita que se incendiara en Grecia, que se despabiló en Roma, que se acogió en los conventos medioevales y que fulguró con el Renacimiento. España, nuestra madre insigne, tendrá siempre un sabio que aporte al acervo de la cultura universal un nombre glorioso. Y estos faros del ibero saber, que se llaman Giner de los Ríos, Sales y Ferré, Sánchez Moguel, Menéndez Pidal, Azcárate, Menéndez Pelayo, no se irán extinguiendo. En la clase calladita y modesta que dirige D. Enrique Sons hay resplandor de luminarias.



EL AMBIENTE DE CAJAL

(LO DOLOROSO)

Bullen los estudiantes de Medicina en el caserón vetusto.

San Carlos — no lo podemos remediar —nos inspira una sensación de pánico inevitable. El edificio está lleno de verdín, acongojado por una humedad antigua. Hay unos claustros fríos. En el medio, un patín lleno de hojarasca, donde se vuelca una carretilla, y sobre cuya tristeza en abandono llora hoy una lluvia pausada. Hay aquí un hospital. Allí, las carnes descuartizadas, horribles, de los muertos, aguardan la investigación, el estudio científico. Lo más insigne y lo más trágico os acechan en este solar de la medicina. Fuente de salud es el viejo San Carlos, pero la dolencia y la muerte, palpitantes y épicas, hacen estremecer nuestras fibras de poetas, de románticos, de ilusos.

Cuando llegamos al vetusto caserón ya ese colega efusivo que dicen el doctor Gamero nos aguarda para llevarnos é instruirnos. Un anciano bedel nos advierte que D. Santiago Ramón y Cajal está en el recinto universitario. Poco después entramos en el aula.

Pero antes hemos de llamar la atención de nuestros lectores — y si nos leyesen autoridades académicas nos holgaría mucho — acerca de una cosa.

San Carlos, como ayer el Instituto, están llenos de grafitos irónicos, políticos, lascivos y pedagógicos. Un carlista expande su credo entusiástico. Un socialista le responde con frase atolondrada. Un liberal interviene. Se traba polémica irascible. Y como el ideal, aun siendo bueno y bello, se manifiesta alguna que otra vez con palabras en excesivo transparentes, pueden leer la señorita, el niño, cosas de parva edificación, y que no tienen relación manifiesta con los menesteres pedagógicos.

Nosotros, jóvenes aún, no censuraremos descubriendo estos grafitos, á la clase escolar. Es moza, alegre y clara. Lo extraño, lo abominable, es que fuese demasiado austera. Mas, ¿no hay un bedel que tenga la obligación de borrar? En el presupuesto del aula española, una esponja y un hombre serían baratos para el servicio, tan útil, que habrían de prestarle á la cultura.

El aula donde explica D. Santiago está en el confín de una escalera y cerca de un portón antiguo. El núm. 4 le corresponde al recinto académico. Titúlase Histología la asignatura. ¡Histología!, es decir, aquella rama de los conocimientos humanos en la que D. Santiago culmina formidable, con gloria universal. Sentiríais —os lo aseveramos—si llegárais con nosotros á esta clase, cierto estremecimiento nervioso...

Cuando arribamos se hallan los alumnos en espera. Hay más de cien, y hablan en alta voz, con ese júbilo incesante de los pocos años. Las paredes están llenas de hollín. El caliche se desmorona por momentos. Una estufa humea y rezonga. Hay un sitial para el catedrático y un encerado roto. Más abajo, una mesilla pobre, cubierta con un tapete que fué verde y que hoy es incoloro. De vez en vez rompe la monotonía de los muros la inscripción de un apotegma. «Los ácidos nítrico y clorhídrico descomponen sensiblemente el precipitado.»

Tomamos asiento entre la grey. Una señorita, cercana al catedrático, aguarda, interesante, la voz maestra. Hay rumor, chistes. Y de pronto, delgado, enjuto, con sus facciones enérgicas, acusadoras de una férrea voluntad, con su chistera sin reflejos, su cuello bajo, su indumentaria obscura y poco atildada, indumentaria de hombre á quien no preocupa lo externo, aparece Cajal.

Si dijéramos que nuestra emoción es grande, mentiríamos. Es inmensa. Cajal nos pertenece. Nuestra historia cuenta con pintores, con soldados, con poetas y con estadistas. En el remoto apenas hay un Miguel Servet. Glorias del análisis, de la síntesis, de lo que no es fantasía, tenemos pocas. Cajal, entre las cumbres, descuella. Su figura es algo sólido, augusto. Si algún día, en el consorcio de los pueblos grandes, se nos dijera «suprimid la fantasía para mostrarnos prestigios del adelanto universal», enseñaríamos este hombre. Cajal forma parte de nuestros ideales, de nuestros amores, de nuestros orgullos, y hasta de nosotros mismos. ¿Cómo no sentir estremecida la epidermis al verle llegar silencioso, modesto, á su cátedra, á esta vieja cátedra que ha ungido y que será histórica?

Sin despojarse del gabán, saluda, tenue, á los alumnos, y se acomoda junto á la vieja mesilla. Después, cogiendo unos papelitos, nombra á varios escolares que no acuden. Por fin, el Sr. Valcarce y Alvarez se llega junto al profesor, y mientras zumba el aula, murmura, cerca de Cajal, su lección. Habla de cómo se va formando el marfil. Pero la voz del escolar es chita, y no logramos enterarnos mucho. Salen otros alumnos, aplicados y discretos. D. Santiago escucha con cierta apatía, mirando de rincón en rincón hacia lugares invisibles. A veces se queda meditativo.

Otras, nervioso, se frota los párpados, se sacude las mangas, se acuita, se yergue. Y el zumbido escolar, en tanto, crece, crece como el de una colmena en alboroto.

Luego, de improviso, acabado el momento de las preguntas, vemos abrirse la puerta del aula, y vemos salir, fugitiva, á media clase. Es un éxodo que nos aturde, que nos asombra.

—¿Qué ocurre?—preguntamos.

Y alguien responde con leve amargura:

—Es que Cajal explica.

Mas ya está D. Santiago de pie. Nos habla de la fibra muscular, de lo minúsculo, de lo que forma nuestros tejidos, de aquello que nos hace mover, que nos envuelve y aun informa. La fibra muscular estriada, lo imperceptible, lo diminuto, aquello que pertenece al mundo inverosímil del análisis, aquello qúe ha costado siglos para ser descubierto, que ha consumido la vida de hombres abnegados, geniales, como nuestro Cajal; aquello por lo que, en definitiva, hemos visto recobrar la salud á nuestra madre, y hemos visto á un hijo nuestro, renacido al vivir cuando lo vimos acabado.

Cajal explica para su corro, para los treinta, los cuarenta que le oyen. Están en piña selecta, ávidos, tomando sus notas. Los demás cuchichean juveniles. D. Santiago pinta con unas tizas de tres colores los componentes de

la fibra muscular. Y nosotros, que somos indoctos en Medicina, que apenas tenemos una idea vaga de estas cosas tan grandes, nos enteramos de las franjas claras y obscuras, verticales y horizontales; de los núcleos que forman ese átomo existente en la patita feble de una araña.

—¿Ven ustedes esta franja gris que aparece en la franja obscura? Fué descubierta hace algún tiempo, y constituye un avance inmenso en la ciencia histológica...

Cajal explica flúido y claro, yendo de un sitio á otro, mirando á veces las ventanas traslúcidas. Y el abismo, el tremendo abismo de la materia, se nos aparece insondable. ¡Siglos para descubrir una franjita minúscula en el tenue espacio de una fibra microscópica! Y la perseverancia, sintetizada en los rasgos faciales de Cajal, se nos muestra dominadora del mundo, señora de la ciencia y del bien.

Es un momento de supremo éxtasis. Toda la Naturaleza, recóndita en sus misterios, sigilosamente palpitante, se nos presenta bajo la invocación de Cajal. ¡Oh, camino árido hacia la sabiduría, que cautivas, que aherrojas á estos mártires, á estos hombres llenos de luz y de ideal!

Oyen los treinta, los cuarenta selectos, con interés creciente. Algunos, los distantes, se van impacientando. A la una, Cajal, que ha ido so-

ñando con su ciencia, que se ha ido afanando en una explicación maravillosa, parece despertar.

—Señores, hasta mañana. Siento mucho no seguir esta explicación... En fin, hasta mañana.

Salen los escolares, radiantes de júbilo. Nos acercamos hasta Cajal. Lava el maestro sus manos en una rota jofaina, y nos entrega su diestra insigne. Hablamos... Pero Cajal no está descontento. No... No...:

—Mientras un profesor tenga más de veinte discípulos, de treinta, no será la enseñanza fructífera. Habrán ustedes observado cierta desatención... Yo estoy satisfecho. Dejo secuaces, mis auxiliares, Achúcharo, Tello. Y después, treinta médicos aptos salen todos los años de la Universidad. Buenos, muy buenos, capaces no sólo de retener los conocimientos de la ciencia modernísima, sino hasta de crear, de inventar y descubrir, salen cinco, seis...

Luego, contento, lleno de esa alegría recatada que tienen los sabios, este hombre desdeñoso, que no quiso presidir el Ateneo, que no quiso ser ministro de la Corona, que vive como en éxtasis, pendiente de saber, de saber... nos invitó á subir hasta su laboratorio. El bedel abrió una puerta. Miramos y palidecimos. Había un patio siniestro, y en este patio, sobre unas mesas horribles, carne humana, roja, bárbara, espeluznante, esa pobre carne muerta, donde se desci-

fra el enigma de la vida y se descubren veneros de salud.

—¿Qué ocurre? — preguntó D. Santiago.

—Nada, nada, que no tenemos valor para cruzar ese patio.

Y el maestro, comprendiéndonos, perdonándonos, sonrió con infinita bondad, nos entregó su mano enjuta, y como un gigante superior á la muerte, se fué hacia aquellos despojos épicos, hacia aquellas trizas macabras.

Y he aquí á D. Santiago Ramón y Cajal — nosotros así nos lo figuramos cuando le vemos cruzar al horrendo patín — entre sus muertos.

Habrá una cabeza degollada, enmarañado el cabello; fríos, desorbitados los ojos; en la boca, una mueca de asombro, asombro formidable de inmensidad y eternidad...

Habrá una pierna helada sobre los mármoles. Habrá una mano engarabitada, con las uñas cárdenas y las venas sin linfa, y los nervios dormidos, y los músculos rotos. Habrá un vientre de mujer, que fuera sagrario de un primer vajido, unos senos de madre, ya flácidos, unos dientes horribles, que ayer sonrieran entre la barbarie roja de unos labios chulapos y obscenos. Habrá una hecatombe descuartizada y épica en el expoliario.

Pero nosotros, que no tuvimos valor para

afrontar la faz de la muerte, al evocar esta carne de San Carlos, esta buena carne que se deja investigar, escudriñar, bajo la avizora pupila de los médicos aptos y de los escolares, sentimos hacia ella un amor, un amor tan grande, tan cercano y tan íntimo...

Sí, hermana carne muerta, sí... Eres humilde, sumisa y generosa; no te hurtas egoísta en el cementerio, tímida y cobarde. Te das... Y heroica, llena de un estoicismo supremo y augusto, no dudas ante el escalpelo, y permites que investigue Cajal entre tus fibras el secreto formidable por el que vivimos, y permites que las generaciones nuevas se acerquen á tu enigma y te descubran, y eres fuente de vida, carne nueva, fuente de salud, flor que ya germina recóndita bájo los gusanos que aún no se formaron en tu pródigo entresijo, pero que ya, invisibles, parecen acusarse en un vaho...

Sí, hermana carne muerta, sí... Estos médicos ilustres de San Carlos y estos alumnos buscarán en ti la eterna abracadraba cósmica, serenamente luminosos, y luego, cumplida esta misión, te restituirás al hoyo, y serás luego naturaleza esplendorosa, y cuando vuelvas á ser carne, te acusarás en una anunciación de ventura, y no sufrirás, y no padecerás, y la cabeza meditará ilustre, y la boca sonreirá jovial, y los dientes serán de nuevo encelamiento juvenil, y el vientre será des-

panzurrado en fruto, y la pierna y el brazo, ágiles, nerviosos, inteligentes, correrán hacia la dicha luciendo esplendorosa luminaria.

Sí, hermana carne, carne que ha mirado Cajal con su ojo avizor, no estás muerta... No, palpitas, vives y eres, para nuestros pobres sentidos estupefactos, aurora y sol que surge triunfal.

¡Salve, carne de nuestros hermanos, carne para la medicina, para el bisturí, carne que no ha sido enterrada, carne que nos espeluznas de miedo y nos embriagas de amor, carne rota, salve...!

Lector, estos hombres como D. Santiago Ramón y Cajal, serenos, humildes, eficaces, cimeras del entendimiento y de la voluntad, son los que dejan un nombre fragante para los siglos y los siglos, y son los que perduran con una huella de amor y de respeto en el inmenso corazón de las razas.



LAS MODOSAS DEL TALLER

(UNIVERSIDAD POPULAR)

Hace años, siendo yo redactor de *A B C*, hube de tropezar cierto domingo con una excursión de la Universidad Popular. Camino de Aranjuez, donde Angel Vegue había de prodigar su cultura entre las bellas educandas, sentí la tentación de escribir un artículo acerca de tan simpática entidad. Quedó en proyecto la idea. Nuevas y fatigosas informaciones periodísticas habían caído sobre el cronista maltrecho. Hoy hago un leve y grato paréntesis en mis comentarios para loar, poniéndola como ejemplo de potencialidades iberas, á esta Universidad Popular admirable, que fundaran algunos románticos amigos míos, y que ahora, ya en su madurez, es una maravilla española.

Moreno Carazziolo me aguarda en la Universidad Popular. He llegado al número cuatro de

la calle que lleva un nombre ilustre, el de Augusto de Figueroa. La casa es fea, lóbrega, antipática. ¡Lástima que la tacañería oficial no haya querido brindarle á tan hermosa institución un local higiénico, alegre, optimista! En el piso primero está la Universidad Popular. Cipriano, fornido, servicial, trabajador, gallego, me abre la puerta. Un pasillo que llenan de fragancia niñas y adolescentes. A la derecha, el despacho de Gascón. Y allí, Moreno Carazziolo, que se levanta para decirme:

¿Qué tal? No he querido avisar á nadie su llegada. Gascón ha salido, pero vendrá en seguida.

—Bien—le respondo con mi febrilidad propia de hombre de siglo—.

Entretanto iremos viendo la Universidad. Gascón me dará la añadidura.

Sin otras ceremonias abre Moreno una puerta, llama finamente á una señorita, y ésta acude. Es la señorita Suárez Inclán, profesora de mecanografía. Tendrá veinte años... ¿Sería indiscreto afirmar á ustedes que es bonita, seductora, y que tiene ese airecito modesto, angelical y protector, que nos conduce á la Vicaría? Viste de blanco, muy aseada, muy sencilla. Sonríe hacia sus pies. Hay un balcón abierto, y el aire que penetra, impetuoso, mueve un rícito de la profesora. Yo, que soy un griego cautivo en las cadenas actua-

les, encuentro algo incongruente con el lindo rícito de la señorita Suárez Inclán, estas máquinas de escribir, tan mecánicas, tan oficinescas. En sus manos parecen florecer las rosas, mientras en sus ojos ponen los pensamientos su iris.

Mas no divaguemos, alma de caníbal. Estás ante una profesora. No hagas caso del rícito ni de la sonrisa dulce, ni del pie breve. Esta mujercita buena, inteligente y trabajadora, no está aquí para gustar, sino para concederte la merced de enseñarte su clase y sus discípulas. ¡Ea, como si ante tus ojos se ofreciera el marqués del Vadillo, tan poco afrodisiaco!

Me asomo, pues, á la clase, y veo á un centenar de mocitas que teclean afanosamente. Las hay morenas, trigueñas, rubias, nenas de once años, capullitos de quince, claveles de diez y ocho, rosas de veinticuatro. Todas, imbuídas en su trabajo, si alzaron un instante sus óvalos marfileños del teclado obsesionante, los tornaron á bajar, indiferentes, abstraídas.

—¿Cuántas discípulas tiene usted?—le interrogó á la señorita Suárez Inclán.

—Muchas.

—¿Aplicadas?

—¡Ya lo creo!

Y en sus ojos brinca una llamita suave de triunfo.

Cunde una gran alegría por la sala. ¡Cien mu-

chachitas que se aprestan á luchar por el vivir! ¡Temblad, hombres!... En el alma de la profesora yo he querido atisbar mi designio recóndito, algo así como la decisión generosa de lanzar generaciones de luchadoras al combate santo por el honesto pan.

—¿Cómo se llama usted de nombre?—le he dicho á la maestra.

—Gloria.

—!Ah! Está bien.

Seguimos viendo la Universidad Popular. Hay un horror de clases... Cultura general, Gramática, Caligrafía, Aritmética, Higiene y Medicina doméstica, Conjunto vocal, Taquigrafía, Estudios comerciales, idiomas, corte, sombreros, labores especiales, música... Y, sobre todo, hay una gran clase, la enorme, la sin límites, la innominada... Esta clase se llama educación. Educación de la mujer para el esfuerzo. ¿Columbráis? ¡Qué grande y qué noble este admirable sueño piadoso!

Yo no comprendo cómo las mujeres se han venido absteniendo de hacer la revolución. Jamás se había conocido una revolución más justa. ¿Sospecháis siquiera toda la injusticia de sus vidas resignadas? A la mujer le ha estado vedado todo. La política y la administración, para la cual no es otra cosa que un contribuyente; la mentalidad, ya que dióse en la flor de llamar ba-

chilleras á las hembras letradas y escritoras; el Derecho, pues viven siempre bajo la tutela de algún hombre; el amor, pues han de conformarse con quien las elija, y menos mal si las elige alguien; el trabajo, pues pensóse de una manera mulsumana que la mujer debe permanecer ociosa; la libertad, que hasta el hecho de que salieran solas á la calle, fué tenido antaño y aun hogaño en algunas provincias y en bastantes pueblos, como pecado infame... Todo se le ha prohibido y escatimado á la mujer. Yo, que no soy feminista en el sentido hermafrodita de la palabra, que amo á la mujer muy mujer, no quiero que la palabra mujer sea una hipocresía de la palabra sierva.

¡Qué noble la mujer liberada! Porque en el hecho irían ganando hasta los hombres. La mujer actual, víctima de una anomalía social, ha deformado su naturaleza. La mujer no es instintivamente ni celosa, ni chismosa, ni caprichosa. Tampoco en pleno ambiente sería un divino sér refunfuñante. Eso si hay alguna limitada compañera que tenga esos achaques, es obra de nuestro despotismo. Significa en el temperamento de la mujer algo así como la lividez espectral de los seres mantenidos fuera de la luz. En una sociedad bien constituída, la mujer no escudriñaría los bolsillos de su novio para buscar el fatal retrato, ni diría que la vecina del segundo es una

antipática, ni la importarían casi nada los sombreros. Su voz sería más apacible. Yo estoy firmemente persuadido de que los españoles, y en especial las españolas, hablamos tan alto, porque se nos gobierna mal. Así como la penumbra hace las epidermis más finas, el contento moral y político hace las gargantas más tenues.

¡Qué noble la mujer redimida! No la mujer soberbia, bestial, inicuamente vencedora (éstas son también anomalías del régimen), sino la casta, honesta mujer que sabe ganar su pisito lleno de luz, su trozo de pan, y la ingenua libertad de su alma para elegir un corazón.

¡Universidad Popular! Esto significas. Cada año acuden cuatrocientas, quinientas, seiscientas muchachas á sus aulas. Son buenas, laboriosas, esperanzadas. En la inclemencia de la vida quieren instalarse por cuenta propia. No dejarán pasar los días en el balcón, esperando... No escucharán con desengaño infinito las pisadas tímidas del amador imposible, aquel muchacho sin fortuna, enclenque, larguirucho, que nunca las desposará... No asistirán á las tristezas materiales vestidas de máscara para que los vecinos las ignoren, la joya que se empeña, la ropa que se vende. Aprenderán un oficio simpático. Irrumpirán en el vivir ofreciendo sus habilidades, su honradez, su encanto. Ganarán para sí y para los suyos. Un día, cuando adviertan

que se miran al espejo más de lo frecuente, dirán que sí, y lo dirán resueltamente, no con el miedo pueril de la esclava que se vende, sino con la fuerza del sér eficaz, independiente, que se otorga.

Continuo recorriendo la Universidad Popular. Ha llegado Antonio Gascón, alma hoy de la entidad, el Iradier de las adolescentes. A cada instante, la noticia interesante y ejemplar gana mi admiración. En 1911 fueron ocho las alumnas que obtuvieron colocaciones en escritorios, merced á los conocimientos adquiridos en la Universidad. En 1912 fueron cincuenta y tres. En 1914 son ciento cincuenta.

Las clases, como la Universidad tiene pocos ingresos, cuestan dos pesetas al mes. Sin embargo, basta que una educanda manifieste no poder satisfacer esa cantidad para que nada se le cobre. Las hay que pagan en obras, dando clase de algo, para lo cual tienen consideraciones de maestra. Las hay que pagan simplemente en buen ejemplo.

El estímulo es enorme entre ellas, y á veces se difunde á sus familias. Madre asiste que empezó acompañando á su hija y hoy concurre ya como alumna.

Los ejemplos de abnegación son constantes.

Cierta muchacha, que aprendió en la Universidad Popular la confección de sombreros y que

obtuvo una colocación bastante lucrativa, cuando acaba sus faenas en el taller, sus largas y penosas faenas, da clase gratuita en la Universidad Popular, mostrando á las recién venidas el camino del bien y del trabajo. Pero hay otro caso aún más hermoso. Existe una señorita profesora de piano. Cuando acabó el curso, y por ende se cerraron las clases en la Universidad, dos de sus discípulas, que gozan de buena posición, la tomaron como maestra en su casa. Por ir á enseñarlas percibió la madamita—¡era pobre!—un sueldo bastante decoroso durante los tres meses de verano. Cuando volvió Octubre, esta maravillosa mujer dijo:

—Ahora ya no tenéis que pagarme nada. Volveré á la Universidad Popular, donde os seguiré enseñando gratuitamente.

Insistieron, terquearon... No hubo manera de convencer á la gentil.

Hay una niña de catorce años, tímida, irresoluta. Para cierto festival quiso Gascón que recitase en público. La niña tembló de miedo. Luego denodadamente exclamó:

—Bien. Por la Universidad Popular yo me atrevo á todo.

El ambiente... Para el canto se hallan divididas las angelicales aprendizas en dos categorías. Cierta mocita, muy retrechera por cierto, pertenecía á la categoría segunda. Aventajada, hubo

de subir en rango: ¡La llorera que armó! Nada... que no quiso ascender por no dejar á sus coleguitas. Pasó el tiempo. Hoy es actriz. Recientemente, porque no le daban un papel de primera importancia, se marchó de la compañía hecha un basilisco. El ambiente...

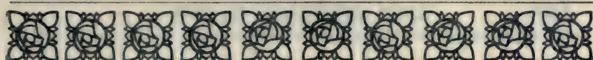
Acaba mi visita. Enfran y salen por las aulas estas españolas que serán inglesas y alemanas en cuanto al cerebro, y nuestras en el corazon. Son tan preclaras como la semilla. Yo las contemplo con simpatía y con alborozo. Mujeres, futuras mujeres, por vuestro entusiasmo, por vuestra virtud, por vuestra belleza, merecéis triunfar.

Salgo.

La Universidad Popular está fundada por algunos espíritus románticos: Salvador Crespo, Amós y Miguel Salvador, Javier Cabezas, Rafael Leyda, el gran literato, ya fallecido, aquel hermano á quien tanto admiré y quise; Antonio Gascón, Aureliano de Beruete, Enrique Díez Canedo, Barcia, Carazziolo, Prieto del Río, Vegue. Se desparramaron por Madrid y dieron conferencias, y llevaron á los obreros á museos y á escuelas especiales. Conseguida una pequeña subvención oficial, tomaron una casita vetusta y quevedesca en la calle del Sacramento. Empezaron á concurrir mujeres. Hoy ha encauzado la Universidad Popular en el sexo bonito.

Son más perseverantes, más buenas, más inteligentes que los hombres. Hoy la Universidad Popular casi no necesita profesores. Marcha sola. Quienes fueron discípulas son maestras. Gascón, casi únicamente Gascón, hace de eje, de glorioso eje, en esta obra de mecánica suprema que dirige el ideal y que alienta el amor.

Y todo esto es obra del pueblo, obra de la España dispersa, obra de la raza, de la misma esencia española. La vida oficial nada influyó en la Universidad Popular. En nada recibió sus dones. La subvención de que goza es de cinco mil pesetas anuales. Sólo la casa, el alquiler de la casa, cuesta cuatro mil. Los liberales intentaron rebajar la subvención un poquito.



LOS CARABINERITOS

(VISIÓN DE ENERGÍA)

En El Escorial.

—Quería que me acompañara usted coronel...

Y D. Luis Mariño y su adjunto, el capitán Ibarra, madrugaron en la estación del Norte.

Arranca el tren. Abril ha vuelto el rabo, que Marzo no tuvo siquiera que volverlo. Hace frío, y á veces tapan las nubes al invernizo sol. Cuando surge la sombra, los pinares del Plantío, los hotelitos colorados de Pozuelo, los picachos de Torrelodones, las nevadas jibas del Guadarrama, son invadidas por una tristura desesperante. Luego, al calor solar, brincan los cabritillos, y las flores campestres se yerguen estimuladas y felices.

Hora y media Castilla adelante. Yo adoro este pedazo de Castilla. No encontré nada tan egregio en el orbe ¿Es bello? No. Carece de frondosidad. No hay un río enorme y azul, de orillas

risueñas. ¿Es rico, es moderno? Tampoco. No han penetrado aquí la coquetería suiza, holandesa, ni siquiera el gusto francés ó la remembranza mora, que llene de castillos, quintas, villas, hoteles remononos, estos valles castellanos. Y, sin embargo, yo no sé qué tiene este áspero conjunto, severo, franciscano, donde se oye el balido del recental y la bárbara copla del pastor, que fascina, engrandece, que llena el alma de las virtudes teologales, en que sólo se puede ser un místico, un poeta, un soldado, y en el que sólo tienen derecho á vivir el morueco, el lobo, la manzanilla y el mastranzo.

Viajero en Sevilla y en Tánger, en Flandes, en Bretaña y en Inglaterra, tu suelo desnudo, Castilla, tu suelo sin belleza, sin civilización, sin hechizo, perdura en mi alma como el más transcendente de la tierra, el que deja de manera más honda el alma transida.

DOS PALABRAS

España es algo que los españoles ignoran. De nuestro país sólo conocemos sus vicios. Política, administración, toros... Es lo que removemos en la Prensa, emporcando las aguas al contacto de su mezquindad. No hablamos nunca, ó casi nunca, de la obra nacional verdadera, de la que se oculta, retraída é intimidada, en el fondo de

la vida social. A veces nos admiran hechos que salen á la superficie, y de los cuales no podíamos habernos percatado. Y es que bajo la corriente cenagosa por la que bogamos, va, impetuosa, otra corriente de agua limpia y clara, fecunda linfa por donde, como ignoto Guadiana, marcha el carácter español. Los periodistas, un poco superficiales, sólo comentamos lo que vemos. Preciso es que seamos buzos de cuando en cuando. Hoy, yo me quiero poner la escafandra.

Por ejemplo... Os parecerá un hallazgo, que así sois de pesimistas. Por ejemplo, el Colegio de Carabineros que existe en El Escorial, es una maravilla. Allí se realiza un verdadero milagro. Aquello es la obra de unos ciudadanos modelo. Acaso alguien se admire. Muchos existen que tienen al carabinero por un instrumento de la perfidia fiscal, por la mano antipática de la fuerza pública que os impide comerciar á trochimoche, y sentiros, al pasar las fronteras, dueños de vuestro albedrío.

No. El carabinero—quiero prescindir ahora de su misión absolutamente necesaria para la economía de los Estados y de las naciones—es un vigía que guarda y custodia las lindes del país; es muchas veces un héroe humilde que acude, en las costas, al naufragio, á la inundación; que ostenta en su uniforme la cruz de Beneficencia

noblemente ganada; que es culto, estudioso, pues suele dedicarse á la lectura en sus horas frente al mar, y que aquí, en San Lorenzo, tiene unos colegios admirables, donde se enseña el amor á Dios, á la Patria, al Rey, al trabajo, á la ciencia, á la honra.

Poner estas cosas de relieve, descubrir los veneros de ciudadanía que existen en nuestro solar, elogiar las obras ignoradas cuando son hermosas, es mi labor en la Prensa. Esquivo á la maldad, entre ofendido y desdeñoso, no hago de mi pluma, sino en contadas ocasiones, arma de agresión. Prefiero colaborar á la obra educativa de mi pueblo, con suaves enseñanzas. Herí... A veces, el arma fué demasiado lejos. De ello no estoy gozoso. Que la demolición, por ser obra fácil, no me agrada. Seguro de la eficacia de mi esfuerzo como agresor, capacitado por Dios con la ironía y la impavidez para pisar escombros, encuentro á mis contemporáneos tan débiles y, en definitiva, tan irresponsables, nietos reblandecidos de una progenie tan caduca social y políticamente, que casi no me inspiran sino lástima. Por lo demás, estoy tan seguro de la fuerza aplastante de mi raza española, veo tan radiante su futuro, soy un creyente de la naturaleza tal, que siempre, mirando bajo la hojarasca pútrida el agua cantarina que corre, atisbo en las puerilidades tragicómicas de un concejal, la muñequi-

ta de trapos que será arrebatada brutalmente por la vida sana que llega, y que es un hechizo seductor entre las manos de una niña cándida...

EL COLEGIO

El capitán D. Fernando de Bonrostro, ha venido á la estación, deferente.

—El coronel me ha ordenado que acuda para recibirles.

Subimos al automóvil, y pronto, frente á los Terreros, llegamos al colegio ilustre.

Fué antaño cuartel de los Guardias de Corps —de Corps, ¡oh eterna invasión gala!—, y casi es contemporáneo del Monasterio. Se cae de vejancón, y, gracias á la paciencia de sus moradores, que acuden á la gotera insistente y á la grieta inveterada, se mantiene erguido. En la puerta hace su centinela un carabinerito de trece años. Muy serio, muy grave, parece un veterano de los tercios mirando con un microscopio. En su despacho hallamos la amable acogida del coronel D. Eduardo Zaldívar, padre del colegio, que vive desde hace cuatro años pendiente de mejorarlo y de engrandecerlo. En su compañía, y en la de otros bondadosos, inteligentes oficiales, hemos recorrido el edificio y hemos admirado la grandiosa obra que guarda.

No quiero hablaros del Colegio de Alfonso XIII, para hijos de oficiales. Demócrata que soy, me he seducido más, con ser el otro admirable, el santo cobijo de los pobres.

Hay aquí más de doscientos mozuelos. Frisan entre los doce y los diez y ocho años. Son hijos de carabineros, y se educan para seguir el honroso oficio paternal, ó para otras profesiones. Entran ineducados, díscolos muchos de ellos, sucios en su buena parte—que la paga del carabinero no consiente grandes opulencias—, y salen bien criados, fuertes, cultos, con un recio principio moral y un oficio que les redima del hambre. Aquí, en talleres bien montados, aprenden á ser impresores, encuadernadores, zapateros, mecanógrafos, electricistas. Los que tienen vocación y aptitud, á los diez y ocho años, y tras un leve período de práctica, pueden ser carabineros.

A todo se atiende en esta escuela ejemplar. La he recorrido con interés creciente, y me ha sorprendido su preclaro conjunto. ¡Qué orden en los almacenes, en el salón donde se alinean los fusilitos microscópicos de la tropa menuda! ¡Qué limpieza! !Qué aire tan europeo y tan efusivo el de aqueste colegio ignorado por mí!

Los retretes modernos; los dormitorios, amplios, ventilados, las clases, limpias, llenas de sol; los comedores, con un conjunto de aseo tan

exquisito, que inspira ganas de sentarse para yantar con los mozuelos.

Corre el agua y cunde la higiene.

—El año pasado—nos dice el coronel—hubo en El Escorial una terrible epidemia de escarlatina. Bien; pues en el Colegio de Carabineros no hubo un solo caso.

Y al decirlo, ¡había en el acento de ese hombre providencial y entusiasta un orgullo tan grande!...

Hemos seguido recorriendo el picadero, la sala de armas, el gimnasio, donde los mozancones atléticos ya, se encaraman por las cuerdas, y brincan ágiles. Estuvimos también en las clases, regidas por oficiales, y algunas por sacerdotes y sargentos. Con una paciencia sin límites, á estos futuros obreros de la vida, se les redime de la ignorancia, realizando con ellos una obra todo amor. Yo los veo salir, hombres ya, de estas aulas. Carabineros ó ebanistas, impresores ó mecanógrafos, según sus inclinaciones, todos llevarán un íntimo uniforme: el del buen ejemplo y el de la buena doctrina. Que aquí se les da el pan que les nutra, agua que les purifique, campo y ejercicio que les fortalezca, enseñanza que les redima, y un Dios y una Bandera que les infunda la suprema dicha, la ventura inefable de tener un ideal.

Estamos gozosos, contemplando esta obra

magnánima. De pronto, se nos ocurre una pregunta:

—¿Cuántos educandos sostiene el Estado con dinero oficial?

—Cincuenta.

¿Y los demás?...

—Los otros, hasta más de doscientos, están sostenidos con el ahorro individual de todos los carabineros.

Creo, lector, que merece un saludo esa corporación de buenos ciudadanos.

EL CABO DE GASTADORES

Este colegio tiene una banda que tañe briosa y doctamente, y tiene una maravillosa escuadra de gastadores.

Son unos pequeñines de doce años que desfilan garridos y altaneros bajo la suprema dirección del cabo. Es admirable ver marchar á ese cabo en miniatura, serio, imponente, dueño de sí, volviendo la cabeza para escrutar á sus subordinados, para aprobar con una afirmación ó fruncir el ceño.

Cuando estuvo, por doloroso motivo, en El Escorial un batallón de Cazadores, su teniente coronel tuvo una iniciativa original y simpática. El cabo de gastadores del colegio desfiló man-

dando á los gastadores verdaderos, á los hombretones fornidos.

—Iría un poquitín azorado, ¿verdad?

—No. Iba hecho un coloso. Después le dimos tres pesetas como premio, y tuvo el gesto de invitar á los gastadores en el café.

Ya ese cabito no es cabo. Ahora ocupa tan relevante puesto D. Marcelino Doce. Ha sido llamado, y está, de uniforme, ante nosotros, guapo y varonil. Dan ganas de regalarle caramelos y acariciarle las mejillas; pero su gravedad, su empaque de mosquetero, su aire de austera disciplina, inspiran un respeto extraño. ¡Oh, milicia española, que haces, hasta de la niñez, majestad!

FALTA UNA ACADEMIA

Ya visto y admirado el colegio, se me ocurre una interrogación:

—¿Y la Academia de oficiales?

—No existe.

—Entonces, ¿cómo se ingresa en Carabineros?

—O de sargento, tras de una preparación adecuada, ó de cualquier Arma del Ejército, tras de un oportuno examen.

Esto me ha dejado un poco absorto. Que el oficial de Carabineros, por lo difícil y especialísimo de su función, porque hacen falta para el

desempeño de su cometido condiciones de cultura y diplomacia, personales del Cuerpo, debería tener una Academia preparatoria, en la que, sin privarles de la enseñanza que en las otras se da, y prescindiendo un poco de estudios menos necesarios, se les diese conocimientos de la legislación administrativa, aduanera, se les adiestrara en el manejo de idiomas, se les especializara, en suma, en el tecnicismo, dificilísimo, árduo, de un buen carabinero.

Ahora es la práctica la que suple á todo. La práctica, y el rápido instinto de esta raza nuestra, capaz de improvisar lo más dificultoso. Hoy, nuestra oficialidad de Carabineros es excelente. Viene educada de las Academias, y en breves meses hácese especialista. Mas, ¿no sería oportuno, casi inevitable, que existiera un aula particular, unilateral, para los futuros carabineros?

En esta Academia cursarían un año de preparación los segundos tenientes que aspirasen á ingresar en el Cuerpo. Una vez finado este curso, saldrían primeros tenientes.

¿Es conveniente esta idea?

¿Dificultades?... No. Que el actual Colegio, con un profesorado ilustre y una organización perfecta, lo realizaría todo.

La necesidad existe. El programa es viable. ¿A qué se espera?

FINAL

A las cinco volvemos al tren para reintegrarnos á Madrid. Llevamos una gratísima impresión. Salimos. El sol brilla en estos campos de mi solar, tan recios y tan fuertes. Llegamos á la corte. Y ahora, desde aquí, llena el alma de gozo, quiero deciros algo en que vibran mi patriotismo y mi orgullo de raza:

—Españoles, cuando vayáis á El Escorial, no creáis que sólo es allí magnífico el pasado, sublime la Historia. El Monasterio existe. Pero también es hermoso lo actual, sublime, el presente, el futuro henchido de esperanzas. Id... Bajo la bandera española, limpio, claro, altruista, frente á los Torreros, veréis cómo los carabineros españoles educan á una generación limpia y fuerte de cuerpo, sano el corazón, y el alma culta, para servir á su Patria.

Desde mi atalaya de optimista os envío mi saludo, carabineros españoles.



COMO SE HACE UN MÉDICO

(LA PEREZA AL SUSPENDER)

Ayer hemos visto hacer médicos. La tarea es bastante sencilla. Prosiguiendo nuestra informativa labor acerca de la psicología española y de la obra cultural de nuestra raza, les diremos á ustedes cómo se hacen Galenos en San Carlos.

Don Augusto Gutiérrez Gamero, médico y colega en azares periodísticos, nos ha vuelto á llevar hasta la calle de Atocha. El calor ha enervado hasta lo imposible, hasta la fina gracia del Sr. Gamero. Vamos callados y sombríos en un tranvía ecuatorial. Refresca un hombre gordo bajo la sombrilla de un aguaducho. Van y vienen los pencos, gacha la cabeza, flácido el jopo, húmedo y charolado el belfo. Se derrite Madrid bajo un terrible sol de Junio. A veces, pasa un rucio melancólico que arrastra unos geranios y unos claveles vencidos por la sed. El jardinero,

retostado, ni aun tiene valor para lanzar su pregonería cansada.

—¿Examinan hoy?

—Sí, de la licenciatura.

—¿Dónde?

—En el anfiteatro.

Y cruzamos los claustros fríos del palacio viejo, donde repasan unos apuntes los estudiantes, y miramos con recelo hacia las puertas cerradas, que guardan tal vez la horrible sorpresa de un cadáver en el que las moscas se ceban...

—¡Aquí! — dícenos el Sr. Gamero.

—¿No habrá encuentros malos?

—¡Ca! La muerte nos huye...

Pero ya estamos dentro. Es una especie de coliseo, exornado con retratos de médicos ilustres. No hay público. En el estradito se halla el Tribunal, examinando á un ya casi médico. El casi médico, azorado y balbuciente, va contestando á las preguntas que le asestan, como venablos, sus maestros.

Y aquí, nosotros quisiéramos tener un gran optimismo. Lo tenemos por naturaleza y por meditación. Sin embargo, no debemos sacrificar, nuevo Pangloss, la verdad al falaz y embaucador lirismo.

Está preguntando el Sr. Guedea:

— Vamos á ver. ¿Cómo haría usted una fórmula de ioduro potásico con disolución?

Pero el examinando posee un concepto parvo del ioduro. Entonces, D. Luis Guedea, que tiene un carácter gallardamente irascible, y que ha metido al alumno en las reconditeces de su Medicina, le hace una pregunta épica.

—Si una cucharada contiene 15 gramos de ioduro, ¿cuántas cucharadas formarán 150 gramos?

Se crispan sobre la mesa los dedos nerviosos del futuro médico. Hay una trágica lividez en sus mejillas. El estupor ha velado sus ojos.

—¡Si es la cuenta de la cocinera! Pero, en fin, otra cosa. ¿Cómo aplicaría usted la digitalina?

Hay una pausa, en la que se oye volar de pared á pared á un moscardón, acaso ahito de humanas lacerías...

—Con hojas de digital.

—¡No! ¡No! ¡No! Cuando usted fuma un cigarrillo, ¿puede afirmar que fuma nicotina?

Don Luis Guedea está impaciente y desilusionado. Transcurren unos instantes de silencio. Luego, harto ya el profesor, da por finadas sus preguntas y abandona el Tribunal, con aire decidido y gesto agrio.

Entonces comienza su interrogatorio D. Dionisio Herrero. El examinando está más pálido cada vez. La idea terrible del suspenso anubla su alma. Una gota de sudor que corre por su

faz, llega hasta la corbata, que se la bebe con sus poros ávidos.

—¿Distinguiría usted una hemoptisis de una hematemesis?

—Sí, señor. Se llama hemoptisis al vómito de sangre venida del pulmón, y hematemesis al vómito de sangre venida del estómago.

El Sr. Herrero dibuja una sonrisa de agrado. En su alma benévola el anhelo de aprobar no es ya una hipérbole. Luego, placentero y animador, exclama:

—¿Qué medicamento proporcionaría usted á un hemorrágico para darle rápida vitalidad?

Hay un silencio pavoroso. Este hombre, que ya es casi médico, vacila, pusilánime, ante la hemoptisis. Si nosotros advirtiéramos en nuestra propia naturaleza algún síntoma de tuberculosis, nos habríamos muerto de repente.

—¡El suero! ¡Una inyección de suero! ¿No conoce usted ese recurso?

Hay un temblor dubitativo en la cabeza del examinando.

—Bien. Ha visto usted á su enfermo, ha recetado la inyección, la trajeron ya de la botica... Pero el suero pudiera estar estropeado, y no ser útil. ¿Cómo discerniría usted el estado en que se halla el suero?

El temblor se acentúa en la cabeza del alumno, cuyas manos vacilan ya como azogadas:

—¿Qué color tiene el suero?

—Amarillo.

—No. El suero es incoloro. Y si está inservible, opaco. Y, además, ha formado grumos. Pregunte usted, D. Ramón.

—Pasa entonces D. Ramón Jiménez, este profesor tan simpático y tan bonancible, á calar la cultura médica del afligido examinando.

—Defíname usted un vólvulo intestinal, siquiera una oclusión.

Pero el nuevo Sangredo tiene un poco en olvido la materia.

—Cuando un asa intestinal se ha torcido sobre su eje, ¿qué ocurre?

—Que no funciona el intestino, que se ha obstruído, que...

—Y, bien, ¿qué se le ocurriría á usted ante una obstrucción parecida?

—Yo la reputaría grave:

¡Grave! Y un estremecimiento ha sacudido toda nuestra epidermis. ¡Grave! He ahí lo que se le ocurre á un futuro médico ante una obstrucción intestinal.

—Bueno, considerada grave la dolencia, ¿qué haría usted?

Nosotros permanecemos unos instantes sin respiración, aterrados. Pero el alumno define pronto su aptitud, adoptando una resolución enérgica y viril.

—Le abriría el vientre.

Ríen los cuatro ilustres doctores. Nosotros, no hechos á estas bromas de la medicina, miramos hacia la puerta con ya remota esperanza. El moscardón, aleve, pérfido, lleno de glotonería, se cierne, agradecido, sobre la cabeza del alumno.

—Hombre, ¡por Dios! Antes de abrir el vientre recurriría usted á procedimientos más suaves. ¿No le dice á usted nada una purga? Vamos á ver, ¿qué purga le administraría usted al paciente?

La contestación es amplia, y para todos los gustos, dándole un abrazo fraternal á la farmacopea unánime:

—Ricino... Tal vez calomelanos...

—Calomelanos, jamás. Bien; pero ¿le mezclaría usted con algo el purgante?

—Sí, señor; con morfina.

Y entonces, D. Ramón Jiménez, desolado, tiene una contestación sarcástica:

—Nunca. La morfina estriñe. Está visto. ¡Se le escaparía á usted el enfermo!

¡El enfermo! ¡Lo inaudito es que á este hombre maravilloso pueda escapársele algún sano!

Nosotros padecemos como en agonía. Vivimos en un pueblecito remoto, en el que no hay más que un solo médico recién licenciado. Un día notamos dolores intestinales. Tenemos un

vólvulo, que así es la Naturaleza, esa gran díscola. Ya metidos en cama, nuestros deudos llamaron al doctor. Acude. Se queda un momento vacilante. Luego, definidor, expedito, nos abre el vientre. Y menos mal, que aún pudo sentirse refinado, y aplicarnos ricino con morfina para hacer un experimento.

No. No es posible. Al abogado se le puede licenciar con escasa doctrina. Al abogado se le elige. El problema forense no es un problema de urgencia inminentísima. Los Tribunales, parsimoniosos, dan tiempo á la meditación. Pero al médico no se le escoge, por regla general. Nos acecha donde menos lo esperamos; en un viaje, en el tren, en el barco, en un accidente... El médico no resuelve, además, cosas pueriles, como la fortuna, como el dinero, sino que resuelve cosas muy arduas y de bastante consideración: la hemoptisis, el cólico miserere. El abogado, si es un mal colaborador, puede llevarnos á la ruina. Pero el médico puede llevarnos á la fosa. Y la fosa es el peor y más trágico de los pleitos.

¡No! Es preciso que cuando á un hombre se le otorgue licencia de curar, no se le expida patente de sepulturero. Una vaga noción de lógica, así lo aconseja. Sí, sí... Es algo muy serio lo que presenciamos, lector, en este instante.

Ha terminado el interrogatorio.

—Retírese usted...

Nos quedamos en silencio. El moscardón voltejea, maligno y agorero, por el anfiteatro. El señor Gamero está sonriente. Nosotros estamos bajo la influencia de una expectación formidable.

—¿Qué hacemos? — dice D. Dionisio.

—¿Y usted? — replica D. Ramón.

—Ha contestado poco...

—¡Pts... ¿Lo dejaremos pasar?

—Bien. Lo dejaremos pasar.

Se alzaron los profesores. Y entonces, el moscardón, ese miserable, pareció contener una risita de contento, de feroz y horrible contento.

. . . .

¿De quién es la culpa?

Nosotros no debemos tan sólo criticar. La crítica es vana y estéril. Hay que buscar soluciones, hay que vivir en plena creación.

¿De quién es la culpa?

¿Los profesores? No. Tienen las Facultades iberas maestros consumados. Ahí está Cajal, Gimeno, Maestre, Recaséns, Leonardo Peña, estos ilustres profesores á quienes vimos examinar con una paciencia jobaica. ¿El material? Tampoco. Hemos visto San Carlos, y hemos admirado sus gabinetes á la moderna, todo su instrumental perfecto. ¿Los alumnos? Tampoco los alumnos. Muchos, la mayoría, llegan con ansias de saber, ganosos de ser útiles al prójimo, aprestados á la lucha por la vida. ¿Quién no ha so-

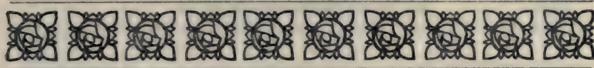
ñado ser un Rubio, un Cajal? ¿Quién no ha soñado, al menos, ser uno de esos especialistas de automóvil?

—Yo tengo á mi cargo doscientos alumnos — nos ha dicho el Sr. Jiménez.

¡Doscientos alumnos! Ahí se halla la clave... ¡Doscientos alumnos! ¿Cómo explicarles á un mismo tiempo, y durante una sola clase, á doscientos muchachos? ¿Cómo puede llegarse á lo íntimo de doscientas psicologías, iluminando doscientas conciencias? Y así, hay, uno, diez, veinte alumnos privilegiados, héroes de la enseñanza, que aprenden. Y hay otros muchos que no pueden saber, que tienen la obligación de ignorar, cuyos ojos no logran siquiera espacio para contemplar la manipulación del maestro.

La enseñanza debe ser desparramada. Un catedrático no puede instruir á más de quince, de treinta alumnos. No los tiene á su alcance; no los intensifica; ni siquiera puede conocerlos...

Preciso es que se gaste más en la enseñanza, que haya un presupuesto generoso, que no se vayan en política democrática los haberes nacidos para la instrucción. Entretanto, y mientras no se cambie de sistema, pese á los maestros, pese á los discípulos, pese al material, el moscardón, ese avieso y canalla hijo de la muerte, seguirá riendo con fieras y sepulcrales carcajadas...



CÓMO SE HACE UN FARMACÉUTICO

(VUELTA AL OPTIMISMO)

Cuando llegamos á la calle de la Farmacia dormita un portero al abrigo sombroso del zaguán.

—¿Han terminado ya los exámenes? — preguntamos con cierta frustración.

Hay un bostezo, y hay un dedo índice que señala, perezoso, hacia la pared. Nosotros seguimos la ruta de aquel dedo estival, y contemplamos un letrero. Hay exámenes, los últimos del curso presente, por la tarde, á las cuatro. Y así, nuestra satisfacción es profunda.

Vimos hacer médicos. Veremos hacer boticarios. Si lo primero tiene importancia, lo segundo no la tiene menor. Un médico ignorante puede acabar con una familia. Pero un médico ignorante, confabulado con un farmacéutico inculto,

puede acabar con un barrio entero. Lo periodístico, y no ya lo patriótico, muévenos á estas excursiones por la enseñanza española.

—¿Podríamos ver á un catedrático de la Facultad?—le preguntamos al doctor Gamero, que también nos acompaña hoy.

Y esta pregunta no es baladí. Nosotros no queremos hacer unas crónicas de asalto, de sorpresa, en las que haya de suplir alguna vez la fantasía al experimento. Queremos escribirlas razonablemente, cimentadamente, sin que jamás, jamás, pueda rectificársenos. Ni «A B C» ni el cronista han mentido nunca. Ni «A B C» ni el cronista buscaron jamás en el éxito efímero de una elucubración más ó menos veraz, la característica de su peculiar silueta. Lo que describimos en San Carlos fué rigurosamente auténtico. Lo que ahora pergeñemos acerca de San Fernando, también lo será. D. Luis Guedea, serio, grave, de una inteligencia encumbrada, superior á la comidilla y á la mediocridad, catedrático de Medicina, y uno de los profesores mentados con todo respeto en nuestro artículo, díjonos en reciente charla:

—Me felicito, nos felicitamos de que un periódico tan bien constituído como «A B C», realice esa campaña. Hay que interesar al público en estas cosas de la educación, y hay que advertir y señalar defectos. Es una corriente de

cultura y de nacionalidad que merece fluir por las columnas de «A B C».

Luego, sonriente, nos hizo dos afirmaciones:

—Lo que dijo su crónica fué verdad. Yo lo aseguraría públicamente.

Y luego una grata, satisfactoria noticia, que puso nuestra vida en sosiego:

—Aquel famoso examinando á quien se dejó pasar en el segundo ejercicio, fué reprobado en el tercero.

Esto, esto, esto constituye nuestra viva satisfacción profesional. Esto. Que cuando alguien dude, vengan la sabiduría y el prestigio á decir que afirmamos verdad, que nuestras palabras no cayeron en el vacío, que iniciamos una senda proba...

Y esto quisiéramos también que nos aconteciera en Farmacia. Que no entremos taimados, que no salgamos fantaseadores. Que si vemos un error podamos, ciudadanamente, nombrarlo; que si advertimos un acierto, podamos noblemente aplaudirlo.

—¿Sería fácil ver á un catedrático de Farmacia?

—Sí. Veremos al doctor Rodríguez.

Y un cochecillo nos conduce á su casa.

Nuestra conversación es breve.

—Celebro mucho que venga usted á nuestra Facultad. A las cuatro le aguardamos allí. Hace

falta que se conozca todo esto. ¡Un médico ignorante! Pues ¡y un boticario! Yo, cuando examino á un hombre que desconoce materias elementales, suelo decir: «Lo primero que debiéramos hacer con usted es degollarlo. Después, discutirlo.»

—Entonces, señor Rodríguez, ¿será usted uno de esos profesores á quienes la holganza denomina «malos»?

—Es posible. Mire usted; de noventa y ocho alumnos que tuve durante el curso actual matriculados en Química inorgánica no llegaron los aprobados á treinta. Y en grados llevamos siete suspendidos.

Esto nos place como españoles, y, sobre todo, como enfermos. Vivimos en un pueblecito donde sólo hay un médico y un boticario. El médico es un alma sutil y un ojo previsor. Ha recetado sagazmente. Pero nos traen el medicamento, un compuesto de bromuro, verbigracia; lo tomamos amargo, nauseabundo, fiados en su valer y en su eficacia; no nos causa bien; el farmacéutico trocó el bromuro por el cianuro; derechamente se lo vamos á contar á los angelitos del cielo.

—Sí, han hecho ustedes muy bien — afirma, benévolo, el Sr. Rodríguez—. Ayer, antes de comenzar el examen de cierto licenciado futuro, el Sr. Carracido, que presidía el Tribunal, dióle á

leer la crónica de usted « ¡ Cómo se hace un médico ». Exclamó: « Vamos á ver cómo se hace un boticario. » Y á las seis preguntas no contestadas por el graduando, el Sr. Carracido evitó que se usara mal la belladona.

Pero ya son las cuatro de la tarde. Ebulle Madrid. Recorremos las calles céntricas atravesadas por dos ó tres héroes. Todo está cerrado y cohibido. Seguimos la ese que forma la calle de la Farmacia, buscando su culebrina de sombra. El portón está casi hermético. Dos bedeles nos conducen por una escalera que invade el resol, y por un claustro donde bullen los estudiantes, á la cátedra.

Y ahora queremos, lector, darte una bella nota de ciencia y de progreso.

La historia del boticario ha tenido cambios de mucha consideración. El boticario, en los tiempos de la fantasía, de los dioses múltiples y de las civilizaciones fastuosas, era un mago. Aún puede admirársele, con su constelada túnica y su cucurucho, en los cuentos de niños. Después, cuando se hizo prosaica la vida, y destruyó la enciclopedia el sagrario de las ciencias ocultas, perdió el boticario su aire sacerdotal y cayó entre la grisura del estado llano. Más tarde, contagiado por la frivolidad ambiente, llevó el crisol á su trastienda, y bailó en la verbena con una morena y una rubia. Hoy, siguiendo el ritmo ac-

tual, analítico y ultracivilizado, unido al progreso, trocada su ciencia en una ciencia verdadera y humana, el boticario es Carracido, el boticario es descubrimiento, sabiduría, genio, Europa...

Hemos hablado con el Sr. Carracido, y nos ha mostrado su Facultad. D. José Rodríguez Carracido está en su laboratorio; es decir, en su casa. Todo se transformó á su paso. Aquellas estancias decoradas con blanco y oro, borbónicas y algo versallescas, donde lucían su énfasis algunos doctores un poco hueros, escapados á la retorta y amigos de la pompa oficial, se han convertido en habitaciones de trabajo. Una pared suntuosa, resto de antiguas vanidades, que resta como vestigio del tiempo áureo, parece sentir estupor ante el microscopio. Un afán de sinceridad científica, de humilde y generosa labor, ha destituído el oro y ha puesto en su lugar lo higiénico. Ahora, el Sr. Carracido, amable y entusiasta, nos enseña toda esta Facultad pequeña y un poco en olvido, que tanto lucha y que progresó tanto.

—Podemos jactarnos de tener unos laboratorios completos y unos museos farmacológicos excelentes. Nuestro auxiliar, el Sr. Moles, ha estudiado en Alemania y en Suiza. Hoy colabora en las mejores revistas profesionales del mundo.

El Sr. Carracido es flaco, agudo, farmacéuti-

co. Cae una nariz inquisitiva, nariz de investigador, sobre su boca elocuente. Un gris mechón de pelo tiembla sobre la frente despejada, en la que vibran pensamientos claros. El Sr. Carracido es uno de esos grandes patriotas que fabrican nación en el silencio de un laboratorio.

—¿Quiere usted ver la energía?—nos dice el insigne profesor.

Y miramos por un microscopio y vemos un espectro solar, y columbramos, atravesando su policromía, una rayita negra.

—Esa rayita negra es el origen del carbono, de la energía vital. Esa rayita negra mueve los trenes, provoca el estrépito de la vida y de la civilización. ¿No es admirable?

Queda un momento callado é íntimo el laboratorio, como si pasara la sombra de lo científico, de lo ultracientífico. Nosotros miramos la pálida faz del Sr. Carracido, y al ver su carne macerada por el estudio, piel de cenobita, piel de místico, piel de sacerdote y de mártir, sentimos la impresión de las grandes abnegaciones en nuestra pobre naturaleza improvisadora, locuaz y feliz.

—Pero... Don José...—decimos; súbitamente y como volviendo á la realidad—. Tenemos que presenciar los exámenes.

Y ya estamos en la cátedra. Sobre su estradito va preguntando el Tribunal. En medio se

halla D. José Casares, pensativo, delgado y melancólico, que mira distraído tras de sus gafas y que tiene un aire abatido, cansado, aire de hombre que ha visto alentar á la célula y que supo adivinar el vago, tremendo y formidable origen de la vida. A su derecha está D. Baldomero Bonet, más llano, más sencillo, culto, prudente y catalán. A su izquierda, rubio y simpático, examina D. José Rodríguez. Hay unos vegetales misteriosos sobre la mesa, unas cantáridas, unos minerales ignotos, elementos de la farmacopea, causa probables de nuestra salud...

Sufre D. Adolfo Sanjuán y Benito, graduando en Farmacia, las preguntas de sus catedráticos. D. Adolfo Sanjuán y Benito, que ostentará muy pronto sus nombres en un rótulo, sobre una gran bola verde, es un muchacho fino, inteligente, desenvuelto, y, al parecer, boticario sagaz. Compuso un acetato y demostró sus acertadas manipulaciones. Le presentan una ramita y la cataloga. No vacila ante una cantárida. Conoce las virtudes salutíferas del bromo.

—¿Definiría usted el litargirio?

—Es una combinación del oxígeno y del plomo.

—Luego entonces, para distinguir por un procedimiento fácil si una substancia cualquiera tiene plomo, ¿qué haría usted?

—Oxigenarlo.

—¿Por qué se le llama saturnal á esta substancia?

—Porque el óxido de plomo destruye, devora á otros óxidos. Realiza una función fratricida semejante á la de Saturno cuando se come á sus propios hijos.

Vese aptitud mental, adviértese dominio técnico en el examinando. Cuantas veces mueve sus ramas el tribunal, cae la madura fruta del estudio asiduo. Nosotros, que ignoramos estas combinaciones misteriosas de la química, todo este mundo extraordinario de reacciones, oímos embobalicados.

—¿Qué otro producto ha compuesto usted para el acto del examen?—investiga don José Rodríguez.

—Un extracto de opio—responde con seguridad nuestro graduando.

Y explica su por qué, y sus etapas, y todas sus intrincadas manipulaciones.

—¿Es tóxico ese producto?

—Sí. Contiene narceína, morfina.

—¿Qué debe usted hacer para destinarlo á la curación?

—Valorarlo. Saber la cantidad lógica, prudencial, de morfina que conserva.

La voz del graduando es firme y segura. Con ella fija cantidades, insinúa aplicaciones, nos lleva hasta la entraña del subnitrato de bismuto,

nos sorprende con las propiedades misteriosas y desapercibidas por nosotros, los profanos, que tiene la ipecacuana. Cuando sale, nos acercamos al Tribunal.

—Ha estado muy bien.

El Sr. Casares hace un tenue mohín afirmativo.

—¿Acuden muchos tan aplicados?—preguntamos entonces.

—Generalmente sí—replica el Sr. Rodríguez. Se exige mucho durante la carrera, y al llegar á estos exámenes los alumnos son ya verdaderos boticarios.

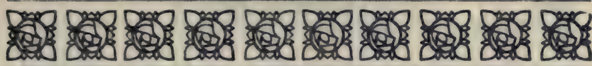
Hay un aire de seriedad muy respetable en todo esto. El verano arde allende las ventanas. Un vaso lleno de agua que yace sobre la mesa, que debe estar ya tibio, permanece sin que nadie ose beber. Una mosca sedienta recorre los bordes, también sin atreverse...

....

La Facultad de Farmacia es modesta, simpática y eficaz. Es una Facultad donde se labora. A las demás Facultades, como las de Medicina y Derecho, acuden, con otros jóvenes afanosos y aptos, unos jóvenes frívolos, que sólo aspiran á tener su título académico. Hay algo de vanidad en la demanda, algo mundano, vistoso y desaplicado. En Farmacia, no. El título de boticario no se persigue aún por elegancia. Es algo de-

masiado serio para ser lucido como una condecoración pueril en las tarjetas. Y así, los hombres que llegan á este umbral, son hombres reflexivos, inteligentes y esforzados, á quienes mueven anhelos científicos y que desean tener su farmacia, con su rótulo, su globo de cristal, sus tarros en pomposa ringlera sobre los anaqueles, su crédito y su oronda, confiada y agradecida clientela.

Lector, era un deber cantar al farmacéutico. Ya no es un mago, ni un viejecito alegre que acude á la verbena con una morena y una rubia. Es el hombre sencillo, estudioso, que vino á San Fernando, que se examinó con D. José Carracido, que puso un establecimiento con su bola de cristal y su rótulo amable, y que allá en la rebotica, ungido por la sabiduría, por la ciencia, urde con su mortero, con su alambique, una sagrada fórmula de salud, cuando nuestra madre se nos muere...



MAESTRO NUEVO Y CLASE VIEJA

(UN REVOLUCIONARIO)

San Carlos... Algarabía de muchachos alegres que dan voces por los claustros fríos. Leonardo Peña está en la sala de profesores. Allí, pregunta un tanto confuso, pero siempre con su aire benevolente y optimista:

—¿A qué hora debo comenzar?

Nadie lo sabe fijamente. Otro catedrático, emite una opinión ambigua.

—Don Darío comenzaba á las once, pero tengo entendido que la hora oficial son las diez y media.

Como nadie aparece de acuerdo, es consultado un bedel. Pero este bedel, un hombre altísimo y barbado, también vacila. Entonces, nuestro gran Peña, el flamante catedrático, intenta resolver la duda, consultando el horario acadé-

mico. Pero el que existe no es actual. Es del curso anterior.

—¿Dónde está el impreso de este año? — dice subiendo las cejas y enseñando las sangrantes encías. El bedel ha encogido los hombros. El otro profesor, ríe, menuda, sarcástica, degradadamente, con esa degradación no personal con que asistimos á la anarquía ambiente... Luego, exclama, subrayando la ironía:

—No hay horario. Este año no se ha impreso el horario siquiera.

Nosotros presenciamos la escena con una tenue angustia. Y digo tenue, porque ya se va embotando en nosotros la sensibilidad ante el embate de lo monstruoso. ¡En San Carlos ignoran los profesores á qué hora deben penetrar en clase! ¡En San Carlos no existe horario oficial! ¡Oh, el desbarajuste administrativo de nuestro país

Al fin se le ha ocurrido á Peña hacer una pregunta sencilla:

—¿Están los alumnos?

—Sí — ha contestado el bedel.

Y entonces, á la zaga del catedrático, nos dirigimos todos hacia el aula donde comenzará, por vez primera en Madrid, sus explicaciones.

—¿Quién es — se interrogan los escolares.

—Es muy listo — dice uno.

—Dicen que tiene un gran talento — insinúa otro.

—¿Pondrá muchas faltas?

—¿Apretará en los exámenes? — se interroga un lampiño de ojos cálidos.

Yo conozco á Peña desde hace años, y admiro en su figura al vencedor, pero no al vencedor por argucia, sino por fortaleza.

Estudió, enamorado de la medicina, á trancas y barrancas, sin peculio, arduamente. Cuando acabó la carrera, no quiso encerrarse en el horizonte parvo de su amado país, y se fué sin dinero á la gran capital francesa. Quería seguir aprendiendo, seguir estudiando, asomarse á un mundo superior en ciencia, para tornar lleno de saber, y aportar á su nación un caudal de conocimientos tan sutiles como indispensables. En París se hacía rico el cubano Albarrán, maestro en riñones, rey de la vejiga, verdugo del gonococo. Albarrán era un gran médico, pero era un filibustero y un cursi. Peña filtró aquella personalidad por su talento castellano, y recogió la sabiduría en un vaso para tirar la cursilería al retrete. Luego, especializado ya, dueño de una experiencia formidable, tornó á España, donde ya era profesor, y languideció en Valladolid durante algún tiempo. Un día pensó que Madrid le aguardaba, como á Luis Mejía, para matar dolencias y ser querido por los dolientes. Vino. Traía poco dinero, mucho entusiasmo. Se estableció. Ya casi es rico. D. Francisco Bergamín

supo recientemente hacer honor á sus méritos grandes, dándole interinamente la cátedra de Anatomía, en San Carlos, que la inexplicable actitud de un tribunal cicatero le negase tras de haber reconocido en reiterada votación que era el opositor más idóneo.

Pero ya está sentado Peña tras de su mesita. Allí trafica con unos papelotes. Van entrando centenares de alumnos. Se oye rumorear incesantemente, en una batahola españolísima.

Hoy, Peña, se halla en pleno triunfo. Se hizo peleando cuerpo á cuerpo, desde la pobreza, sin más armas que el estudio, la simpatía y la bondad. No se divirtió con el dilectantismo culturante ni la retórica ateneística. Ha perseguido el bacilo y no la frase, y entre extirpar bien un riñón ó hacerse un « chaquet comme il faut », no vacila. Sanó á muchos. No engañó á nadie. Es alto, fuerte, alegre, buen comedor, pletórico de vida y de juvenilidad. Tiene uno de esos talentos claros y profundos que se apoderan del interlocutor por el cerebro, y unos ojos zarcos llenos de júbilo que desbordan generosidad fecunda, y nobleza radiante. Ya va en automóvil por Madrid. Tiene mujer, y procreó varios hijos. Supo cumplir con todos los deberes de un buen ciudadano yanqui, desde hacerse rico y ser útil, hasta dejar varios cachorros para que sirvan á la Patria.

—Señores — ha dicho el profesor.

Y se ha puesto á pronunciar su primer discurso, á hacer su primera explicación.

Los estudiantes, estos estudiantes españoles, acostumbrados á lo abstruso, á lo pedante, á lo soporífero, que aborrecen con justicia al catedrático, que acuden al aula seguros de no aprender nada, tras del aprobado están oyendo sin gran interés. Un alumno que penetra algo tardío, exclama, sardónico:

–Hombre, este tío discursea...

Después, cautivados por la elocuencia del maestro, y luego y sobre todo, por su fondo tan grande y por su claridad tan limpia, van oyendo encantados, deleitados, como se oye la voz de algo nuevo, que puede ser indicio de regeneración fecunda.

Yo desconozco la Anatomía, por mi desventura, esa gran Anatomía que acostumbra, como dice Peña, á describir, á organizar, y, sin embargo, yo podría jactarme ahora de saber algo. La explicación de Peña es como una lluvia refrigeradora y suave. Tiene aticismo porque, además, es ingenioso y es elegante.

Un saludo á Olóriz, otro á Bergamín. Después, una incitación al trabajo. Luego, la explicación reposada, que brota como un manantial serrano, de agua saltarina y amable. Y luego, cuando va finando el tiempo y es oportuno ha-

blarle á los discípulos de corazón á corazón, el descubrimiento de un plan admirable al que Peña se ajustará en su aula:

—Yo no pretendo imponer á la fuerza la asistencia á clase. Yo no quiero oyentes desganados. Los bancos están en clase años y años, y cuando se les arrumba por viejos, siguen desconociendo la Anatomía. Yo quiero gente voluntariosa, que acude con agrado, ávida de aprender. Yo quiero una minoría selecta. Hacer cada año un anatómico sería para mí la más decisiva da las victorias.

Sólo con este enunciado se puede concebir todo el circuito mental de este profesor joven y moderno, que no es el eterno Maese Cabra, ni el dómine incomprensible, ni el anticuado maestro de lista en ristre y palmeta en mano. Es el conductor, el guiador, el colaborador, el hermano. Entre los trescientos oyentes no busca una masa pasiva, que escuche forzada, galeotes de la rutina, cuando no rebeldes de la trapisonda. Bucea, psicólogo, en busca de los veinte, de los diez que llegaron con vocación, y aunque para todos es la palabra, se da por contento si la enseñanza sirve para uno. A este uno, á estos diez, á estos veinte, los mimará, no limitándose á explicarles la lección, sino que saldrá con ellos, tendrá por aula su propia clínica, los hospitales y sanatorios donde su bisturí raja para salvar la

vida. Inteligente, afanoso, irá, lentamente, multiplicándose en discípulos buenos, y aquella sabiduría que trajo de fuera, la irá derramando entre generaciones llenas de patriotismo y esperanza.

No ha pesado la clase. Han oído los escolares con atención y con placer. Uno, grueso, aplicado, se inclina sobre el inmediato colega, y le dice:

—Vale mucho Peña.

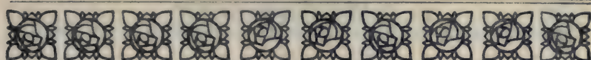
Varias cabezas asienten, mientras chista otro á quien no dejan escuchar la explicación y que anhela no perder sílaba.

Cunde un verdadero entusiasmo por el aula. Han penetrado en ella la juventud y la modernidad. Un hombre fuerte hincó su garra en el cerebro adolescente, mientras la zarpa del león se clavó en aquella mesita descuajaringada, de la que Peña hará cátedra fecunda. Parece haber entrado nueva luz por los tristes ventanales. Y así, todo lo que San Carlos tiene de vetusto, decrépito, inmundo, insociable, ramplón; la falta del horario, la hediondez del aula, estos muros feos, estas claraboyas sucias, este gran desorden y esta apatía que sufre, como un detalle de la vil administración hispana, la Escuela de Medicina, todo esto parece desaparecer ante nuestros ojos, quedando sólo un maestro que sonríe, ¡tan sabio y tan bueno!, y unos mozos que

vieron aparecer en aquel rincón algo que fascinara sus espíritus.

Acaba Peña. Y entonces, clamorosa, formidable, atruena los espacios una ovación unánime, cerrada, que se prolonga, queriendo retener la alegría intelectual del momento.

Estos aplausos habrán llegado á los oídos del Sr. Bergamín, el cual, entre las muchas buenas obras de su paso por Instrucción pública, dejó la de haberle dado á los alumnos de Anatomía un verdadero y gran maestro; á un luchador honrado el premio de una vida ejemplar; y á mí, lego en medicina, pero novicio en patria, el gustazo brutal, sensual, carnal, de ver cómo la catapulta de un compañero, por ser hombre joven, ha comenzado á aplastar la rutina, á vencer la ignorancia, á destruir, en este detalle, todo lo monstruoso que sufrimos en la vida oficial española.



GUARDIANES DE HONOR Y DE PAN

(LA POLICÍA)

Está Nazario en la plaza de la Villa. ¡Nazario! ¿Cómo elogiaría yo su entusiasmo, su perseverancia, su fe? Cuando ayer le dije: «Sabe usted, Nazario, que desearía presenciar unos exámenes de la Policía...», se me quedó mirando con gozo y con sorpresa. Luego se ofreció para acompañarme.

—¿A qué hora es? — le dije.

—A las cuatro; en la calle de Luzón.

—¿Quiere usted esperarme á esa hora frente al Ayuntamiento.

—Sí.

A las cuatro menos diez ya estaba Nazario en su puesto. Nazario es el deber, la voluntad, el optimismo y la eficacia. Sabe levantar una tonelada para lograr una molécula. No cree en el bostezo. Le horroriza la vaga literatura. Es un

espíritu fuerte que alzará sobre sus hombros un futuro y que nunca se pinchará la carne para llenarla de morfina, ni el espíritu para estropearlo con menjurges intelectuales. Sabe trabajar. Lo quiero y lo elogio.

Atravesamos la plazuela, esta vieja plazuela evocadora, llena de un sol absurdo, inicuamente veraniego; enfilamos la calle de Luzón que atruena con sus voces un buen amigo, pregonero de *El Parlamentario;* entramos en la Academia de Seguridad y subimos hasta el salón donde prueban sus conocimientos los que aspiran á pertenecer á la Policía española.

Aquí debo loaros el aspecto. ¿Recordáis aquella vieja Policía nacional, ya extinta casi? Las credenciales se daban por recomendación; es decir, se daban al más intrigante, al más necio, al más temible. El policía era, por regla general, analfabeto y pícaro. Más tenía de ladrón que de justicia y mucho más de malversador que de bien versado. Salvo naturales excepciones, nuestra honra, nuestra seguridad, nuestros intereses, se hallaban en manos tan hechas al trato con el mal, que casi confundíanse con éste. Era la Policía española una de aquellas lacras administrativas que han contribuído á la postración del país y que más difíciles parecían de extirpar.

Hoy, merced al acierto de un Ministro —¿he aludido al Sr. Cierva? — y á la perseverancia y

lucidez de otro —¿fuera adulación nombrar al Sr. Sánchez Guerra en este caso?—, la Policía es un Cuerpo que inspira respeto, estimación y confianza. Yo no afirmo que sea perfecta. Acaso algún día, cuando la vida me consienta reposo mayor, cuando mi alma esté más desembarazada y libre, ponga yo en este problema todo el entusiasmo de mi espíritu y todo el influjo de mi pluma. Aun así, ¡qué inmenso contraste el de los policías de ayer con los de hoy!, y ¡qué enorme el de los que ayer aspiraban con una carta de recomendación á tener patentes de corsario, con los que hoy acuden, tras años de estudios y de preparación adecuada, para ser los nobles, los honrados, los fieles custodios de la soberanía civil!

Veo muchachos jóvenes, bien vestidos, de fisonomías despiertas, en cuyas figuras puso la educación su pátina inconfundible. No llevan el garrote bestial ni la bufanda plebeya. No vienen de la ventura. Vienen del hogar decoroso, y quieren ganarse hidalgamente su vida en una de las funciones más santas, ¡más santas!, ¿entendéis los majaderos pudibundos?

Cuando he llegado, están ya los examinadores en su puesto. El salón es largo y sencillo. Un retrato del Rey. A manera de friso los escudos de todas las provincias españolas. En los banquitos, ocupados todos, callan, respetuosos y

algo pusilánimes, los que han de soportar la prueba. Yo logro una sillita cercana al Tribunal. Desde allí voy presenciando un examen.

Ha sido llamado el Sr. Rodríguez.

—Don José Antonio Rodríguez—dijo una voz.

Hízose pavoroso silencio. Un hombre de veintisiete años subió á la silla patibularia. Vestía de gris y estaba pálido, terroso, como en un desafío á muerte. ¡Pobre! ¿Sabéis cuánto habrá soñado ese hombre con este gran momento? ¿Vivirá en una provincia remota? ¿Existirá en Madrid, zumbricado en cualquier callecita melancólica? ¿Cómo habrá estudiado este luchador? ¿Cuántos amores no penderán de la plaza conseguida? ¿Tiene mujer, hijos? ¿Hay una madrecita buena y cana que estará esperando en el pisito cuarto, asomada al balcón, para leer en los ojos de Pepe la suprema alegría.

Yo comparto con este hombre su palidez y su zozobra. Yo no sabría examinar. Yo los aprobaría á todos, á todos, y si fuera Ministro ampliaría las plazas hasta donde llegaran los hombres de bien.

Al Sr. Rodríguez le ha cabido en suerte una lección que ya conozco, una lección de Derecho, una lección que no es futesa: el orden público. Se queda pensativo un momento. En su frente hay una costra de miedo. Tiembla su pulso. Yo temo que vaya á caer este infeliz víctima de su

incertidumbre. Pero no. Respiro... Mi amigo Rodríguez—yo aspiro á la amistad de ese mozo que ostenta inclinaciones honradas y hábitos de laboriosidad—no tiene más que miedo fisiológico. No tiene miedo cultural. Sabe la papeleta. ¿Oís? Ya dice su lección cada vez con mayor aplomo.

Pasado mi estupor — también he sufrido el horror de un examen cuando hice oposiciones —, puedo ya contemplar la escena. Preside el Tribunal D. Carlos Blanco. Es menudo, calvo, la mirada inteligente, gafas y bigotito negro. Tiene alto rango en la Policía y atrae por su continente perspicazmente bondadoso. A su derecha está D. Alvaro de Juana, algo Méndez Alanís, con sus bigotes y su barba, que atusa el esmero, quevedos sin armadura, aspecto distinguido. A su izquierda hace rayitas, urde notas, D. José Domínguez Manresa, como el caballero anterior, policía de eminente situación, hombre de cimentado prestigio.

Yo los miro con viva curiosidad. ¡Son el arcano de tantas familias, el pan de tantas bocas, la esperanza de tantos sueños! Me han dicho que estas oposiciones se hacen con absoluta justicia, que no influyen para nada en la resolución del Tribunal ni compromisos, ni presiones, ni granjerías. Por ello felicito á estos jueces. ¡ Qué infamia, hacer caso de una villana carta en la que se recomienda á un inepto ! ¡ Qué zarpazo so-

bre la inocencia! ¡Qué veneno sobre el estímulo! ¡Qué canallada tan atroz, tan fría, tan proterva, tan irreparable! Inclinado al perdón, yo castigaría de un modo implacable al anarquista legal capaz de arruinar el corazón sano de un estudioso, posponiéndolo á la cínica sonrisa triunfadora de un recomendado. ¿Y el venal? ¿Qué pena se os ocurre contra ese delincuente misterioso y horrendo, que va destruyendo la felicidad de los hogares sencillos y la conciencia de los hombres honrados?

El Tribunal que decide en la Policía es un Tribunal bueno. Así dice el rumor público. Bendiga Dios á estos hombres, el Rey los premie, el pueblo los aplauda.

Mas nos habíamos puesto serios en demasía. Se examina nuestro amigo Rodríguez. ¿Qué tal? ¡Oh, muy bien! Nuestro amigo Rodríguez sabe su lección. Ha definido los delitos contra el orden público; ha diferenciado la rebelión de la sedición; ha citado los casos, todos los casos en los cuales se cometen delitos de este jaez; sabe lo que es un tumulto, y no ignora cuándo y cómo debe intervenir la fuerza; ha definido también las faltas, y las ha enumerado citando la ley de Orden público dada en 23 de Abril de 1876; conoce cuándo está una ciudad en estado de guerra, qué trámites requiere esta declaración, y ha llegado hasta la sutilidad.

—Para que se declare el estado de guerra en una ciudad donde se halla el Rey, es preciso que se determine esa declaración por Consejo de Ministros.

¿No sentís admiración? ¡Cómo ha evolucionado la psicología española! ¿Qué sabría uno de aquellos antiguos polizontes acerca del orden público? ¿Qué concepto tendría del delito y de la fuerza? ¿Con qué grado de preparación legal acudiría á la defensa ciudadana? Y ahora ya lo véis: este aspirante conoce las leyes de su nación, las ha meditado, las ha digerido, las siente, supo incorporarlas á su esencia misma; y, por eso, adaptado á ellas, cuando las protege no es un burdo garrote que os apabulla, sino un noble ciudadano que os ampara. Españoles, en la intensa evolución que viene haciendo España hacia el progreso, hacia el verdadero progreso, hacia el inconfundible, hacia el único, esto es, hacia el bien y la verdad, la Policía tiene un puesto de honor.

Ha terminado el Sr. Rodríguez su examen. Bebe un sorbito de agua. Se arregla la corbata en un movimiento instintivo. Se queda mirando, respetuoso, algo infantil, al Tribunal, como buscando en aquellas fisonomías herméticas la sentencia obsesionante. Luego, despacito, se alza, atraviesa el salón, y se va...

¿Dónde? ¡No lo sé! Pero estoy seguro de que

alguien, alguien, una mujer vieja, una mujer joven, una mujer siempre, esperan allá, en el balconcito modesto de la calle silenciosa, con el corazón saltando como un jilguero asustado, con los brazos dispuestos á recoger el triunfo de un perseverante.

—¿Qué tal? ¿Bien?

—Sí... Bien...

Y bajará del cielo hasta el balcón ahora florido, un rayo de luz. Y en este rayo, cabalgarán la promesa del pan seguro, de la conciencia tranquila, y acaso la visita de un hijo.

Rodríguez, hermano Rodríguez, si es usted policía como espero, sea bondadoso, culto, amable, haciendo generosa á la ley. Pero si un ladrón, si un seductor, si un asesino se cruzan en su senda, que teman, que tiemblen.

Había subido á la sillita otro examinando... Bebió agua... Empezó á decir... Abandoné el salón.



LOS CAUTIVOS DE FIGUERAS

(EL PENAL)

Llueve... Vamos subiendo la cuesta empinada, hacia el presidio. Aunque difuminados por la lluvia, aún se ven los contornos inmensos del paisaje.

—He aquí el Ampurdán.

Y espaciando la mirada codiciosa por el ámbito, veo el cabo de Creux cómo avanza sobre un mar plúmbeo. No se columbran las barquitas grácıles, hendidas las velas mediterráneas por la brisa rizadora, tan leves y tan amables, entre los islotes risueños de Garraf. Se ve la mole gris, que parece el rabo colosal del Pirineo. Este, multijiboso y trágico, nos separa de Francia en una barrera infranqueable, definiendo nuestra nacionalidad. ¡Oh, aquí se observa mejor aún que junto al Bidasoa lo absoluto de nuestra planetaria autonomía! Que este gigante granítico,

igual hoy á como fué cuando el hombre vivía en la caverna, inalterable, impertérrito, es como un rizo imperioso, como una ondulación categórica que hubiera separado para siempre á dos razas. El pastor, el nómada, retrocederían aquí en sus excursiones. Aun hoy sólo podemos ir á Francia oradando al titán en sus entrañas mismas por dos sitios: Port-Bou, Canfrac. Pirineo... tú eres el signo que Dios nos ha dado para definirnos como estirpe. ¡Sea bendita esa mudez inexorable de tu mole!

Seguimos avanzando cuesta arriba.

—¿Nos dejarán ver el presidio?—interrogo con cierta vacilación.

—Seguramente—me dicen.

Ya se ven las murallas. Trepamos aún durante quince minutos. Al fin, cruzando puentes que fueron levadizos, arcos donde ya faltan las puertas, torres no artilladas, llegamos á la siniestra cancela, é intentamos pasar.

—¿Qué desea usted?—díceme un vigilante áspero y desapacible, acostumbrado á tratar á la humanidad con rigor, al ver la altanería con que yo intento pisar el astrógalo.

—Deseo ver el Penal.

Dados mi santo y seña, visto al director, señor Quintas; recabado el permiso, entro en el presidio famoso, acompañado por el Sr. Morcillo, ayudante primero, abogado, muchacho de un

entendimiento y de una ilustración que me admiran y sorprenden.

No tengo licencia para ir al patio mismo, al taller, á la escuela donde viven los reclusos. Sólo podré verlos desde la terraza. Aun así, ¡qué emoción tan grande, cuando asomé los ojos al horror de esas vidas!

Figuráos... Son dos, tres patios inmensos, recorridos en uno de sus lados por claustros, donde asoman sus puertas la alcoba y el taller, zaquizamíes, zahurdas que inspiran espanto. Estos patios están allá, en lo hondo, á diez metros de la azotea. Ni una ventana, ni una escalera en aquellos muros altos y lisos. Coronando la terraza, garitas por las que asoman machetes de fusiles, y por las que se dibuja el perfil severo de los centinelas. Y abajo, ochocientos, novecientos hombres vestidos de pardo, de una tela franciscana, monacal; tocados con el gorro carcelario; rasurados todos; unos, friendo nauseabundos guisotes; otros, tendidos en una actitud de indolencia triste, con la desesperanza y la inmovilidad del saco en abandono; alguno, mirando fijamente, obsesionadamente, las nubes libres que se van hacia allá, ¡hacia allá!...

Yo no he sentido nunca una emoción más intensa. La guerra tiene una tragedia movida, vocinglera, detonante y heroica. La catástrofe aterra; pero sacude, vigoriza. La muerte misma, aun

cuando llegue tácita, sorprendiéndonos, horrorizándonos, al pasar nos deja la consoladora sensación de aquello que se fué. Esto, esto, la quietud de los patios, el silencio fatídico que aquí existe, la resignación que flota en todo, ¡la cadena perpetua!, ¡ver cómo el crimen perdura desde Caín, y cómo Dante no supo darnos siquiera una parva evocación de lo horrendo; ver cómo el dolor puede ser tan largo, el dolor de una humanidad que jamás aprenderá á no delinquir, el dolor de unos hombres que nunca saldrán de este horrible antro; ver todo esto, el viejo de la mirada carnicera (un parricida), el joven de la faz inmunda (un pederasta), el cazurro de gesto gazmoño (un estafador), el jayán bien plantado (un bandido), el que bebió la sangre de su madre porque cortó una col de su huerta, el que violó á su hija, el que robó cadáveres, el que falsificó moneda, el que puso bombas que asesinaron á niños inocentes, todo esto me deja como atónito, como aplastado, en una impresión tan desconsolada, que sólo me permite retorcer mis manos de pena...!

Y, sin embargo, estos hombres no están coléricos, ni están melancólicos. Viven... Dos que van paseando, cuchichean y ríen, ríen humanamente, hasta dijera que con júbilo.

—¿Quiénes son?

—Dos homicidas.

—¿Años?

—Veinte.

—¿Les faltan muchos que cumplir?

—Diez y seis.

¡Diez y seis años en este lugar, durmiendo allá, en aquella caverna, sin ver más que estos muros amarillos y estas nubes que pasan! ¡Qué espanto! Uno, si — cosa imposible, absurda, monstruosa—delinquiera, y fuera traído aquí, ¿cómo podría resignarse á ser un presidiario, á vestir ese sayal, á soportar el deshonor y el cautiverio? Uno piensa con horror, como al través de una pesadilla, en tal quimera, y sólo se le ocurre matarse.

¡Matarse! ¡Ca!... Vedlos. Están en grupos, y se enristran chanzas. Van, vienen como tigres en su cubil; duermen, comen, y aun ríen. ¡Abyectos!... Carecen hasta del dolor que nos redime y del remordimiento que nos engrandece. ¡Oh, sér humano, escoria miserable, gusano asqueroso, sér el más hediondo que puso Dios en el universo, azote de la justicia y del amor, chacal sin colmillos, víbora sin disculpa, buitre sin hambre! ¡Oh, sér humano, la más despreciable de las bestias planetarias!

Pero, no blasfemes de tus hermanos, hombre que eres, carne de su misma esencia. Que si esos hombres de aquí, y algunos de allá, son esto, en cambio, puso Dios á tu lado á una mujer

todo bondad, y á mil mujeres todo gentileza y virtud, y á otros hombres que saben morir por la Patria, sacrificarse por la Ciencia, entregarse, íntegros, al amor, por el misticismo. No, no blasfemes, que aquí mismo, á tu lado, este ayudante que te habla con tanto cariño de sus presos, que es un maestro, un educador, y no un cómitre, prueba cómo el humano corazón no es sólo de cieno.

—¿Tienen ustedes muchos reclusos célebres?

—Algunos hay. Aquí está el «Chato de Cuqueta», y Gamarra, y un marqués, y el bandido gallego Mamed Casanova.

—¡Mamed Casanova!—exclamo, permaneciendo meditabundo durante un momento. Recuerdo que Prudencio Canitrot escribió un cuento narrando líricamente sus hazañas. Prudencio Canitrot, el poeta, el bueno, el sencillo, el incruento, murió... Y este facineroso, enterrado en vida, corroído que debiera estar por sus crímenes, alienta aún. ¿Por qué? ¿Por qué alienta? Y, al pensar en estas injusticias del caos ciego y estúpido, aún estoy mudo largo rato, meditando en el pobre novelista de los ojos de niño.

—Ahí va, ahí va—me dice el ayudante—. Es Mamed Casanova.

Pequeño y flaco. Lleva un plato con yantar en sus manos que profanaron á los muertos. Sus ojos, azules, se me quedan mirando sin expre-

sión. Después sigue su marcha hacia un apartijo, y se pone á comer.

Seguimos contemplando el patio misterioso. ¡Qué seres horribles!

—Aquel de la mirada cínica, es el de la col.

—¿El de la col? Ya me ha dicho usted... Refiérame...

—Vivía en una aldeílla con su madre y con un hermano. En su huerta creció una col muy frondosa, que era la envidia del lugar, y sobre la que pesaba la amenaza del robo. «—Te la hemos de cortar».— le dijeron algunos mozancones —. «—No habrá un valiente—respondió el hortelano—, porque juro que al que me corte la col, he de comerle los hígados.» Cundió la bravuconada, y hubo quien intentó la hazaña peligrosa. Al fin, la madre del foragido, temerosa de que, por cabezonada, hubiera quien cortase la col, y que, por cabezonada también, cumpliera su hijo la sentencia, la cortó ella misma. Cuando el energúmeno llegó á su casa y vió aquel estrago, sabedor de que su madre había cortado su preciada hortaliza, la mató, le abrió el vientre, cortó el hígado, lo frió y lo mezcló en la paella. El hermano menor, ignorante, asistió al monstruoso festín.

Con su mirada cínicamente idiota, el parricida, que parece habernos escuchado, se vuelve para mirarnos un punto.

—¿Ve usted aquel de los zapatos coquetos? Es un invertido. En Sevilla le llamaban «La Tomasa».

—¿Qué hizo?

—Matar á un hombre en una taberna, por veinte céntimos.

—¿Y aquel otro de las gafas?

—Un falsificador. Tiene unas manos habilísimas. Vivía en Valencia, y quiso ir á Barcelona. No tenía dinero. Fué á la estación, y allí pidió á un viajero que le prestara su billete. Lo estuvo contemplando cinco minutos. Al cabo de media hora, aparecía con un billete idéntico, que le sirvió para ir á la ciudad condal.

—¿Por eso está en presidio?

—No. Hizo horrores.

Permaneció el Sr. Morcillo en silencio durante un instante.

—El delito es muchas veces una inversión de las aptitudes. ¡Ese ingenio empleado en el bien!...

—¿Quién es aquél—dije de pronto—que lleva una bufandita, y que tiene aire distinguido?

—Es Gamarra, el de la calle de Gravina. Fué, antes de cometer su crimen, capitán del Ejército. Un día asesinó á la sirviente de su hermana para descerrajar libremente un armario. Se lavó las manos, y se fué á una orgía monstruosa, de sodomitas, donde gastó aquel dinero.

Lo escruto con horror. Es alto, delgado, fino. Camina con cierta elegancia, y se mezcla entre los foragidos, para cuchichear.

—¿Se aviene ese hombre instruído al consorcio con los demás presos?

—Sí. Es un irredimible. He hablado con Gamarra varias veces, y siempre me dice: «—No se esfuerce usted... Soy un perfecto canalla. Merezco estar aquí. Si saliese, volvería á mis aventuras. Soy un absoluto miserable.»

Más allá, sentado en una banqueta, apoyado el codo sobre la rodilla, meditabundo, hay un joven de aire intensamente doloroso.

—¿Quién es?

—Puso una bomba en Málaga. No ha confesado su crimen. Sigue afirmando su inocencia.

—¿Son muchos los que niegan siempre?

—Pocos. Y los que niegan, lo hacen por alucinación. Mintieron tanto, que ya formaron de sus recuerdos y de su mentira un solo sentimiento morboso. Por regla general, no sólo confiesan, sino que se jactan, exagerando los detalles de sus crímenes. Estos son los delincuentes natos de Lombroso.

No he sentido jamás impresiones tan dislacerantes. Parece como si mi corazón fuera un acerico donde se clavasen los más hórridos dolores. El infierno debe ser así. Fratricidas, ladrones, invertidos, todos ellos mezclados, eter-

namente quietos, sosegadamente inmutables, devorados por la tragedia en el silencio del tétrico abismo.

Mas las impresiones cruentas han durado poco. Que otras emociones han venido á confortar mi alma prontamente.

—¿Es difícil mantener el orden?

—No. Para novecientos presidiarios tenemos seis vigilantes. Y algunos, son ancianos. Ya los ve usted...

Son viejos por regla general. Llevan un bastón, y escondida, la pistola, de la que no hacen uso. En su redor, como fieras en cubil, se agitan casi un millar de chacales.

—Y eso, ¿cómo lo han conseguido ustedes?

—Con el amor.

—¿Nada más que con el amor?

Hombre, claro está que hace falta apoyar este amor en los centinelas, pero yo le aseguro que la cura moral no es una utopia. Algunos, se resisten. Son los depravados. Casi todos obedecen á la corrección, á la educación y á la dulzura. Tienen un taller, donde trabajan como carpinteros, herreros, zapateros. De lo que ganan se les entrega una parte, reservándoles la otra para cuando cumplen su condena.

—¿Estudian algunos?

—Sí. Tienen una escuela, y suelen demostrar buen comportamiento y afición á instruirse. En

la biblioteca leen diferentes libros. Los de usted son bastante solicitados.

—¿Cuáles?

—Especialmente, las biografías de hombres ilustres.

—¿Qué genero de literatura suelen codiciar?

—Según. Los asesinos gustan de las novelas románticas. Los estafadores prefieren el estilo picaresco.

—¿Son frecuentes las riñas, los escándalos?

—Rarísimos. Ya ve usted qué silencio reina y qué orden cunde.

—¿No salen jamás de aquí?

—Jamás.

—¿Escriben?

—Y reciben correspondencia diaria, sometida á censura, como es lógico.

—¿Ven á sus familias?

—Tienen un locutorio, al que pueden bajar dos veces por semana. Algunas familias de presos se trasladan á Figueras. Hay una gitanilla que viene al Penal todos los días para traerle chucherías y tabaco á su marido.

—¿Quién es él?

—Un asesino.

—¿Mató?...

—A su madre.

¡Oh, qué trágica la figura de esa gitanilla que adora á un parricida! ¡Oh, qué espanto!

—¿Quiere usted oirles hacer música?—exclama, súbito, el inteligente ayudante.

—Sí. Pero ¿hacen música?

—Y les gusta mucho. ¡Oh!, no crea usted... Son muy sentimentales. Hay uno que cuida pájaros y flores, y que lloró porque una vez le desgajó el viento su mejor rosa. Había matado á su hermana.

Pero el Sr. Morcillo ha dado una orden al vigilante más próximo:

—¡Que venga la banda!

Y van llegando los reclusos, con el clarinete, el saxofón, los platillos, el bombo. Gamarra toca el bombo. Hermenegildo Rull, el de las bombas, va y viene con los papeles de música. De pronto, hiende el aire una tocata de café-concierto. ¡Si viérais qué triste resulta!

Rancho... Los novecientos hombres se alínean con sus platos y cucharas. Van llegando al enorme perol y van llenando los platos rebosantes y pingües. Luego, gozosos, se van distribuyendo por los rincones, y se van poniendo á yantar. Cae la tarde. Las nubes, que se deshacen en menuda llovizna, siguen cubriendo el cielo. Hace frío. Mamed Casanova, con sus ojos azules, gélidos, parados, inconscientes y terribles, ojos que buscaron en las fosas el joyel sagrado, y que escrutaron en los bolsillos del recién asesinado el oro de la feria, nos miran con malicia insis-

tente, ignoro si con la cazurrería del raposo, si con la meditación glotona del tigre.

—Vámonos—dice alguien.

—Vámonos.

Y salimos. Aún vemos la cocina, y aún nos ponen los presos ya libertos unas florecillas de pan en la solapa. Todavía hacemos algunas preguntas.

—¿No sería mejor que se les llevase al campo, que hicieran carreteras, pantanos, labores agrícolas? Serían útiles á la sociedad, y no sufrirían este cautiverio.

—Es posible. Y no habría temor al motin. Están resignados. La escuela y el taller van dulcificando sus temperamentos brutales.

Esto me causa una sedante impresión. Ya no son los presidios aquellos antros de tormento y maleficio de que nos habla la novela picaresca. Antes se miraba al penado como á un sér inferior al animal, sobre el que podían ensayarse todos los aparatos de martirio. Ahora, estos funcionarios educados, entre los cuales yo destaco al Sr. Morcillo, abogados, criminalistas, intelectuales, verdaderos médicos del alma, ven en el Penal una clínica, y, más que vengar, corrigen, y, más que tundir, educan. No soy yo de los que aspiran á trocar el presidio en un edén. Habría delincuentes por gusto y por mejora. Pero tampoco soy de los que ven en el penado á

un galeote. Creo que se les debe apartar, como se aparta al leproso, porque constituyen un peligro social. Creo también que, así como al leproso se le cura, debe curarse también al homicida y al ladrón. Para los incurables, en uno y otro caso, está la muerte.

Salimos. Chirria la cancela, la fatídica, así que hemos pasado, ¡ esa cancela que se abrirá para tan pocos !... Cuando llegamos al aire libre y vemos el Ampurdán, todavía crepuscularmente luminoso, risueño, en el que verdea la primavera fecunda, sentimos una melancolía recóndita. Hay seres que no verán nunca estos campos. Hay seres que renunciaron para siempre al cielo amplio, al libre sol, á la mujer...

Lector, sea quien fueres, cuando sientas en tu alma cómo se rebullen las pasiones — ya que somos de barro — , la pasión codiciosa, iracunda, vengativa, la que nos arrastra, como ola formidable, al delito, piensa en que allí, en aquel castillo trágico ha impuesto la justicia social unas mazmorras. Y piensa también que por encima de esas mazmorras, y más horribles que su lobreguez, que su silencio, que su eternidad, está el dolor incesante de haber delinquido, la mezcla de angustia resignada y de atormentada imbecilidad que vive en los ojos de Mamed Casanova.

—¿Se siente usted filósofo? — dirá el que le-

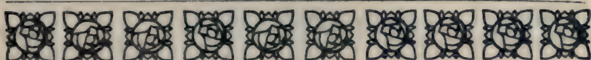
yere—. ¿Nos cree usted criminales?—arguirá el que comentase.

—Sí, lector; me siento filósofo, que no hay nada que nos haga más humanos, más humildes, menos creyentes en la soberbia de nuestra mezquindad, que la visión de aquello tan protervo á lo que puede llegar el hombre.

Penetramos en Figueras. Poco después el tren me conducía á Perpiñán. Cientos de gentes enlutadas por la guerra, iban y venían con aire doloroso, angustiado, embobado... En el hotel, cuando abrí los periódicos de mi nación, leí confuso, que alguien había denunciado un escándalo nuevo, que tres ediles de Madrid eran acusados de ladrones.

En mi pesimismo, en mi dolor, no supe, si al tornar á Figueras algún día, exclamaría yo una de estas cosas:

—Salid... Estrechaos...



HACIA LA REGENERACIÓN...

(BARCELONA)

AYER

El día 11 de Marzo de 1908 visitó D. Alfonso XIII, Rey de España y conde de Barcelona, por cuyas venas bulle la sangre de Fernán González, de Jaime I y de Ramón Berenguer, un enorme solar y algunos incipientes edificios.

Aconteció en la capital de su vetusto y egregio condado, allí donde siempre florecieran el ingenio y la osadía de los mercaderes, de los industriales y de los navegantes más preclaros. El conde de Güell recibió, con todo acatamiento, al Monarca. Don Luis Ferrer y Vidal, dióle albricias. Don Augusto de Rull, expuso ante el Soberano la idea que les moviera á fundar la Escuela Industrial de Barcelona, el plan que meditaran seguir, toda la suerte de beneficios que podría reportar á la nación española tal empresa. Don Alfonso, Rey de Iberia, conde de Barcelona, que

si es andaluz en el Alcázar de Sevilla, sabe ostentar en Cataluña un antiguo gesto de príncipe, amigo de traficantes honestos y de trabajadores bravos, escuchó con deleite las soflamas. Su primer ministro, D. Antonio Maura y Montaner, dijo, en nombre del Rey, cuánta era la cordial satisfacción augusta.

Y, realmente, ¡qué hermoso aparecía el proyecto!

En la afanosa Cataluña, gloria patria, emporio de la creación y del trueque, que se levanta con Valencia y con Vasconia mostrando al orbe la obra industrial y la obra mercantil de Iberia, faltaba algo definitivamente grande. Era necesario que todas las energías dispersas se concretaran y que, fundando una gran Escuela de producción fabril, no sólo tuviera símbolo el progreso catalán, sino que sirviera para iniciar á los mozos en el amplio tecnicismo, constituyendo generaciones capaces, no sólo de competir con sus análogas de otros países, sino de aventajarlas y rendirlas.

Era preciso fundar una Escuela Industrial, pero no una escuela cativa, rudimentaria, sostenida por el Estado, y á la que enviaran los politicastros algunos profesores inútiles, moldeados en cartas de recomendación. Había que fundar algo muy grande, de horizontes inmensos, con miras á la conquista del orbe, autónomo, perso-

nal y formidable. Se darían tres enseñanzas. Una, elemental, para obreros; otra, media, para capataces; y una tercera, superior, para ingenieros, fabricantes, hombres de genio y de trabajo. No se harían oposiciones á la hora de proveer las cátedras. Se buscaría lo mejor del mundo, y se traería, costare lo que quisieren... Se compraría una fábrica ya en monta, y se ampliaría hasta la saciedad. Viviria todo bajo un gran patronato. La escuela tendría una subvención de España y otra de Barcelona. Las matrículas pagarían el resto. Si era preciso llegar al derroche y aun al abuso del crédito, nadie se arredraría. Había que demostrar para siempre, de un modo terminante y definitivo, que Cataluña sabe hacer las cosas á lo yanqui, y que dentro del territorio español hay cerebros y corazones y manos tan lucientes, atrevidos y afanosas, cual son aquéllos y aquéllas que hicieron á la Yanquilandia fuerte.

Ignoro si brilló el sol aquel día, y qué menudos acaecimientos sucediéronse. Lo que sabe la pluma que ahora escribe, es que aquel día, reunidos en Barcelona un conde augusto, unos altos caballeros, unos sabios y prudentes menestrales, y unos obreros dignos de recorrer el mundo con Roger de Flor, sembraron en el gran surco fecundo y antiguo la simiente de un mañana glorioso.

HOY

He subido á un coche y he dicho:

—A la Universidad Industrial.

El auriga conoce el sitio, pues nada más inquiere. Recorro largas y elegantes vías, y llegamos á la calle de Urgel. Desciendo. Llueve. Un portero muy amable—también el catalán es amable y aun ceremonioso, pese á Cambó—, háceme conducir junto al secretario de la Escuela, Sr. Llavería.

—Soy un enamorado de Cataluña y un creyente en España. ¿Quiere usted enseñarme la Universidad?

El Sr. Llavería no puede acompañarme. Eso ha dicho, abrumado, mostrándome unos legajos que se agolpan sobre su mesa. Alguien me conducirá, aun así:

—¡Antonio!—ha gritado.

Antonio, un ujier sin uniforme oficinesco, ha surgido. En catalán, el Sr. Llavería, le ordena:

—Aunque ya no es hora de clase, este señor desea ver el local. Enséñele todo cuanto quiera, y atiéndale en todo cuanto guste.

Saludo, cortés, al amable Sr. Llavería, y en compañía de Antonio, recorro esa maravilla de genio, de cachaza, de orden y de progreso, que se llama la Escuela Industrial.

¡Con qué admiración tan profunda, tan inmensa, contemplo á Cataluña, lector! Cataluña no tiene de nefando sino alguno de sus políticos, esos mediocres ambiciosos que inventaron una rebelión para consagrarse y para merodear. Pero esa es la dolencia española. Y aun así, entre el político á la catalana y el político á la... madrileña, ¡hay una diferencia tan grande!

Cataluña no tiene más defecto que alguno de sus políticos en auge. Por lo demás, y prescindiendo del separatismo, esa necedad extinta y no sentida jamás por el pueblo, ¡qué hermosa, qué trabajadora, qué inteligente, qué noble y qué grande!

Cataluña, con Vasconia, es el rescoldo caliente y vivo que nos resta de aquellas luminarias ardidas hasta Felipe II, cuando toda España era así, trabajadora, industrial, mercantil, audaz. Sobre Cataluña no se ha ejercido el despotismo central con tanto encono como sobre otras regiones. Más lejana y más arisca, resistió con denuedo la invasión de lo afrancesado, de lo oficinesco, de lo demoledor. Mientras, para levantar Ejércitos que guerreasen sin provecho, y Armadas que se tragase el mar, se mataba, en fuerza de gavelas, el estímulo; mientras, para sostener el imperio absolutista y extranjerizante, se iban cercenando las libertades patrias; mientras se iba dejando yerma á Castilla, agobiada á Ga-

licia y á Andalucía famélica, Cataluña, pirenáica y mediterránea, en un extremo, y en un extremo que mira hacia las tierras clásicas, con una historia ilustre y una cimentación hercúlea, supo resistir, ostentando fuerzas de titán, la invasión desoladora que naciera en Madrid, no por castellana, sino por embrionariamente central, y quiso mantener encendida la brasa, aunque oculta entre cenizas, del genio español. Cataluña hizo bien cantando « Els segadors » y blandiendo las hoces. No las alzó contra Castilla, ¡la pobrecita Castilla, la hidalga!, sino contra la tiranía en Madrid enseñoreada, y desde Madrid esparcida, la que fué asesinando libertades y fueros para hacerse temible, y riquezas y veneros de trabajo, industrias, esperanzas, energías, por consecuencia lógica. Yo no creo que Cataluña sea antiespañola. Es anticentralista, aborrece el despotismo, detesta la covachuela socaliñera y caciquil, abomina del Conde Duque y de Godoy. Cataluña es la región más española de Iberia. Es la que se conserva más pura, más auténtica, más autóctona. Yo creo que « Els segadors» debiera ser un himno nacional cantado en Castilla. No es el grito contra la meseta hidalga, la desangrada por el absolutismo. En su degeneración, acaso algún zafio pueda sentirlo. No creo que el Sr. Prat de la Riba sea tan ignorante que desconozca esto. El catalán no quiere

mal al castellano. Lo ama, lo enaltece. Es hermano suyo. De lo que huye con furia el catalán, es del sistema político seguido desde Madrid por Carlos I, que muere oficialmente con el motín de Aranjuez, y del que hoy, pese á la orientación de una excelsa Monarquía que gime como paloma en puño bajo las garras de una administración criminal, todavía nos queda el vicio y el resabio.

El día en que toda España sea Barcelona y San Sebastián, España se habrá salvado. No porque los españoles de otros pueblos sean inferiores á guipuzcoanos ni á barceloneses, sino porque se habrán recobrado á sí mismos, porque no tendrá como único horizonte el destinejo regateado desde Madrid, porque Madrid, en vez de ser el centro moral é intelectual de España — hablo del Madrid cancilleresco—será únicamente lo que debe ser: una gran ciudad parlamentaria, capital donde se asiente el trono. La savia vendrá á ella. No irá de ella á provincias. Gallegos, andaluces, vascones, catalanes, portugueses — que mi amor aguarda la hora sublime de asistir al abrazo que se den Barcelona y Lisboa sin sentirse brutalmente madrileñas, — tendrán sus afanes propios, su iniciativa propia, su administración municipal y provincial propias. Ese día, Iberia se habrá reencarnado. Ya no será un país heterogéneo uniformado por el absolu-

tismo. Será un conjunto de regiones distintas que tendrán un solo amor: España, y un solo brazo: el Rey.

Voy caminando por estos enormes edificios como se anda por el templo. Inmensos talleres donde aprenden centenares de hombres una industria espléndidamente sentida. La sensación de lo invasor se advierte. Hay aquí vaho de Nueva York, de Liverpool, de Hamburgo. Se fabrican tapices de un clasicismo delicioso, y se imbuye á los aprendices en el gran tecnicismo europeo. Hombres, al parecer toscos, os hablan con una seguridad y una sutilidad que sorprenden, y que le avergüenzan á uno por su ignorancia. Aquí no se preparan literatuchos atrasados, hombrecillos enclenques, yertos por la envidia, traidorzuelos con tópicos poéticos, malos soldados, peores varones, gentezucha degenerada. Aquí se crean falanges de obreros, capataces y directores avezados, instruídos, peleadores y fuertes. De estas aulas se sale para los grandes conceptos. Hay que aventurarse en la vida, no guardar la onza, prodigarla en largas empresas, desafiar lo adverso, ser de una robustez inmensa para el trabajo, y salirle á uno de los redaños ser rico... Pero no serlo por la socaliña, la estafa encubierta, el picapleiteo..., sino honrada y noblemente, produciendo, creando. Ni la renunciación ante la media tostada, ni el ojo lidivinoso ante

el enjuague concejil. ¡Puach!... Trabajo, resistencia, osadía.

Estoy encantado, seducido, en estos museos, laboratorios y talleres. Me parece que asisto al resurgir de España, visto en apoteosis real. ¡Cuánto se ha trabajado ya en Iberia, y qué firmemente! ¡Qué inepto el que no asocie su colaboración á esta gran obra! ¡Qué imbécil el que no vea en Barcelona sino á Lerroux y el «Edén»!

La impresión más honda que tengo, aun así, de todo esto, con ser muchas y ser grandes, fué la advertida en el Laboratorio. Había allí un conserje. Este conserje es todo un símbolo. ¿Vosotros conocéis el tipo de un conserje que ame su oficina? Todos suelen estar en ella como esclavizados. Vedlos sentados perezosamente, leyendo algún diario radical, apurando la colilla, renegando del Gobierno, aduladores con el poderoso, brutales con el infeliz. Este conserje, no. Este conserje está enterado... Este conserje siente la gran obra que en su redor bulle. Este conserje me lo ha ido explicando todo como un profesor:

—¿Quiere usted ver la habitación donde están los microbios?

Yo entro allí como anonadado. En sus caldos, á una temperatura uniforme, están la lepra, el tifus, el cólera, la peste, el cáncer, la tisis, la sífilis, el escorbuto, la viruela. Sólo con que uno de

estos frascos se esparciera bastaría para destruir á Europa. Hay una luz menguada é íntima en el saloncito. No me atrevo á levantar la voz. Temo que alguno de aquellos demonios que se mecen en su averno artificial, se soliviante y me prenda.

—Y, ¿están ahí, entregados á usted?

—Claro está.

Permanezco durante un momento contemplando al conserje. ¿Qué Rey tiene Ejércitos más poderosos? ¿Quién dispone de una fuerza igual? Y, sin embargo, en las manos honradas y nobles de este obrero, pueden vivir su vida latente y científica, sin que ofrezcan peligro, aquellos microbios, horrendos que son todavía, cebándose en la carroña humana, azote y estrago.

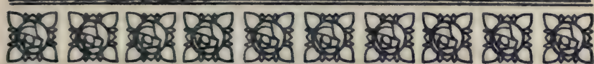
He acabado de ver la Escuela industrial.

MAÑANA

Cataluña está á la cabeza del país en este respecto. Mas no es sólo en Cataluña donde resplandece la industria. Vasconia y Valencia corren á su zaga. Sevilla refina aceites bajo la Giralda reídora y torera. Galicia y Asturias sacuden sus hombros vigorosos. Castilla y Aragón están labrados. Mi oído escucha en sueños la sirena de los barcos que salen de La Coruña en las no-

ches de luna y el silbido de las fábricas que son centinelas en Igualada y Sabadell, y el canto de los lagares manchegos, y el trepidar formidable de las máquinas que rujen en Bilbao, y el crujido que tiene la costra brava de Castilla cuando la viola el rejo. Mi oído recoge estas notas dispersas, magníficas, y con ellas forma una sinfonía que mis torpes dedos no saben interpretar en el piano, mas que mis labios de poeta quieren lanzar en un canto de triunfo.

España, España, la conquistadora, la aventurera, la romántica, ¿quién ha osado afirmar que no tienes el secreto de la industria, y que eres una perezosa del arte? Cueros de Córdoba, hierros de Salamanca, sedas levantinas, tejidos catalanes, espadas de Toledo, alzáos ante esa blasfemia con ímpetu, y demostrad al mundo, como ya lo demuestras, ¡oh, tú, Escuela genial de Barcelona!, cuánta es la indignación de vuestra potencia creadora y augusta.



OPINIONES ILUSTRES

Para cerrar este libro he solicitado opiniones ilustres acerca del problema cultural español.

He aquí las respuestas obtenidas:

Todas ellas vienen de exministros que siguieron la Instrucción pública. A todos agradece mi espíritu su grata intención.

Dice Esteban Collantes.

Sr. D. Luis Antón del Olmet.

«Mi muy querido amigo: Recibo su grata en la que me anuncia está escribiendo un libro titulado El Aula Española, por el que le felicito de antemano, como debemos felicitarnos todos los amantes de la cultura patria, pues, seguramente, fruto de su talento y competencia notorios, la obra ha de resultar interesante y meritísima.

Respecto á la bondadosa solicitud que me di-

rige para que le remita unas breves líneas exponiendo mi modesta opinión acerca de *que es lo más urgente reformar en nuestra enseñanza,* habrá usted de dispensarme que, dada la multitud de ocupaciones que pesan sobre mí en estos momentos no pueda complacerle, porque no es ciertamente el tema, por su inmensa importancia y su complejidad de los que pueden fácilmente tratarse y desenvolverse en unas breves líneas, ni posible de señalar la primacía de gran número de reformas todas ellas urgentes. Además, he sostenido en diversas ocasiones lo mismo en el Parlamento como en la Prensa, que los ministros deben hablar y escribir poco, dedicando su tiempo y sus actividades á la actuación, procurando que los hechos y las determinaciones produzcan beneficios más prácticos que la retórica.

Dentro, pues, de este programa que me he impuesto, y al que estoy obligado, he de dedicar mi buen deseo y mi trabajo en pro de la cultura española á estudiar y llevar á la práctica disposiciones que tiendan á formar primeramente ciudadanos sanos y vigorosos, después ciudadanos útiles y, finalmente, ciudadanos sabios.

Esta es la orientación que viene informando mis actos en el breve tiempo que inmerecidamente ocupo el Ministerio, como lo comprueban los Reales decretos sobre Inspección Médico-

Escolar, la organización de Escuelas de comercio que ya publicó la «Gaceta», las de aprendizajes y de náutica que pronto se publicarán; las relativas á provisión de cátedras y á reformas universitarias que más adelante habré de proponer, dedicándome también con asiduidad al desenvolvimiento de las Bellas Artes, que al estimular en los pueblos los sentimientos éticos les hace dignos y grandes.

Esta labor, que continuando los nobles esfuerzos que mis antecesores me trazaron y que con la cooperación competente de los Centros consultivos, de las Corporaciones docentes, y del celo y laboriosidad del personal del Ministerio he llevado á cabo y he de proseguir, señalan más que cuanto pudiera decirle en las breves líneas que me pide para su libro, mi orientación y mis propósitos, respecto á los transcendentales problemas de la Educación y de la Enseñanza que considero fundamentales para la reorganización de mi querida Patria.

Confío que por las razones expuestas me habrá usted de dispensar el que no pueda de momento prestarle mi modesta colaboración en su libro EL AULA ESPAÑOLA, como bondadosamente solicitaba, repitiéndome suyo affmo. amigo que b. s. m.,

EL CONDE DE ESTEBAN COLLANTES.»

Dice Romanones:

«Si en todos los órdenes de la enseñanza los encargados de ella cumplieran sus deberes con exactitud se habría dado en España un paso definitivo y de muy positivos resultados.

Lo más urgente hoy no es la creación de nuevas cátedras, ni el aumento de personal, ni el mejoramiento de los sueldos, ni el perfeccionamiento de los escalafones ni tantas y tantas cosas como constituyen en la discusión de cada presupuesto de Instrucción pública, lo más esencial de los debotes. En apariencia, la organización de la enseñanza en España es completa, y se halla á la altura de los países más progresivos; pero la realidad descubre tales cosas que, al examinarlas, se viene en cuenta de las enormes deficiencias que exigen remedio con prontitud. Más que ninguna otra, la más urgente es que las costumbres de la vida docente se modifiquen, que los estudiantes estudien, que los maestros y catedráticos enseñen, que los exámenes no sean una fórmula. Esa transformación es mucho mas difícil que la reforma de todos los planes de enseñanza y la creación de nuevos estudios.

A este propósito recuerdo algo que he leído recientemente. En una conversación sostenida por un diplomático francés con el príncipe Henckel de Donnersmark, decía éste al dar su opinión sobre el resultado probable de una lucha

entre Francia y Alemania. Estoy convencido de que seréis vencidos por las razones que voy á exponer: á despecho de las brillantes cualidades que reconozco en los franceses y que admiro, no sois exactos, y por exactitud no entiendo el hecho material de llegar á una hora fija á una cita, sino la puntualidad, en toda la extensión de la palabra. El francés, que tiene mucha facilidad para el trabajo no es puntual, como el alemán, en el cumplimiento de sus deberes; y en la futura guerra vencerá la nación cuyos servidores, del más bajo al más alto de la escala social, sean «exactos» en el cumplimiento de su deber, por ínfimo é insignificante que éste sea.

Pues si eso se aplicara, no al pueblo francés, sino al pueblo español, y no al elemento militar, sino á los encargados de la enseñanza, yo diría que mientras no tuviéramos esta noción de la exactitud, así entendida, no podremos vencer en la obra que, en la hora presente, es la base indispensable para la reconstitución nacional.

El Conde de Romanones.»

Dice Amós Salvador:

«¿Qué es lo más urgente en nuestra enseñanza? ¡Pues enseñar! Esto que parece perogrullada es lo que vengo predicando hace mu-

chos años en conferencias, en libros, en artículos y en todas las formas que hallo á mi alcance.

Nuestro régimen de enseñanza no consiste en enseñar y aprobar, sino en examinar y desaprobar.

Cada día se complican más y se hacen más duros los exámenes, cerrando las puertas de los Centros docentes á muchos, y acaso á los mejores, con el fin de que entren pocos.

Pero dar valor á lo que más vale en la enseñanza, que es el maestro, proporcionar los medios materiales de todo género que faciliten la labor docente, y sobre todo, *examinar la enseñanza para saber si enseña;* ¡eso ni soñarlo!

AMÓS SALVADOR.»

Dice Burell:

«El director de «El Parlamentario» y escritor ilustre (condensación de talento, juventud y estilo) D. Luis Antón del Olmet, me pregunta:

—¿Qué es lo más urgente á reformar en nuestra enseñanza?

No es urgente «reformar» nada. Es urgentísimo «formar». En el Ministerio de Instrucción pública, he escuchado un inmenso clamor de clamores. Zumbido de abejas molestas por la

pobreza de flores ó por la falta de *confort* en la colmena. El escalafón, el sueldo, la asimilación, la acumulación, el concurso, la antigüedad, la categoría, los quinquenios... Ni una palabra de sacerdocio ó de apostolado. Ni una veta de romanticismo en la vastísima cantera de aquella prosa. La enseñanza es un «recurso» más de las clases medias. Las individualidades ceden á la presión y al prejuicio del medio; y esta especie de simonía espiritual es un pecado que se realiza por una tentación difusa. La gran fuerza de las órdenes religiosas en la enseñanza está en la superioridad de motivos iniciales para la obra: la voluntad y la inteligencia son sugeridos por un ideal, ante el cual el interés del individuo es el grano de arena y el interés colectivo es la montaña.

¿Puede perder la enseñanza del Estado su alma oficial? No lo espero. Cuando el bedel abre la puerta del aula y dice: —Señor catedrático, la hora, — lo hace con la misma voz y marcando los mismos grados de automática ritualidad que el portero del Ministerio anunciando de despacho en despacho: —El jefe ha llegado... el jefe ha salido. — Si el empleado, con un suspiro de satisfacción, se despide de su expediente metiéndolo de golpe en el cajón de su mesa, el catedrático se aleja de su cátedra y de sus alumnos, como un hombre que al aire de la calle se

recobra y rehace su verdadera vida. Lo que queda atrás no es la suya.

De ahí la «mentira» académica, que será mañana con el examen ó el grado la «mentira» de la cultura y que, más tarde, se convertirá en la dolorosa «verdad» de la oposición recomendada, del concurso gemido, del desmayado garrapateo sobre las hojas burocráticas: embotamiento, enervación, infecundidad, una juventud, una vida tiradas por la ventana.

¿Reformar? Cambiado el punto de vista, don Faustino Rodríguez Sampedro tenía razón. Pero él deteníase secamente en su negación. Su negación no era suspensiva y esperanzada. Yo niego también, pero avanzando. ¿ Reformar ? Sería inútil. Formar, crear... Estas son las palabras de salvación. Cada profesor joven, debe de comenzar por no acordarse en su cátedra de la ley de Instrucción pública, ni de los planes de enseñanza que semejan las listas de esos *restaurants* económicos en que se apuntan los platos de toda la semana; debe hacer del breve espacio de su cátedra un mundo aparte — taller, laboratorio, celda de místico, rincón platónico florecido de juventud y de cordialidad — encerrando los libros memoristas, hasta que llegue para acabar con ellos, el cura y el barbero; aventando el sagrado polvo de todas las sagradas rutinas, viendo á todos reir de los métodos recibidos y de

los amarillos reglamentos, orando con la voz y con el espíritu en la comunión de aquellas almas que en la penumbre adolescente esperan de su palabra el pleno amanecer.

Que todo el que tenga algo que enseñar, enseñe; que todo el que tenga algo que decir, lo proclame como quería San Pablo: para el circunciso y para el gentil. El alfabeto hay que sembrarlo como al trigo. Y si el espíritu social, tomando lección del espíritu religioso, propaga su labor de construcción, el Estado deberá asociarse á ella, fortaleciendo, completando, con el cuidado de que ningún esfuerzo se malogre, con el deseo de que el «alma oficial» en la enseñanza sea al fin su alma de hombre, arranque natural de un pueblo.

JULIO BURELL.»

Dice Rodríguez Sampedro:

«¿Qué es lo más urgente en nuestra enseñanza?

Cuantos sinceramente se preocupan de los problemas de nuestra cultura, base fundamental de las mejoras del país en todos los órdenes de la vida, se formulan necesariamente esta pregunta, cuya contestación es obvia de suyo y ha de serlo mucho más en quienes, por cualquier motivo, contemplen el estado actual de nuestras

enseñanzas, que no es tan pésimo como frecuentemente se divulga, pero que está lejos todavía del que, con todo empeño, debe procurarse.

Esta finalidad consiste en que de los beneficios de la enseñanza sean partícipes todos los españoles, dentro del grado conveniente para cada uno; y, por tanto, lo más urgente en esta transcendental materia, es perseguir su extensión, de suerte que en breve plazo se haga efectivo el precepto consignado teóricamente por las leyes, de que la enseñanza sea obligatoria, sin ninguna clase de excepción, rectificando lo que en la práctica sucede, conforme se echa de ver en las siguientes cifras, que son muy significativas.

Tomando los datos del último quinquenio, resulta que, en números redondos, tiene España una población en edad escolar (seis á doce años) de 2.600.000 niños de ambos sexos. De éstos asisten á escuelas públicas de primera enseñanza, elemental y superior, 1.265.000, y á escuelas privadas, 230.000; en junto, 1.495.000, quedando, por consiguiente, un resto de niños 1.105.000.

Según las mismas estadísticas, hay, sin embargo, que tomar en alguna cuenta la parte de población, menor de seis años, que concurre á las escuelas públicas llamadas de párvulos, cuyo

número asciende á 232.000, y el de los asistentes á las escuelas privadas de la misma clase, que asciende á 86.000; y de otro lado los alumnos de las escuelas públicas de primera enseñanza, que permanecen en ellas después de cumplidos doce años, cuyo total es de 182.000, y los que en la misma condición continúan asistiendo á las escuelas privadas en número de 61.000, formando esos cuatro conceptos un total de 561.000; por manera que si estos alumnos se suman á los de las escuelas públicas y privadas que reciben instrucción dentro de la edad escolar propiamente dicha, vendría á resultar un número de 2.056.000, quedando entonces aparentemente sólo 544.000 sin recibir ninguna clase de instrucción, ó sea un 21 por 100 aproximadamente de aquella población.

Estos resultados que dan una idea de la deficiencia numérica que á primera vista se percibe para conjeturar el número de individuos que sobre la masa permanente de la llamada población escolar viene á no recibir las rudimentarias nociones de la instrucción elemental, son, en realidad, de una proporción mayor, porque, de un lado, los párvulos cobijados en las escuelas de esta clase no puede decirse que tengan en su casi total número instrucción propiamente dicha, y tanto ellos como los que permanecen en las escuelas después de cumplir doce años, están

en rigor embebidos respectivamente para sus épocas correlativas, en la cifra de la población escolar así estrictamente llamada, pudiendo con ello asegurarse que apenas afectan á la proporción directa existente entre los números de esa población, asistentes y no asistentes á las escuelas; quiere decir los 2.600.000 á que suben los primeros, y los 1.195.000 que entran en la comparación, dejando un residuo de 42 por 100 próximamente, sin que á ellos alcance la enseñanza.

Para estos problemas, lo primero que importa, en relación con la masa del país es éste de la primera enseñanza, porque ella comprende la población entera de ambos sexos, mientras que pasado ese primer grado de instrucción, los que les suceden como superiores, apenas si se prosiguen por la mujer en general, estando poco menos que descartada para tan importante propósito, y eso que es, naturalmente, la difundidora de los elementos más esenciales de la educación, llamada á transmitirlos, formando el corazón de sus hijos desde sus primeras impresiones, é iniciándolos en la fe y en los hondos sentimientos que arraigan en el espíritu del niño como germen oculto que hace de él en lo porvenir un buen patriota y excelente ciudadano.

Por otra parte, los grados superiores de instrucción, aun cuando de importancia manifiesta

por las aptitudes que determinan para la dirección de la vida nacional, irradiando de ellos la mayor cultura que se comunica á todas las esferas del estudio y el trabajo, y marcando el nivel más alto de cultura, abarca directamente un conjunto reducido de individuos que desde las Universidades hasta las escuelas especiales, comprende solamente el número de 80.000 alumnos, sumados los de la enseñanza oficial y la libre en la proporción de 5 décimas la primera y 3 décimas la segunda.

Todavía de éstas, la mitad corresponde á la enseñanza superior propiamente dicha, ó sea á las Universidades y carreras; y la otra mitad, á los Institutos de segunda enseñanza y los estudios especiales de aplicación, correspondiendo á las de la mujer únicamente la cifra exigua de 4.000 alumnas, siendo casi toda la producida por la matrícula de las Escuelas Normales de Maestras, y no apareciendo este sexo en el resto de los estudios, más que como una rarísima excepción.

Las necesidades apremiantes de una enseñanza verdaderamente fecunda, dentro de la alta mira social que debe inspirarla, se encuentran, pues, condensadas en la mayor extensión y acertada dirección de la primera enseñanza, que, sin embargo, por su congénita modestia, no es campo frecuente de las aparatosas iniciativas

con que de ordinario se procura deslumbrar á la opinión por los que se dicen reformadores y progresivos, prefiriendo éxitos brillantes, más ó menos individuales, á ejercitarse en esas otras tareas de utilidad más firme y dilatada.

Tanto es así, que, promulgada una ley de 23 de Junio de 1909 para hacer efectiva la obligación de la enseñanza de todos los niños y niñas comprendidos en la edad escolar, sin que ninguno de ellos dejase de ser objeto de este inmenso beneficio, cuya transcendencia social queda indicada, comenzando para ello por imponer la formación y perpetuidad de un Censo especial que hubiera de llevarse en todos los Ayuntamientos, y por multiplicar los medios y sistemas de dicha enseñanza, desde los que pudieran darse al aire libre hasta los más perfeccionados de las escuelas graduadas superiores, á fin de que no quedase un sólo poblado ni población diseminada donde no se oyese la palabra de algún maestro, tal intento, con ser de practica relativamente fácil, fué entregado al abandono de que la situación política, bajo la que se aprobaba la referida ley, se cambió por otra que, como las sucesivas. entregaron sus prescripciones al desuso ó al olvido sin que aquel intento se haya renovado.

Hay, pues, una página que llenar en el trabajo referente á la cultura nacional, y ella consiste

en hacer prontamente efectivo el canon de la enseñanza primaria obligatoria, que tiene sus dictados en dicha ley de 1909, ó por medio de otras disposiciones que satisfagan tan principal objeto, sin cuya consecución España no puede sentirse satisfecha.

RODRÍGUEZ SAN PEDRO.»

Mayo 1915.

INDICE

OBRAS DE LUIS ANTÓN DEL OLMET

El libro de la vida bohemia	3,50
Lo que han visto mis ojos..............	3,50
El encanto de sus manos	2,00
Hieles	3,00
El veneno de la víbora...............	3,00
Mi risa............................	3,50
Corazón de leona..................	3,00
Su Señoría........................	3,00
Como la luna, blanca................	1,00
Nuestro abrazo á Portugal ...., .	2,50
Espejo de los humildes	3,50
El Hidalgo Don Tirso de Guimaraes. . .	5,00
Tierra de promision..................	4,00
Política de Fandango y Gobierno de Castañuelas (dos tomos)...........	7,00
El triunfo de Alemania (2.ª edicion). . .	2,00
La figura de Ortuño	1,00
Al correr de la política.—1914.......	3,50
La obra de Eloy Bullon	2,00
Aula Española	3,50

EN COLABORACIÓN

CON ARTURO G. CARRAFFA

Galdos	2,00
Echegaray	2,00
Maura.............................	4,00
Canalejas.........................	4,00
Moret	4,00
Alfonso XIII (dos tomos).............	8,00
Menéndez Pelayo	4,00

EN PRENSA

Papel viejo.

EN COLABORACIÓN CON CARRAFFA

Cajal.
Gabriel y Galán.
Benlliure.
Marina.
La emperatriz Eugenia.